

Grego Pineda

MIRADA CULTURAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA



EDICIONES
MYL

Mirada cultural
en tiempos de pandemia

Grego Pineda

Mirada cultural
en tiempos de pandemia



EDICIONES
MYL



A la esperanza de vida, sin máscara y sin distancia.

*Mirada cultural
en tiempos de pandemia*
© Grego Pineda, 2021

© Ediciones MyL S.A.C.
Pasaje Agustín Gamarra
Mz. W19A, Lt. 08, Lima 35
Teléfono: 983435834
E-mail: edicionesmyl@gmail.com

COORDINACIÓN EDITORIAL
Miguel Ledezma Aysa
Karen Huachaca Avendaño

IMAGEN DE LA CARÁTULA
Mary Yataco. «Recogimiento en pandemia»

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Ediciones MyL

Primera edición: mayo de 2021
Tiraje: 100 ejemplares
Hecho el Depósito Legal en la
Biblioteca Nacional del Perú n.º 2021-04409
ISBN: 978-612-5013-06-4

Todos los derechos reservados. Este libro no puede ser
reproducido total ni parcialmente por cualquier medio
sin la autorización previa de los editores.

Impreso en ALEPH IMPRESIONES S.R.L.
Jr. Risso 580, Lince - Perú
Impreso en Perú - *Printed in Peru*

ÍNDICE

Presentación	13
La sorpresa de la pandemia	17
El tropiezo COVID-19 y el respeto a los seis pies de distancia.....	19
Tiempos de pandemia: tiempo de repensar la vida.....	23
El Arte como antídoto para la COVID-19	27
Día de Acción de Gracias en pandemia	29
Recordando en USA a la abuela que no resistió la pandemia.....	31
Ser hispano en los Estados Unidos de América	35
«Feliz» pandémica Navidad	38
Nosotros, los de entonces y el amigo que se va con la pandemia	41
Mafalda por siempre, gracias Quino.....	45
Poetas: obra y vida.....	47
La palabra como brújula en la vida y obra de Sofía Estévez.....	49
Poemas de Sofía Estévez.....	51
Perdón Poesía	51
Una vida hecha a mano	53
Pluma contra plomo.....	54
Vida y poética de Mario Ángel Escobar, paciente 1980 de El Salvador	57
Poemas de Mario Ángel Escobar	60
Deja y me presento.....	60
A mi padre.....	62
Mire usted	63

Colombia, la «matria» de la poeta	
Luz Stella Mejía Mantilla	65
Poemas de Luz Stella Mejía Mantilla.....	68
Nostalgia	68
A qué volver	69
Matria	70
Lo que somos	70
Poeta del recogimiento: Ricardo Ballón.....	71
Poemas de Ricardo Ballón	73
A la vera del camino	73
Haiku -selección-.....	74
Poeta Bessy Blanco, vida y legado.....	77
Poema de Bessy Blanco.....	80
Teta, Chiche mía	80
Tras las voces y huellas de un pasajero	
del tiempo: Vladimir Monge.....	82
Poemas de José Vladimir Monge.....	85
La calle catorce	85
Pequeño país de los volcanes.....	88
Diatriba.....	90
«Máxima Poética», obra póstuma de	
Salvador Juárez, el poeta del pueblo	91
Poemas de Salvador Juárez	94
Puro Guanaco.....	94
Abriéndome camino voy.....	97
Poeta del cansancio: Carlos Parada Ayala.....	101
Poemas de Carlos Parada	104
Poema del cansancio.....	104
Chirilagua Blues	107
Máscaras.....	108
Vida y obra de un literato especial: Edgar Iván Hernández.....	111
Micro cuentos, nanocuentos o minificción	
de Edgar Iván Hernández	115
Literatura	121
César Vallejo, Ernesto Sábato, García Márquez,	
Cervantes y Flaubert	123
El espinoso tema de Dios, en la mente de un escritor.....	126

¿Conoces quién fue Clorinda Matto de Turner?	132
Alfredo Del Arroyo Soriano: de la ficción a la realidad.....	136
El poeta y su esposa.....	140
A propósito de la vida cotidiana y virtual	143
El niño volador	145
Epístola a una hermana valiente y noble.....	149
Carta a un amigo muriendo.	152
El desafío y carta a fallidos padres	155
La sordera de Beethoven y Dios	158
Arte.....	161
Compromiso social y arte de Lucrecia Forsyth	163
En pandemia se caricaturiza al talento salvadoreño.....	167
Extraordinario registro antropológico en	
El Salvador: caricaturas en serio	171
Polifacético artista venezolano en	
Washington D. C.: David Camero.....	175
Poemas de David Camero.....	179
Por los caminos verdes	179
Comediante.....	180
Cascabel	180
Fotografía.....	183
El mundo fotográfico de Muriel Hasbun:	
refugio contra el silencio y el olvido	185
Fotógrafo vagamundo y poeta visual: Alex Marchand.....	191
Sobre el autor y su obra	197
Escritor referente de la Diáspora salvadoreña	
en USA: Grego Pineda	199

Presentación

En el año 2020, el mundo despertó para vivir una pesadilla que aún lo mantiene acorralado y obligado a improvisar soluciones a la nueva manera de vivir o de morir y empujado a buscar, desesperadamente, la vacuna que detenga el despiadado e igualitario avance de la COVID-19.

La pandemia ha tenido y aún tiene sorprendida a la humanidad. Los seres humanos han estado viviendo con miedo, incredulidad y también ha surgido la esperanza como un antídoto natural a la desolación y pérdidas humanas masivas y repentinas.

La confusión, el asombro y la reacción a lo desconocido, obligó a muchos gobiernos a decretar encierro obligatorio a su población y resguardarse dentro de sus casas, generando, desde entonces, las modalidades de trabajo a distancia, clases virtuales y limitó la movilidad que incluso se tenía que circular con un pase especial para justificar de porqué se estaba en las calles. La obligada mascarilla y el constante lavar de manos y la disposición de mantener distancia de al menos seis pies de distancia se hicieron normales en un tiempo récord. Todo esto trastocó la cotidianidad. Y no hemos vuelto a ser los mismos desde entonces.

Así las cosas y como una respuesta a los tiempos inéditos es que decidimos construir una ventana cultural a través de la cual permitiera más luz que disipara los temores del asalto del virus y aliviara los rigores y desconciertos del obligado claustro que, aún en nuestras casas, seguía siendo frustrante.

En este contexto, el arte en su amplio espectro ha cobijado las reacciones a los tiempos emergentes como una manera de explicarnos qué sucede y también para alentarnos a no perder la fe y confianza de un mejor mañana. El arte nos ayuda a vivir con algunas certezas.

Los esfuerzos personales y grupales de hacer arte merecen un acompañamiento en su difusión y que solo conociendo y reconociendo la diversidad podemos aspirar a la unidad. Con esta consigna surge este libro que es un acopio de la actividad periodística cultural desplegada en la zona metropolitana de Washington D. C., en tiempos inéditos y difíciles, tiempos de la pandemia, pero que también han tenido eco en otros países y sobre todo en las redes sociales, con lo cual se está a tono con las nuevas realidades.

Muchos de los creadores de arte que aparecen en este libro son ciudadanos estadounidenses pero que han logrado hacer una amalgama virtuosa con sus nacionalidades de origen y así tenemos a la dominicana Sofía Estévez, la colombiana Luz Stella Mejía Mantilla, al boliviano Ricardo Ballón, al venezolano David Camero, al peruano Alfredo Del Arroyo Soriano y a los salvadoreños Mario Ángel Escobar, José Vladimír Monge, Carlos Parada Ayala, Muriel Hasbun y la poeta Bessy Blanco (Q.D.D.G).

La nación de los Estados Unidos de América está constituida, mayoritariamente, por inmigrantes. Y por esa naturaleza heterogénea es que se necesita conocer e identificar las diferentes expresiones artísticas que crean y recrean la simbiosis del inmigrante que también convive con un eterno retorno a su país de origen. El artista latinoamericano en los Estados Unidos de América no está en un gueto cultural, ¡al contrario!, se integra aprehendiendo su entorno y exponiéndose a emociones y sensaciones nuevas y por tanto su cosmovisión se amplía y profundiza.

También hemos abrazado las valiosas propuestas estéticas de los artistas que, sin ser estadounidenses, aportan al tejido estético de Latinoamérica. Nos referimos a la peruana Lucrecia Forsyth, la

ecuatoriana Katya Romero, el peruano-español Alex Marchand y los salvadoreños Oscar González y Edgar Iván Hernández.

Ahora bien, este amasijo de talento fue aglutinado a raíz del encierro obligado y de la ventana que decidimos crear y abrir para mirar y mirarnos en el arte que circunda y que trasciende. Es el arte por sí mismo, que nos viabiliza hacia el entendimiento, comprensión, compartimiento e incluso el intercambio. Cuando alguien lee un perfil literario de una fotógrafa artística profesional como Muriel Hasbun, con una propuesta humanista tan sólida y de belleza universal y se entera de su cosmovisión y valores que la mueven y despiertan cada día, entonces mira con el alma sus fotos, pero también fotos de otros artistas y en general, el mundo externo y se podría dar la oportunidad de meditar en su mundo interior y encontrar, incluso, sus propias fotos del alma aún sin revelar.

La ventana cultural nace en tiempos de pandemia y ha sido y es un aliciente para muchos y en todo caso es un testimonio de cómo se ha vivido y sobrevivido a tiempos que, en un futuro, serán estudiados y revisados. Este libro ofrece una cartilla a ser vista y revisada para y por el futuro. Y por tal motivo y bajo el nombre de «La sorpresa de la pandemia» se presentan diez publicaciones que resumen las reflexiones, valoraciones y vivencias durante esta época, tales como vivir el primer Día de Acción de Gracias en pandemia, donde hubo que cancelar las reuniones físicas y concelebramos novedosos encuentros familiares a través de monitores o pantallas del celular, tratando todos de disimular las ansiedades y perplejidades. Igual se vivió la Navidad y demás.

La variedad de temas y aproximaciones a los mismos hacen dinámica la lectura y comprensión de este libro, así como habrá para cada uno el necesario remanso de conocimiento y paz para seguir haciéndole frente a los tiempos de pandemia que esperamos sobrevivir.

La sorpresa de la pandemia

El tropiezo COVID-19 y el respeto a los seis pies de distancia



Los tiempos que corren no corren, tropiezan. La economía mundial, nacional y por tanto personal, también tropieza. El empleo está cojo, aunque avanza con las muletas de ayudas estatales. El plan anual, personal o familiar, de viaje al país de origen se canceló y consiguientemente se ha suspendido el ritual del eterno retorno en que vivimos los inmigrantes latinos en Estados Unidos de Norteamérica (sé que el nombre es «de América» pero tropiezo con eso). Aquí, localmente, las visitas personales se suspendieron de golpe y luego reducido a la mínima expresión que es la expresión máxima del miedo.

Bajo la amenaza cierta de la COVID-19, los compartimientos humanos se llevan a cabo *online*, con herramientas cibernéticas que están proliferando y optimizándose para mantener la comunicación a pesar de la separación física. Y los pocos e inevitables intercambios personales que se suscitan se dan en la comparsa de no acercarse mucho, no tocarse, no descubrirse la boca ni nariz, mirarse con recelo para descartar síntomas y ¡ni se diga si por ca-

sualidad asoma una inoportuna tos!, aunque no tenga relación con enfermedad o con el virus famoso. Sabíamos que estando en público había que reprimir cualquier expresión corporal involuntaria, pero ahora añadimos la tos o algún indicio de que estamos «indispuestos» de salud.



Vivimos en sigilo, listos a distanciarnos si alguien se aproxima. Caminamos y cohabitamos en permanente alerta de no ser emboscados en nuestro entorno con la presencia corporal de los no invitados. Y luego, a cada momento, el enjuague de manos con desinfectante para prevenirse del virus y limpiar el repudio y asco

que genera haber tocado objetos e interactuado con los congéneres. Hay algo de deshumanización en esto que menciono, ¡qué penal, pero es cierto. El mexicano Benito Juárez dijo que el respeto al derecho ajeno es la paz. Ahora sería: El respeto a los seis pies de distancia es la paz.

Reina el desconcierto por doquier, hay miedo. He escrito de la incertidumbre del diario vivir, del roce e intercambio con «el otro». Pero lo peor no es eso, que comienza y acaba en formalismos, rituales y superficialidades, es decir, en aislamiento, extrañamiento y evitamiento. Lo más grave, creo, es lo que sucede internamente, en la mente, corazón y alma. Si se quiere, en los sentimientos, en las emociones y hasta en la autoestima. Mientras escribo pienso que la mayoría estaremos de acuerdo en los párrafos anteriores porque lo hemos experimentado de una u otra manera. Pero lo que sigue es tan desafiante como el virus mismo.

Se es en relación al otro, es decir, se reafirma la individualidad en la medida en que nos distinguimos de los demás y para eso hay que estar con y en medio de la gente. Y la interacción habitual y ordinaria con los conciudadanos nos da certeza, en mayor o menor medida, de quien somos y lo que somos. Pero en este largo tiempo donde hemos estado reclusos, apartados y evitando el espejo de los otros donde reflejarnos, nos han colocado en el centro mismo de la atención personal y única. Somos el centro del universo. Pero, ¿cuál universo?

Las respuestas pueden ser tan diversas como estrellas en el firmamento. La mayoría busca evasión y no asume las interrogantes que imponen los tiempos emergentes, porque eso los obligaría a buscar respuestas y es comprometedor e implica responsabilidad de sí mismo, de tomar el timón de su vida en medio de un panorama tan incierto como veloz. Prefieren relativizar su valía de seres humanos a través de las redes sociales, las cuales nos facilitan y estimulan al aislamiento real de la sociedad. No digo que sea malo o bueno evadirse a enfrentar la soledad existencial y aprehender

que la certidumbre está lejos de ser recuperada, porque todo está mutando: el virus COVID-19, la economía, la sociedad, la política, la geopolítica, la educación y las bases de cuanto hemos conocido. Y tantos cambios generan vértigo.

Muchos están trabajando y otros están recibiendo sus clases desde casa, exigidos a replantearse paradigmas e improvisar una nueva dinámica y disciplina. Igual sucede con los profesores. Los centros estudiantiles cerrados también generan una sensación fantasmal, de estar allí pero no ser, porque los nuevos tiempos los han convertido, por ahora, en obsoletos. Los negocios, decía al principio, caminando a medias, con ayuda. Las iglesias mermadas en la utilización del espacio, así como los teatros, cines y demás. El tropiezo de la COVID-19 nos ha dejado entre lo real y lo virtual, entre desdibujarse en el universo virtual de las redes o reafirmarse en la esencia humana y personalidad a través de una toma de conciencia de quien soy, adonde estoy y hacia dónde voy, a pesar de que el marco referencial está balanceándose entre la vida y la muerte. Esta última no es virtual.

Tiempos de pandemia: tiempo de repensar la vida



Cada persona decide seguir las señales de su destino. La vida, desde un inicio, inculca al nuevo ser con ingredientes suficientes para que él o ella haga de su existencia lo que su intuición e inclinación le indique. Sin embargo, como todos sabemos, la opinión e intermediación de los padres es importante en las dos primeras décadas. Y como obedientes hijos o hijas, guiamos nuestras decisiones momentáneas con la influencia de los seres a quienes amamos y debemos el Ser.

Esta sumisión de amor nos presenta, muchas veces, una disyuntiva, entre ser lo que quieren otros que seamos o lo que uno siente [¿piensa?] que debe ser. Esta dicotomía se manifiesta, mayormente, entre las personas que tienen el llamado del arte: literatura, música, pintura, escultura, fotografía, danza, etc.

Y seguir el camino que otros indican desemboca, inevitablemente, en un vacío existencial. Y tarde o temprano, terminamos andando el camino que siempre, desde un primer momento, debimos seguir por mandato de nuestra vocación artística. También se aplica

esta apreciación a la vocación profesional, pero, ¡claro está!, son dos dimensiones diferentes: seguir su vocación profesional y acudir al llamado de las artes. Cada uno elige la profesión que desea, pero en el arte son las musas quienes escogen a quien será su interlocutor o interlocutora, intermediario(a) o exponente. Parafraseando a Mateo 22:14 digo: en el arte, muchos son los llamados y pocos los escogidos.

En pintura tenemos a Vincent Van Gogh, que en sus inicios se hizo religioso como su padre, pero la atracción de los colores fue tan fuerte que terminó pintando lo que ya todos conocemos y es muy recomendable leer, entre otros, el libro *Cartas a Theo*, donde conoceremos las inquietudes estéticas y angustias existenciales que vivió durante su camino de realizarse como pintor. Hoy sus pinturas valen millones de dólares, pero en su vida apenas logró vender un par de ellas a precios simbólicos. Pero eso no importaba porque él se sentía realizado, su existencia había tenido un sentido.

En literatura está Ernesto Sábato, quien, siendo un científico consagrado, dejó ese camino y decidió seguir su vocación literaria y gracias a su decisión tenemos las trascendentes novelas: *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddon el exterminador*. También el gran Frank Kafka, que fue abogado para congraciarse con su padre y cuyo drama humano lo podemos conocer en su libro *Carta al padre*. Sin embargo, es conocido por su novela *La metamorfosis*, pero los invito a buscar: *El proceso* y *El castillo*, que su lectura es una experiencia de vida.

Y por falta de espacio no les puedo decir más sobre muchos otros y otras que atados a vínculos afectivos no atendieron el llamado del arte pero que tarde o temprano terminaron arrastrados por esa poderosa pulsación, que exige atención sin reservas, celosa de su pulcritud y trascendencia.

En la zona metropolitana de Washington D. C., el pintor Nicolas Shi, salvadoreño-estadounidense, decidió seguir la voluntad de sus padres quienes lejos de alegrarse y alentar al incipiente pintor,



Título: I Am Not A Virus

Artista: Nicolás F. Shi

Técnica: Acrílico sobre lienzo de algodón

Tamaño: 40" x 30"

Año: 2021

optaron por persuadirlo a que «de verdad» aprendiera algo útil y de provecho. Shi se graduó de arquitecto. No obstante, Nicolás sentía un impulso vital que lo llevaba a explicarse su existencia y su razón de vivir a través del color, la luz y la perspectiva mil veces ensayada en bocetos que fueron expuestos en la mañana de su vida a sus queridos padres. Sabemos a través de múltiples noticias y artículos en revistas culturales y en periódicos de diferentes países que Shi tomó

la decisión de abandonar el ejercicio de su profesión y dedicarse a la pintura.

En literatura el peruano-estadounidense Alfredo M. Del Arroyo, quien en una entrevista dijo: «Estando en Perú, tuve una vida relativamente feliz. Quizá el momento de angustia fue cuando mis padres no querían que yo estudiara literatura. Yo tenía 17. Había terminado el colegio [...]». Y Del Arroyo estudió una profesión, pero finalmente decidió seguir el llamado de la literatura y ha escrito dos buenos libros de cuentos. También ha manifestado que está escribiendo su primera novela, la cual será tan buena como su obra publicada.

Los personajes mencionados son y serán recordados por su decisión de seguir su vocación del arte, no por sus profesiones ni por sus bienes materiales, sino por su legado artístico. Ellos mejoran y embellecen la humanidad con sus obras.

El año 2020 y el que ya viene —de estreno— 2021, además de los temores que produce, también nos da la oportunidad de reinventarnos, de desatarnos, de romper esas cárceles personales que nos impusieron y que hemos cargado por muchos años.

Todo está cambiando, la virtualidad, es decir, la relatividad, está sustituyendo la realidad, la vida diaria se «vive» a través de una pantalla y en general nos abstraemos de alternar y contactar con los congéneres. Entonces, es hora de hacer lo que siempre quisimos hacer: escribir poemas, cuentos, novelas, pintar en cuanto modalidad se antoje, filosofar sobre lo pensado o iniciar con los pandémicos tiempos, cantar a la novia virtual o esposa real, tocar instrumentos reales o en programas de computación.

Son tiempos de repensar la vida y vivirla plenamente, sin importar la edad que tengas. Vivirla intensamente con desesperación de perseguido, sabiendo y entendiendo que la muerte acecha a seis pies de distancia. ¡Ahora o nunca!

El Arte como antídoto para la COVID-19



Son tiempos inesperados de encierro, incertidumbre y aislamiento humano. Fuimos sorprendidos por algo tan micro, pero de efectos macros. La humanidad ha sido puesta a prueba y el tiempo dirá si estuvimos a la altura de las circunstancias o si por pigmeos mentales y espirituales pagamos con más pérdidas de las que debíamos. Por ahora basta con no enloquecer.

Las redes ¿sociales?, cual gigantescas ventanas, se abrieron para que el mundo entero se mirara y remirara. El internet estaba allí para ¿salvarnos?, y es a través de las múltiples plataformas cibernéticas donde se perciben imágenes y voces de un conglomerado universal que no sabe cómo lidiar consigo mismo. Millones usan esos espacios para expresar sus ideas, sentimientos, temores y esperanzas, el punto es no sucumbir en el enclaustramiento de la individualidad, urge ser visto, escuchado, ¿entendido/a?, ¿comprendido/a?, en fin, hay millones de monólogos pululando en el ciberespacio. Mientras el encierro e incertidumbre sigue tenaz, mordiendo nuestra paz cotidiana y carcomiendo nuestras seguridades.

A pesar de lo que vengo diciendo, hay un claro espacio de encuentro consigo mismo que viabiliza nuestras energías afligidas. Es

algo que podemos practicar en paz, ajenos a la mercantilización de la pandemia, en los momentos que nos plazca o que necesitemos. Sin tener que exponer, irracionalmente, nuestro desamparo a otras soledades agudizadas con un existencialismo exacerbado. La práctica es activa o pasiva, según la inspiración o depresión, capacidad y recursos. Me refiero a practicar cualquiera de las manifestaciones artísticas, como pintar o escribir, entre muchas más. «Escribir es en cierto modo formalizar nuestras obsesiones, ponerlas en palabras y liberarnos de ellas. Es un acto de fe y de coraje, pero también de liberación. Al hablar de nuestras dificultades y problemas, al objetivarlas y fijarlas fuera de nosotros en palabras, en cierto sentido nos deshacemos de ellas o las miramos desde afuera», dice Alonso Cueto, prominente escritor peruano, en su exquisito libro *La piel de un escritor*, el cual recomiendo a los ávidos o novatos lectores y con especial interés a los escritores.

Pero también se puede disfrutar y gozar la lectura de lo que plazca a cada uno. Leer es una alternativa que debe ser utilizada porque, desde cualquier punto que se mire, deja réditos apreciables y enriquecedores al nivel de vida del lector o lectora. «Si bien es cierto que nos olvidamos del mundo real mientras leemos, después de la lectura volvemos a él convertidos en otras personas. Los autores acomodan, idealizan, deforman, degradan la realidad, y ese prisma es el que nosotros mantenemos con nosotros, en nuestra biblioteca personal», concluye el escritor de profusa obra publicada y nos recuerda que: «La imaginación de cada uno de nosotros es, en otras palabras, equivalente a los libros que hemos leído y que conservamos en la memoria».

Leamos y escribamos, pues, como un antídoto contra el tedio de esconderse de la COVID-19, o de esperar que pase sin dejarnos mayores daños o para superar/paliar cualquier asalto a mansalva a un ser querido. Leamos y escribamos, es bueno.

Día de Acción de Gracias en pandemia



Se llega al Día de Acción de Gracias [*Thanksgiving Day*], que históricamente se viene celebrando en los Estados Unidos de América. Tal efeméride es una ocasión en que las familias se reúnen y abrazan para darle paso a la esperanza de un mejor mañana y juntos dar gracias a Dios por las oportunidades de vida y por todos los bienes recibidos. Esta vez será en pleno repunte de la COVID-19, donde las alarmas han vuelto a sonar y se teme un nuevo confinamiento.

El *Thanksgiving Day*, en esta ocasión, llega cuando está en marcha un nuevo repliegue en la vida social y económica; por ello tendremos que repensar el significado y valores a compartir o recordar en el presente año 2020, que a duras penas estamos llegando a su último mes. Y el panorama del 2021 no se vislumbra muy bueno que se diga. Sin embargo, la luz de la esperanza ilumina nuestros afflictivos días. Y Dios estará con cada uno de los que lo invoquen con fe, mucha fe.

Es muy probable que en este Día de Acción de Gracias no se reúnan las familias y en casi todos los casos es recomendable no hacerlo. Especialmente cuando tenemos vivos a nuestros padres y

abuelos. Por amor a ellos no hay que visitarlos, para no exponerlos a riesgos graves de salud. Es muy posible que la mayoría de americanos decidan celebrar en cada grupo familiar y desde allí «conectarse y comunicarse» vía online con los seres amados. Una reunión virtual, pero con amor real.

Ese día daré gracias al Ser Superior, que es Dios de energía prístina, por aun darme vida e imploraré paz eterna a quienes ya partieron. Y compartiré con la familia que el virus pandémico ha atacado la indiferencia e indolencia del mundo. Que ha descubierto la obviedad de nuestra miseria colectiva y la pobreza de espíritu y mental de la mayoría de nuestros gobernantes.

Este *Thanksgiving Day* será único y recordado por siempre, porque no somos dignos de la paz que reclamamos, ni de la protección que imploramos, ni de vernos liberados de un virus que ha venido a depurarnos para que, los que sobrevivan, puedan ser más responsables con el medio ambiente, con sus congéneres, con la vulnerabilidad del Ser Humano, y con la miopía de pensar y creer que somos dueños del mundo. Nada nos pertenece, ni nuestras pobres vidas.

La COVID-19 es un golpe directo a nuestra autosuficiencia, pedantería, egocentrismo y vanidad.

Todo lo que logremos con nuestra plegaria en ese día especial, será por la gracia y misericordia de Dios, cualquiera que sea la idea que se tenga de él. Agradecemos con humildad.

Mi Dios está en la cúspide de mi fe. No obstante, respeto a cada grupo humano que invoca su propio Dios. Y es hermoso saber que tenemos varios dioses de vida, amor y esperanza ¡insensatos los que matan invocando a su Dios!

Hoy, demos gracias por un día más.

Amén.

Recordando en USA a la abuela que no resistió la pandemia



Un día caminaba por el bosque, a escasos minutos de esta urbe, respirando el silencio que aquieta el espíritu y fui sorprendido por la huida rápida y temerosa de un ciervo. Al advertirlo, sentí tristeza de que me temiera y por eso huyera. Sin embargo —pensé—, si yo pudiera también huiría de mí. Al fin de breves e improvisadas reflexiones continué caminando y al inter-



narme en la senda del paraje, inmediatamente me vino la imagen de la querida abuela.

Era inevitable recordarla. Ella tenía muchos atributos, virtudes y quizá algún que otro defectillo, pero por ahora no malograré su dulce imagen con un inoportuno, y quizá hasta honesto reconocimiento de algún que otro desliz de su siempre noble carácter. Era humana y como tal tenía el derecho de resumir en sí la esencia de la humanidad. ¿Quién de nosotros no ha pensado que la humanidad tiende a la maldad y que, no obstante, también tiene destellos de belleza, nobleza y bienaventuranza?



Pensar en ella dentro del parque boscoso pareció la mejor manera de evocarla, el bosque era merecedor de que trajera a cuenta a tan tierna y ejemplar criatura. Era un reconocimiento dentro de esa catedral de fresca y centenaria naturaleza. Mi querida anciana debía revivir en la nobleza y frescura del bosque. En la asustadiza existencia de los ciervos y en la laboriosa vivencia de las ardillas.

Ahora es necesario que escriba en presente, porque referirme a ella en pasado hace que mi alma se oprima y asfixie de abandono. Claro, sé que ella no quería dejarnos. Cuál ángel que ha terminado su tarea, su faena asignada, ella tuvo que partir. ¿Por qué hablar de

nosotros?, esta vez me regocijaré en las profundidades del egoísmo, para quedarme con su última imagen. Me escudaré en el espacio que facilita el egoísmo y allí, dentro del mismo, haré un altar para mi querida y entrañable anciana.

La vi muchas veces regocijándose cual chiquilla en la satisfacción de dar, de calmar dolores ajenos. Su propio dolor jamás fue su dolor, aun cuando el mismo le arrancara algunos suaves, pero intensos quejidos. Esa era ella, un reprimirse para los demás. Aún en vida, ella siempre estuvo envuelta en una aureola. Tenía su encanto en el aroma de las especias y su cotidiano humeante café.

Quiero pensar que está con Dios. Necesito pensar que está donde realmente se reconozca su florida existencia. Es urgente y necesario que me convenza que mi Dios está dándole la paz y recompensa que en esta vida nadie fue capaz de darle. En honor a la verdad, nunca escuché de sus labios una expresión de reclamo o un atisbo de vanidad. Incluso sé que ella no estaría de acuerdo en que yo espero que Dios le dé un reconocimiento.



Estaría en desacuerdo con mi pretensión y recibiría de ella una serena amonestación. Diría: «¿Sabe Usted? Dios está para ser reconocido y alabado. Él no necesita de nosotros, que al fin y al

cabo venimos siendo como un error o defecto en la creación de este maravilloso mundo. Siempre vi el rostro de mi Dios, que no es el mismo suyo, en los rostros de los desamparados. Cada oración era una obra por cumplir. Yo entendía que auxiliando al necesitado estaba orando, y al advertir destello en sus miradas, entendía que mi Dios se complacía. Deje de pedir reconocimiento para mí, mejor pídale para usted. Pídale a su Dios que lo ilumine para transmutar su angustia en palabras y luego, dedíquese a escribir y desate de una vez por todas esos nudos que quebrantan su alma y que un día de estos ahogarán su vocación de vivir». Eso diría ella.

En medio de variadas reflexiones, oré así: Señor, mi Dios, te ruego que ella reciba la paz y el reconocimiento que solo un Dios puede dar. En cuanto a mí, ¡oh, Dios!, ayúdame a vivir sin la abuela. Y si es tu voluntad, envíame la tinta para escribir. Amén.

Fotografías: Miguel Ángel Servellón Guerrero.

Ser hispano en los Estados Unidos de América



Los latinoamericanos que deciden vivir y echar raíces en los Estados Unidos de América experimentan muchas emociones, algunas de ellas por primera vez y con el tiempo continuarán vivenciando sentimientos que no necesariamente tendrán connotación negativa pero que los o las harán reflexionar y reevaluar «su manera» de asimilar su nueva realidad estadounidense. Pretender hablar de los latinos en USA en general es atrevido porque cada Estado tiene sus particularidades, ventajas y desafíos y además cada persona o familia inmigrante es un caso especial a tratar, en este último sentido es improcedente estandarizar. Sin embargo, hay puntos coincidentes en el proceso de abrirse paso y establecerse en un país con idiosincrasia, idioma, gastronomía y en general una cultura diferente a la que vivimos hasta el momento en que, por A o B razón, entramos en este país decididos hacer de él nuestra casa.

Como ningún humano es ilegal, no entraré a discernir sobre temas migratorios. Pero debo reconocer que tener ciudadanía facilita algunas cosas, pero no es la panacea de lo que se vive y experimenta en el proceso de asimilación. Cada persona y familia tiene anécdotas que, contadas diez o veinte años después, podrían

generar risa, admiración y quizá nostalgia. Pero sobre todo respeto, porque el respeto hacia los demás y hacia el cumplimiento de las leyes es algo que, de instantánea inmersión se aprende. Si hemos sido intrépidos al conducir el vehículo en nuestro país de origen, «aquí» unas luces intermitentes rojas y azules detrás de ti te alertan que estás a punto de aprender cómo son las cosas en tu nuevo país. Y no olvidarás esa lección porque te dejan un recuerdo que a veces confisca el dinero ganado en la semana de trabajo, sin contar otros daños colaterales.

La grandeza de este país se debe, en gran parte, al respeto irrestricto de la ley. Y si hay excesos o abusos, también hay maneras de responder o resarcirse de daños. Hasta entrar de compras en un almacén tiene una simpática diferencia con algunos de nuestros países: disfrutas tranquilamente de tus elecciones, pagas y te vas a casa. En caso ya no deseas el bien comprado, lo devuelves y recibes el reembolso de tu dinero, sin ningún inconveniente. En cambio, tal cosa no es así en países que no debo mencionar: si luego de comprado deseas devolver el producto, tienes que explicar y justificar a satisfacción del almacén —usualmente con oídos sordos—, las razones por las cuales pretendes que se te devuelva el dinero por el objeto que ya llevaste a casa, que probaste o usaste. Se asume engaño de tu parte. Aquí se asume tu buena fe. Hay una cultura de no abusar del otro ni de nada. Este tópico da para mucho más, pero espacio no hay.

Para asimilar la cultura e idiosincrasia norteamericana y lograr insertarse en el sistema productivo, educativo y social, no implica ni por asomo, dejar de lado o avergonzarte de tu cultura latina, herencia de tus padres, registro histórico de tu vida y esencia constitutiva de tu «ser» que también traspasarás o deberías legar a tus hijos e hijas. Y cuando nos vemos obligados a llenar formularios o solicitudes debemos identificarnos, entre otros, como latino o hispano. Quedándonos con la subcategoría no preguntada de si somos mexicanos, peruanos, salvadoreños, colombianos, argen-

tinios, ecuatorianos, etc. Esa respuesta no solicitada es para nuestra alma, nuestra identidad, nuestra manera de ser y ver el mundo. Es incluso, hasta íntimo. Se es tan nacionalista como se puede en casa, comiendo lo más parecido que se comía en el país recordado. Manteniendo contactos con parientes que son el puente jamás derribado entre la madre tierra y el nuevo país.

La naturaleza de los Estados Unidos de América es la unidad de la diversidad de inmigrantes. Siempre ha sido así y también esto ha generado una dialéctica discursiva que por épocas ha crispado los ánimos, pero basta leer un libro de Historia para ver los saltos cualitativos que estos debates trae. En todo caso, recuerda, el respeto y la ley, son tus mejores aliados.

«Feliz» pandémica Navidad



¿Cómo iniciar esta columna navideña en medio de una pandemia que aflige al mundo? He puesto entre comillas la tradicional palabra «feliz» que siempre acompaña al saludo navideño de cada año. Pero esta no es cualquier Navidad y ni el año que termina es similar a cualquier otro de los 56 que me ha tocado vivir.

Pensé mucho cómo iniciar el saludo, de una manera entusiasta y esperanzadora, y barajé varias opciones soslayando la gravedad y urgencia de la pandemia, pero implicaba ser insensato y hasta cínico en comunicarme con él o la lectora como si nada estuviera pasando. No pude con tanta irresponsabilidad.

Y fiel a la tradición navideña cristiana escribí «Feliz», pero entre comillas, para llamar la atención que esta palabra de grande significado en nuestra vida, a veces y casi siempre, por el uso común y vulgarizado, pierde su valor e importancia y termina diciéndose como «hola» o «adiós», es decir, en automático, sin mayor sentido en el contexto cotidiano.

Algo parecido está pasando con la frase «Que Dios lo o la bendiga», que ahora cualquiera dice: «Bendiciones», sin más, como

quien dice «Chao» o «Bye». Implica megalomanía al arrogarse la posición de bendecir al otro, lejos de la humildad de invocar y pedir a Dios que bendiga al otro u otra. Todo lo que vincula a Dios, creo, debe ser tratado con sumo respeto y sumisión, por eso siempre debe pedirse a Dios que bendiga a tal o cual persona, pero jamás, relativizarlo o rebajarlo a lo anotado.

La palabra oral o escrita es poderosa y sin ella no tendríamos el conocimiento de la Historia, ni la Biblia y por tanto a Dios, que surge en su texto. Ni al Corán, que tiene su propio Dios que no puedo nombrar, ni otros textos sagrados que también anidan Dioses. Todos muy respetables. Pero tienen en común que surgen de la palabra ¿Qué serían los cristianos de hoy sin la Biblia?

Entonces, invoco a respetar la palabra para honrar a Dios, porque según el Génesis por medio de la palabra se creó todo lo existente, incluso a nosotros sus hijos e hijas: «Y *dijo* Dios: Sea la luz; y fue la luz» y «Luego *dijo* Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas» y sigue así, diciendo, hasta cansarse y por ello descansó en el séptimo día, al cual «santificó porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación». Creó un mundo con la palabra. ¡Maravilloso!

Es hermoso tener un Dios para sobrevivir al mundo. Y la Biblia, libro que dicen los evangélicos y cristianos que es sagrado, se refiere a Dios con el nombre de Jehová. Y muchos son fieles de Jehová, lo cual es conmovedor y loable. Pocos cristianos, con ánimo de no ser del común, pretenden distinguirse en no llamar a Jehová como dice la versión Reina-Valera u otras versiones confiables, sino que se refieren a él de otras formas.

Digo lo anterior porque esta es una Navidad especial, donde debemos reposicionar nuestra relación con todo lo conocido, y en tiempos de finales repentinos, es bueno usar las palabras para llamar a las cosas por su nombre, sin ambages, ni dobleces o disfrazar la hipocresía, soberbia o narcisismo con usos patéticos de las palabras. La palabra merece respeto porque es creadora de mundos

y destructora de vidas, incluso el Diccionario de la RAE la define como «Segunda persona de la Santísima Trinidad, Verbo».

Sin más palabras, recomiendo evitar visitar y compartir con los seres amados, para no exponerlos a un virus que nos tiene avasallados y que, además, de pronto nos avisan que viene una cepa peor al grado que Inglaterra ya cerró sus fronteras y que, simultáneamente, le están cerrando fronteras. Esta Navidad apaguemos la luz eléctrica y durmamos temprano, para aspirar a tener amaneceres en el 2021.

Con el mejor ánimo que da la literatura, les deseo una Tranquila, Saludable y Amorosa Navidad.

Nosotros, los de entonces y el amigo que se va con la pandemia



No quiero sorprender a mis lectores sino hacerlos partícipes de algo especial pero que ahora es común. Me refiero a la muerte sorpresiva, repentina. Sin embargo, escribiré de vida, recuerdos y sentimientos que quedan en los que conocimos al ya trascendido. Me refiero a José Alfredo Carranza. Teje una manta que cubre el pasado, pero con puntadas del presente que amparan la memoria de un ser que, hilvanando los diferentes colores, no tuvo una vida fácil y por eso, sin duda, hoy sabemos que descansa en paz.

Por Messenger varios amigos y familiares me avisaban que «el huevo Carranza» había fallecido. De inmediato llamé a El Salvador a Marvin Quinteros, quien confirmó que «el huevo» Carranza había muerto en los Estados Unidos de América, donde desde hace años vivía y trabajaba de camionero. Me dijo que algunos decían que había expirado en un área de descanso, montadas a través de los freeways, sobre la cabina del camión de trabajo pero que otros afirmaban que había muerto en el baño. El punto, pensé, es que

murió lejos de todo aquello que lo hacía ser Alfredo, tan recordado como «el huevo».

También en Facebook alguien socializó una foto de cuando Alfredo «el huevo» Carranza compartía junto a compañeros Boy Scout. Y una de las imágenes es la mía. Pero entonces a mi me parece que el señor de más de cincuenta años, perdido en la inmensidad del anonimato de un latino en los Estados Unidos de «América» no tiene nada que ver con la memoria que tengo de Alfredo de las fotos, mi amigo de infancia y juventud. Y dictamino que ese que ha muerto es un señor ajeno a mí.

Mi Alfredo, el «huevo» Carranza sigue vivo en mi memoria: Fueron años felices, inciertos y de candidez. Todos, su camarilla bien intencionada de jovencitos, éramos miembros del Grupo Scout de Apopa # 22 Brownsee. Vivíamos bajo los lineamientos del fundador del movimiento Scout, Robert Smith Baden-Powell. Hoy, somos adultos sobrevivientes de guerra civil en El Salvador y de la pandemia mundial. Alfredo ya se liberó, pero los demás seguimos en y con «el huevo» de vivir.

La periodista y administradora de empresas, Claudia Juárez, hija del recordado poeta Salvador Juárez, comparte que: «Alfredo fue mi compañero de Kínder y en los primeros años de la Escuela Parroquial. Te duele mucho su partida, ya que es un apopense de corazón, igual que su familia que es muy querida en Apopa. Imagínate mi madre han sido amigas desde jóvenes con la mamá de Alfredo, la niña Mima Carranza, como le decimos cariñosamente. Confiemos en que Alfredo está en un mejor lugar». Me uno a Claudia en su confianza y esperanza.

Por su parte, el psicólogo Gilberto Alfaro Luna, recordó: «Alfredo emigró a USA después de haber terminado una carrera de Abogado. Lo recuerdo como un joven temperamental, soñador, con ideología de derecha. Soñaba con ser Militar, pero por baja médica no logró avanzar. Esto es importante porque sucedió en época de guerra civil. Mostraba su carnet de caballero cadete y lo

hacía con orgullo. Todos lo reconocían como una persona con carácter fuerte y de poca tolerancia. Marvin era uno de los que más lo molestaba, y aunque se enojaba, lo cierto es que todos sabíamos que era solo apariencias, pues era una buena persona».

Pregunté a Marvin Quinteros, quien es un destacado profesional de las comunicaciones en El Salvador y a mi juicio purificado en el dolor-amor de haber dejado que Dios recibiera a su amadísima esposa en su maravillosa gloria. Me respondió: «El “huevo” Alfredo Carranza, era un tipo intrépido, que siempre se salía de sus casillas, pero cuando era de defenderte daba su vida por ti. Un amigo incondicional. Siempre fue aquel muchacho que en su mente fue militar». Lo recuerda con amor filial y expresa su solidaridad a su familia.



En la foto de izquierda a derecha. Sentados: Gilberto Amador, Aldo Giovanni Pietropaolo, Walter Mata, Grego Pineda, Marvin Quinteros y no he ubicado al que está a su lado. De pie: Alfredo «el huevo» Carranza, Fernando Martínez y Gilberto Alfaro Luna. Todos nosotros, ¡una vez Scout, siempre Scout!, hasta pronto Alfredo Carranza. ¡Descansa en paz!

El licenciado Fernando Martínez Lazo, administrador de empresas con sólida carrera, con tristeza dijo: «Tengo muchos recuerdos de Alfredo, un amigo muy particular. Alguien que deseaba entrar a la Escuela Militar, con mucha gana, pero salió de allí pronto. Recuerdo los campamentos con él. Era el más brabucón, el más enojado. Pero era un amigo que en cualquier circunstancia estaba para sus amigos y listo a defenderlos».

Desde Australia, lugar de su residencia, el destacado profesional, Aldo Giovanni Pietropaolo, comparte sus memorias: «Alfredo fue mi subalterno en rango. Así empecé a visitar su casa para que él hiciera sus adelantos en el plan scout. Su mamá y abuela lo super mimaban y era un chico berrinchudo. Diría que con cierta furia por la vida. Su mamá siempre me apoyaba y me tenía en muy buena estima. El chocaba a menudo conmigo porque yo era la autoridad. Era competitivo, inteligente y muy afectivo».

Y en Canadá, el recordado y querido Juan Carlos Flores Jaco, dijo: «Fuimos scout juntos, pero también éramos vecinos y amigos desde que nacimos ya que nuestros padres también se conocían. Fuimos al kínder en Apopa y nos graduamos del colegio Don Bosco. Fue toda una vida llena de buenos y difíciles recuerdos ya que nuestra infancia fue en medio de la guerra. Pero creo que eso nos unió más. Luego emigramos y nos alejamos hasta hace 5 años que nos platicamos de nuevo. Conversamos por horas con la misma alegría de siempre. Y viviré en paz de haberle dicho cuanto lo quería».

Especialmente su hermana y residente en USA, Jenny Carranza, lo recuerda así: «Mi hermano era un hombre especial, que a mis ojos fue el defensor de la familia. Amó a cada uno de nosotros a su modo —con su garbo dulce—. Para la familia ha sido un golpe fuertísimo. Pero los designios de Dios son diferentes a lo que nos planteamos nosotros. ¡Pero si hay algo que me llena de alegría, es ver cómo sus amigos de juventud lo recuerdan!».

Mafalda por siempre, gracias Quino



Mafalda educó a mi hijo. Él creció leyéndola. Ella aún es niña. Él ya tiene treinta y cuatro años. Mafalda y su pandilla refractan la conciencia viva y vigilante de una nación, de cualquier país. Mi hijo tuvo por amigos, y aún recuerda las vivencias de Miguelito, Felipe y el niño trabajador Manolito. A Susanita y sus sueños. Pero sobre todo tiene presente el espíritu crítico y de curiosidad de Mafalda. Estoy seguro que él sintió la muerte de Quino, como podría sentirse la muerte de un abuelo: lejana pero profundamente.

El señor Joaquín Salvador Lavado Tejón ha trascendido. Se nos adelantó. Y nos unimos al dolor de su familia. Pero el mundo recordará su obra y sin duda su legado valioso, el cual refleja su compromiso por mejorar el mundo que encontró. Quizá lo dejó igual o peor, pero no por él, o por falta de su aporte, sino por la necedad humana de seguir hacia el despeñadero. El señor Lavado Tejón, a través de Quino, hizo su parte: abrir espacios de comunicación sin importar la nacionalidad, etnia o condición social; también provocó reflexiones sobre el *establishment* y el *statu quo*. Usó el humor para tratar temas muy serios. Nunca se burló de nada.

Los lectores nos reímos con sus caricaturas porque evidencia lo que usualmente no queremos ver y mucho menos aceptar. Nos da risa darnos cuenta que hemos sido descubiertos. En nuestra medianía.

Mal haría en escribir sobre la muerte de Quino y llenarme de tristeza. Priva en mí, admiración y mucha gratitud por que vivió y supo retratar el intelecto al servicio de la conciencia a través de una niña que ponía en aprietos a los adultos porque ella era la voz que los evidenciaba, los dejaba al descubierto en su mediocridad, tolerancia cómplice y a veces molicie. Después de leer y entender a Mafalda, ya nadie es inocente. Sin embargo, Mafalda sigue manteniendo su candor. Esa es la universalidad y clave del gran aporte de Quino y por eso el señor Joaquín Salvador Lavado Tejón debe descansar, realmente, en paz.

Es un alivio que Mafalda «solo» sea una caricatura. Porque de haber existido de carne y hueso, habría enfermado de los nervios a sus padres y ambos padecido de vejez prematura. La posibilidad de tener una Mafalda en casa es aterradora. Es como vivir con la culpa presente. Sería como mirarse desnudo en un espejo. Esa imagen es implacable, ¿o no? Aún los jóvenes extasiados en su propio físico, saben o intuyen que tal cosa es pasajera. Todo cae, se contrae y se pierde. Por eso Mafalda es difícil, porque evidencia la vacuidad de la vida, si es que no se le insuflan valores humanos, solidaridad y compromiso.

Nadie que lee a Mafalda puede quedar indemne. Si esto sucede, no la entendió.

Gracias Quino, gracias Mafalda y sigue niña porque los adultos le hacemos mucho mal al mundo.

Poetas: obra y vida

La palabra como brújula en la vida y obra de Sofía Estévez



Sofía Estévez, dominicana-estadounidense, habla de su pasión: «Soy poeta por un acto ambiguo de rebeldía y agradecimiento ante la vida, sus seres, circunstancias, paisajes y mercancías. Ser poeta es un oficio urgente, serio y sagrado, el poeta tiende un puente a su oasis donde ofrece asilo y recuerda que no estamos solos ni en la alegría ni tampoco en el más profundo dolor, ¡la poesía salva!». Y Sofía quiere salvarnos con sus versos y prosa.

La poesía de Sofía estuvo retenida por la vacuidad de la rutina laboral. Pero la palabra se abrió paso para concretar la revolución vital y existencial, entre lo que podía ser y lo que debía ser, su drama de estar atada terminó en versos: «Una mujer se prostituye en una oficina, / se ahoga entre reuniones y ejecutivos, / cegada por monitores, estadísticas y gráficas, / víctima de un buen salario que la sedujo». Dinero versus poesía. Ganó la poesía. Bien por nosotros.

Y para que no haya dudas, con la fatalidad que los hijos de Baudelaire entendemos, confiesa: «Los poetas no elegimos la poesía, ella nos elige a nosotros, y nos persigue y nos consume si no la de-

jamos ser». Por eso es admirable la poesía de Estévez, porque no es producto de represión u ocultamiento, como sor Juana Inés de la Cruz, si no de liberación, de diálogo consigo misma y por tanto con toda la humanidad. Es poesía de encuentro, no de evasión.



Sofía asumió su apostolado de la literatura cuando se dijo: «Detono esta maldita piedra que me apresa:/ grito mis verdades, elijo mis placeres, pago mis impuestos, / me desempadrono de la jerarquía de los caciques-sagrados, / artífices de morales bifurcadas, / propietarios de la rama larga de la horquilla, / me sacudo sus es-cuetos permisos y pesados deberes». Este fue su decálogo hacia el compromiso poético.

En su libro *Los abrojos del bien*, percibí la exquisita sensibilidad en temas críticos. Veo, dice Sofía, mi razón poética como un don que me han concedido los dioses: el de la palabra como

brújula para dar sentido a lo que el simple ojo no ve, a lo que no se mercadea en masa, a lo que no nos cuentan ni las noticias, ni los libros de historia, a lo que nos ahoga, nos excluye, nos asombra y enternece. Sofía no se detiene en la verdad incómoda, en la belleza oculta ni en la fealdad maquillada. No transige con la hipocresía. Es letal con la estupidez generalizada.

Su extraordinario poema «Poeticidio» devela y denuncia la trampa del consumismo y la cosificación humana: «En este pretender absurdo de normalidades, / *me levanto, trabajo, compro, me acuesto...* / Un vivir en orden sin revelaciones, / *El esposo, los niños, el perro!* ¡Ay! Mis dos yos me están acabando, / *hola, que tal, como no, hasta luego...* / Se baten cuerpo a cuerpo, me aflijo, / *pan, leche, carne, verduras...* / ¿Por qué duele tanto un destino incompleto? / *Limpio, lavo, plancho, ordeno...* / Y, yo me niego la vida a cada momento, / *tengo, quiero, necesito, consumo...* / Matando al poeta, abortando poesía, / *me levanto, trabajo, compro, me acuesto...*».

En medio de todo, Sofía es una mujer sociable, pero no sumisa a las «Sociedades elaboradas dentro de burbujas/ sostenidas en atarrayas que revientan, / realidades disfrazadas: álbumes de bodas, / discursos bíblicos extraídos con tenazas, / construcciones sociales de hormigón armado/ impuestas como verdades universales. / Eclipse de azul y rosa sobre un arcoíris», es una poeta con posturas éticas claras, que prefiere fluir con sus sentidos y convicciones, avanzando estéticamente con una contagiosa y avasalladora fuerza vital.

Poemas de Sofía Estévez

Perdón Poesía

Una mujer se prostituye en una oficina,

se ahoga entre reuniones y ejecutivos,
cegada por monitores, estadísticas y gráficas,
víctima de un buen salario que la sedujo.

El sol pega a las dos de la tarde por la ventana,
ella rendida en un trabajo predecible y lógico,
se derrite en condescendencias mudas,
se toma un café para poder terminar el día
después, el «*hapy hour*» de colegas aborrecidos
que ahogan las horas infelices y esperan el próximo sueldo,
los días pasan, el tiempo apremia, las palabras escapan.

Regresa a casa a la hora del crepúsculo
emocionada, se le ocurren unos versos
que no logra escribir esa noche
de un hoy que se parece a ayer y a mañana:
la monotonía es una telaraña dulce.

Otro día gris, vestida de gris en la oficina gris,
sabe que se está suicidando a paso lento,
borrega corporativa, agendada y sin referente,
la poesía pulsa a punto de reventar, dolor de taquicardia,
se pregunta la pregunta de su padre: ¿de que viven los poetas?

De camino a casa, se detiene ante una tienda abandonada,
burlando el tedio, se atreve a abrir la puerta y entra,
las palabras flotan, algunas la atraviesan, las acaricia
languidez, escalofrío, suplicar, impalpable, bruma, gladiolo,
labios, sombras, atravesar, albura, hipocampo, volver...
cierra la puerta con cuidado, saca su libretita y lapicero del bolsillo
se echa al suelo, hay mucho trabajo por hacer.

Una vida hecha a mano

Yo soy aquella mujer que la crearon
cual esclavo «non-finito» de Miguel Ángel,
cincelándole fidelidad y sacrificios
-una apoplejía de hombrada y sumisión-
atrapada en la dura carga de su débil sexo.

Tropiezo con otras dúctiles Lucrecias,
estatuas inertes sin sueños ni preguntas.
-Y el entusiasmo por la vida, ¿dónde ha quedado?,
se pierde en salones de chismes y lamentos,
en casas rondadas por mujeres condenadas
a disfraces inútiles, aburridas morales,
entretenimiento fugaz.

Detono esta maldita piedra que me apresa:
grito mis verdades, elijo mis placeres, pago mis impuestos,
me desempadrono de la jerarquía de los caciques-sagrados,
artífices de morales bifurcadas,
propietarios de la rama larga de la horquilla,
me sacudo sus escuetos permisos y pesados deberes.

Yo sueño despertar a un mundo iluminado,
encontrarme con amigas salvajes y curiosas,
formar una flota de mujeres argonautas,
cruzar la Laguna Estigia,
adjetivar el espacio y saborear el tiempo.
¡Yo quiero una vida hecha con mis manos!

Pluma contra plomo

(A Roque Dalton)

*Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.*
Elegia, Miguel Hernández

Las ventanas aventadas en los rostros
de los pobres, los trabajadores, los hijos naturales, los indios.
Los cafetales en flor, los campesinos marchitos,
niños preñados de lombrices, desayunan café de maíz,
no cantan, no conocen El carbonero.
El país tiene sus catorce herederos,
tú, como la gran mayoría, no los conoces,
tú no conoces a nadie que los conozca,
hay que reírse,
llorar por treinta mil muertos enteros sería interminable,
además, no los conoce nadie.
Sin embargo, la vida pesa,
y otros cantan, cantan, cantan,
y se llenan el buche de pupusas suculentas, y atol espeso,
la mano dura siempre, los protege.

Todo iba muy bien,
hasta que aparecieron los poetas,
esos locos malditos con sus plumas y descontento
se apandillaron, fusilaron muchas noches,
noches plagadas de poemas y bohemia
nombraron a cada cosa con su nombre:
injusticia, explotación, discriminación,
las palabras, también inquietan.

El Circulo Literario Universitario calcinado
la poesía inquebrantable, gritando sus verdades
tú con alma, ellos con armas,
tú que creías en todo por tu patria,
tú con la poesía debajo del brazo como el pan,
alimentándonos a todos.
¡Ah, poeta guerrillero!
creíste en la vida que llegaría para todos con tu lucha,
no te quedaste en Praga, ni en La Habana,
regresaste a firmar tu sentencia de muerte con el ERP;
duele, duele profundamente
tu risa interrumpida tan temprano,
preso, de pie, te llegó la hora siniestra,
tu muerte a quemarropa, dos tiros traicioneros,
el primero en el hombro, el segundo te desbarató la cabeza,
dos tiros certeros quisieron silenciarte
tragedia abrupta, asesinos sin culpa,
guerrilleros convertidos en burgueses y asesores,
la hora de la justicia está lejana,
cuarenta años después, en El Salvador
no caminamos con nuestros hijos por las calles.

Hoy, en un vertedero llamado El Playón,
donde zopilotes y perros aguacateros
se cebaron de cadáveres de escuadrones de la muerte y la guerrilla,
a alta hora de la noche sale un unicornio azul,
corre desbocado sobre las siemprevivas del sacrificio,
se oye su risa contagiosa.

¡Ah, los poetas!, desobedientes siempre,
junto a la flor, la abeja, el pan y la tormenta, pronunciamos
[tu nombre,

pronunciamos tu nombre entero con sus once letras ¡Roque
[Dalton!
porque no has muerto.

Vida y poética de Mario Ángel Escobar, paciente 1980 de El Salvador



En los Ángeles, California, pernocta y trabaja el reconocido poeta, novelista y profesor universitario Mario Ángel Escobar, quien vive entre libros. Ha recibido prestigiosos reconocimientos por su ejemplo como latino destacado, pero también por su activismo cívico en favor de los inmigrantes y población vulnerable.

Mario Escobar es salvadoreño, a su pesar. Se considera un hijo abortado por su patria. Forzado a actuar como hombre aun cuando su infancia no terminaba. No le regalaron un fusil de juguete, sino un teatro de guerra para que jugara a ser el Che o un Quijote justiciero. «Soy hijo de abejas de pólvora, /vengo de la miel amarga del panal, / de mil caminos de lágrimas derretidas. / Soy lluvia mezclada con sol». Nací, dice Mario, en el pétalo revolucionario de una canción.

Mario aún no salía de las montañas de su pueblo ni de los ríos que fluían sigilosamente, y el niño guerrillero-embrión de poeta, corría con ellos, silencioso, para no alertar al enemigo mi-

litar. «Vengo de la sucia aurora, / de las aguas frías del río Lempa/
y en mi silencio, que es el tuyo, / puedes escuchar las máquinas de
fábrica/ donde mi madre desgarró sus años».

En medio del espanto de la guerra, Mario Ángel tuvo que sobrevivir, comiendo tortilla tostada con olor a pólvora y beber agua con sudor de «sálvese quien pueda». «¡Oh si!, vengo de los abismos de la noche/ en un caballo trotón sobre montañas, / bulevares y desiertos. / Pues como te decía, vos, / Yo nací en un pueblo entre volcanes, / huelepegas, ambulantes, / ladrones y poetas. / Soy torogoz y grito de marinero. / Marinero que se le acabó el mar, / inmigrante cargando raíces en el viento. / Soy de la estirpe de ríos y montañas/ que nunca marcaron fronteras».



Escobar ha socializado algunas fotos de su ¿infancia?, a raíz de múltiples entrevistas publicadas en medios americanos, pero esas fotos del niño-fusil con uniforme verde olivo, me dan escalofrío.

Especialmente cuando reparo en sus ojos, esa mirada me hela el alma y me queman los dedos por escribir y pedirle que nos perdone. Que su infancia se la debemos, que su pasado lo respetamos y que su futuro es mejor que lo viva en Estados Unidos de América porque en El Salvador todavía se debaten rancias ideas con métodos obtusos.

Asesinado su padre y familiares, en los días más cruentos de la guerra, tuvo que unirse a hacer justicia por su cuenta, sin comprender qué era eso, ni lo que tendría que vivenciar. Pronto fue capturado por «el enemigo» ¡gracias a Dios!, y llevado a una casa de paramilitares, donde fue rescatado por su abuela en compañía de la organización de derechos civiles donde militaba.

Ángel convivió con la muerte y por eso no le asustó cuando su abuela le entregó cincuenta dólares y le dijo, entre llantos y amores desgarrados, cómo debía llegar a Los Ángeles, donde su madre había emigrado. Entonces nuestro veterano niño caminó hasta California, buscando su libertad, su futuro incierto, una patria que lo protegiera de su patria, capturada y violada por los señores de la guerra.

Confiesa Mario en su bello poema «Deja y me presento»: «Mi país fue el abismo telúrico de pólvora, / nacieron allí mis hermanos, / con la mirada torcida, / buscando patria en el norte. / En el Norte, recuperamos historias/ y supimos de la tormenta y de la luna/ y del inmenso laberinto en que yacemos/ buscando la ternura que perdimos».

Y entre libros en inglés y español, nuestro connacional, ha conocido muchos universos y cosmovisiones, según el temple de cada escritor, pero ninguno, sin duda, pudo o podrá escribir la historia que ebulle en el alma de nuestro poeta y novelista. Su novela *Paciente 1980*, de edición ya agotada, está llena de referencias a personajes y pasajes de la guerra, pero no es histórica, es un experimento estético que desafía al lector.

Es difícil ponderar y aquilatar la obra de Mario Escobar en su justa medida desde la cordura. Hay que enloquecer un poco para poder discernir su genialidad y entender su aporte literario, el cual, está plagado de fantasmas que huelen a pólvora, sudor, miedo-valor y determinación. Pero sobre todo de dramática autenticidad. No son kaffianos porque lo vivido subyace en su narrativa y por tanto lejos de ser surreales.

Su poesía bilingüe aparece en *Theater Under My Skin: Contemporary Salvadoran Poetry* publicado por KalinaPress y en *Poetry of Resistance: Voices for Social Justice* publicado por University of Arizona Press entre otros. El carácter coloquial y comprometido de su poesía, así como la realidad con la que escribe, lo convierten en uno de los poetas reconocidos del exilio salvadoreño. Y debería ser, como mínimo, reconocido y reivindicado en la República de El Salvador.

Poemas de Mario Ángel Escobar

Deja y me presento

Mira vos
Yo Nací en el pétalo revolucionario
de una canción
1978 mamá y papá
bailando
cumbias
entre gritos de mercado
Oh sí, vengo de los abismos de la noche
en un caballo trotón sobre montañas
Bulevares y desiertos
me he bañado

en las aguas hirviendo
de Mi Pueblo

Mis ojos un tropo de estrellas
mi respiración azotada por los relámpagos
de una década
y cuando hablo
puedes escuchar el crujido de mi vértebra
Rasgada por el diente de la luna
pero a pesar de todo todavía levanto el puño
Vengo de la sucia aurora
de las frías aguas del río Lempa,
y en mi silencio
tanto mío como tuyo
puedes escuchar las máquinas de la fábrica
donde mi madre ha dejado sus años

Soy hijo de borrachos y abejas de pólvora
Vengo de la miel amarga del panal,
de mil caminos de lágrimas derretidas,
Soy lluvia mezclada con sol
Siente las hierbas de mi abuelita
en el golpe cristalizado de mi lengua
Siente el ritmo de la guitarra
envuelto en el beso ... de mi abuelo

Pues como te decía vos
Yo nací en un pueblo entre volcanes
huelepegas, ambulantes,
ladrones y poetas.
soy torogoz y gritos de marineros
esos marineros que se detuvieron cuando se les acabó el mar
inmigrante cargando raíces en el viento.

Soy de la estirpe de los ríos y montañas
que nunca marcaron fronteras.
Mi país fue el abismo telúrico de la pólvora
Nacieron ahí también mis hermanos
con la mirada torcida
buscando patria en el norte.
Pero ya recuperamos historias
y nos dimos cuenta de la tormenta
y de la luna y del inmenso laberinto
en el que solamente buscamos la ternura
que perdimos.

A mi padre

Murió cuando yo tenía ocho años, pero de vez en cuando se asoma cuando mi tía Leonor saca su lengua de azúcar para untar como mantequilla la historia de cuando tenía 3 años. A veces se toma una cerveza en la esquina de la sonrisa de mi primo Nelson. Sale a pasear en las bromas de mi primo Alex. Hablé con mi primo Quime, y mi padre estaba flotando en sus palabras. E incluso lo veo cuando mi pequeña sobrina Alexa pesca estrellas con ojos tristes en el muelle. Lo veo a sus 38 años como cuando yo tenía 8 años, bailando en la piel plateada de un pez jurel como lo hace mi tío Toño. Te veo padre... Te veo en la sabiduría de tu sobrino Leo. Te veo en el viaje existencial de mi hijo Mario cuando se pone a mirar al techo y armar el rompecabezas de un futuro descalzo. A medida que envejezco es fácil encontrarte padre bailando, riendo, llorando, amando vida como mis hijas Te veo padre en mi manera de vivir

en el fino hilo de junio
en la pequeña habitación de mis años
y en la vitrina ocasional de cicatrices
Ven aquí padre
Siéntate conmigo
tomémonos el trago de mi domingo abierto
y observemos el barro deslizarse en las cosas, años, y vidas que
[se perdieron
ven aquí padre
siéntate conmigo
en la arena
mira padre
miremos como revientan
las olas de nuestra historia.

Mire usted

el día es viernes 25 de diciembre
año 2020
A las 11:42 am
La ciudad es Alhambra
saliendo del COVID
en un cuarto semi oscuro
de la calle Cordova
Ahí vivo con mis hijas
con la cara pintada
de una risa que parece mueca
o sacada de una casa de empeño
con las secuelas de dos semanas de fiebre
Quiero la claridad del día
el ruido de los motores
y la bulla de los desconocidos

me pongo a escribir
¿Para quién?
Supongo que para este tonto presente
alegre por los transeúntes de los barrios
alegre por la canción de Bob Dylan
que sale de mi radio
alegre por el mundo y sus regalos
aquí pensándome alegre por el café
porque estoy respirando
con pulmones que no se dan por vencidos
La soledad es buena
para llenar otra taza de café
y seguir escribiendo
yo quiero desearles feliz navidad
pero lo que quiero es darles un poema
que grite como sé que gritan a escondidas
sigo aquí en mi cuarto
alegre por ustedes
Ahora alégrate conmigo
es el 25 de diciembre
estuve hace un par de minutos
alegre
de eso estoy seguro
¡Salud por los alegres de este día!
Yo me perdono y deben perdonarse
pongamos alegres pues
seamos buenos, aunque sea por este día.
Todos estamos alegres
Yo aquí y tú allí
¡Qué alegría!

Colombia, la «matria» de la poeta Luz Stella Mejía Mantilla



La Patria, esa cicatriz que llevamos los inmigrantes latinoamericanos en nuestra alma, cuya presencia no deja olvidar la melodía del Himno Nacional, el abrazo de la madre, el primer beso de la novia, ni los platillos preparados por la abuela. Añorar vivir, pensar y hablar en tu lengua materna. «La nostalgia es infinita:/ No es dolor de patria ausente, / es duelo del regreso imposible/».

La patria Colombia, que para la poeta colombiana-estadounidense Luz Stella Mejía Mantilla, es su matria porque en su libro *Etimológicas* dice: «Si fuéramos justos debería ser el país de la madre de uno. La tierra donde nacimos de nuestra madre, la que nos enseñó ella a querer con sus abrazos, la que aprendimos a añorar con sus recuerdos. El pedacito de paraíso perdido de nuestra infancia en su regazo». El silogismo *Matria* existe en literatura y se usa en otros ámbitos, como en algunas poblaciones originarias del Sur de América.

Luz Stella vivió su infancia en la planicie de Bogotá, muy cerca de las montañas y su recuerdo aún perdura y subyace en su poética. Adolescente se fue a estudiar a la costa en Santa Marta, cercana a la región de Cartagena. Se graduó de bióloga marina y trabajó en ese rubro científico hasta que se mudó a los Estados Unidos de América. Aquí, el ejercicio de la ciencia marina no prosperó, en su lugar, floreció la poesía en el jardín de su vida.



Pregunté a la poeta, ¿qué es la poesía? y respondió: «La poesía es la forma más sublime que tenemos de explicarnos el mundo, de entender el dolor, de expresar la pasión. Un poema para mí puede ser la salvación, la iluminación, el último recurso para mantenerme cuerda. Cuando la vida me abruma, cuando la incertidumbre me supera y necesito encontrar una manera de lidiar con el día a día, leo y escribo poesía».

Disfruté mucho su último poemario *Etimológicas*, en el cual ha agrupado sus versos en tres bloques: Patria, Matria y Tierra. Ha unos años, la gran Colombia pasó por un inédito proceso de consulta en las urnas donde debían votar por la paz y terminar las décadas de conflicto armado con miles de muertes y desplazamientos humanos. La mayoría votó en contra de la Paz y esa extraña voluntad popular partió en dos la sensibilidad de Luz Stella. Su dolor, extrañeza y reflexiones llenan el primer bloque.

El segundo bloque lo forman los recuerdos de su infancia y madre. Pero no se crea que son versos tristes, lacrimosos o de nostalgias comunes. Su poética es potente, empodera a la niña que fue o las niñas que son, no se queda atada al pasado, más bien lo rompe. Rescata a su progenitora: «Mi madre está adherida a mí. / O más bien/ Yo sigo adherida a mi madre. / Mis actos la recrean/ porque le pertenecen, / en ella nacieron y yo los ejecuto. /Soy su prolongación».

Y el tercer bloque lo averiguará el o la lectora cuando busque el libro. Dos veces leí su poemario porque en general toda su propuesta estética es deliciosamente profunda, con perspectiva universal. Ha hilvanado las palabras con un cuidado y precisión que las emociones están delicadamente matizadas con sus meditaciones y observaciones. Intuyo que la poeta escribe observada muy de cerca por la científica.

Y para finalizar, con reposada voz me desliza esta confesión: «Soy bastante solitaria, no tengo muchas habilidades sociales y soy terrible con las conversaciones insubstanciales, por eso, cuando leo un poema y me reconozco en sus palabras, sé que quien lo escribió es mi paisano, mi semejante, aunque nos separen siglos o miles de kilómetros. Eso, para mí, no tiene precio». Y estoy infinitamente de acuerdo con Luz Stella.

Poemas de Luz Stella Mejía Mantilla

Nostalgia

Del griego *nóstos*: regreso a casa,
del indoeuropeo *nos*: volver a salvo a casa,
y del latín *algia*: dolor

¿Cómo volver a salvo
al lugar de la infancia?
No es posible,
ya no existe,
salvo en la memoria,
y solo en la mía
que recorre a solas
el mapa del pasado,
o tal vez solo sueña
que recuerda.
En la ilusión de la nostalgia
mi deseo traza
una nueva ruta cada noche,
con la urgencia
de evocarme amada y salva.

Cómo regresar
a la tierra de los sueños?
Tal v no quiero regresar
sino inventarnos juntos
ese país futuro.

La nostalgia es infinita:

No es dolor de patria ausente,
es duelo del regreso imposible.

A qué volver

Regreso a mi casa abandonada.
Ahora vuelvo a abrir su puerta
que dejé cerrada un día.
Encuentro los vidrios empañados
las paredes derruidas.
No queda nada.
La hamaca rota no mecerá recuerdos
ni la dulce siesta lenta de la tarde,
ni el bullicioso columpio de juegos.
No vine a desempolvar memorias
ni a abrazar el pasado:
Ya no existe.
Sé que miraré las fotos en sus marcos
y no veré el brillo de los ojos,
ni los labios extenderse para mí en una sonrisa.
Solo veré el gesto adusto y lejano
de aquellos que no conocí y
no me quisieron cuando creí en palabras.
No vine a oler la leña,
las brasas frías,
vine a matar fantasmas,
a romper cadenas,
a llorar mi muerte.

Matria

Si fuéramos justos
debería ser
el país de la madre de uno.
La tierra donde nacimos
de nuestra madre,
la que nos enseñó ella
a querer con sus abrazos,
la que aprendimos a añorar
con sus recuerdos.
El pedacito de paraíso perdido
de nuestra infancia
en su regazo.

Lo que somos

Al final no soy más que un cuerpo
soñando que escribe, piensa y hace.
Un cuerpo que duerme su vida.

Al final solo importa la poesía:
el sueño de esta mujer que vive
en el sueño de este cuerpo
que se descompone.

Al final son las palabras enlazadas
las que viven, se leen y perduran.
No somos sino los poemas que quedan.

Poeta del recogimiento: Ricardo Ballón



Hay mucho que decir sobre la obra literaria del boliviano-estadounidense Ricardo Ballón. Pero debe hacerse con la precisión y pulso que él imprime en cada verso e imagen poética que crea y recrea. Su poesía surge del recogimiento, de la contemplación y meditación. No hay lugar al arrebato o desenfreno de pasión y menos de confrontación.

Sus poemas evocan, provocan y convocan. Evocan su amada Bolivia y no digo su patria porque dicho término implica azarosa Historia nacional y aunque Ricardo no huye del devenir histórico de su país, entiende la fatalidad que implica tener una capital llamada «La Paz» desafiada *per saecula saeculorum*. Ricardo evoca una Bolivia acrisolada en su memoria de hijo, estudiante, gestor de una nación más justa, padre y hermano.

Provocan en el lector la rápida adhesión a su estilo: breve, límpido, preciso. Pienso a Ricardo Ballón como un orfebre cuya inspiración visualiza una joya y poco a poco, con dedicación y concentración y quizá con respiración contenida, la va moldeando, sin prisas. Crear una joya poética es la meta y exponerla es su deseo.

Convocan a un deslumbramiento por la naturaleza, la vida, el amor, la sensualidad, el arrobamiento ante la magnanimidad de lo superior. El señor Ricardo Ballón construye un mundo encantado con su palabra transfigurada pero jamás sacrificada y menos crucificada. Su mundo es de luz lunar, las sombras danzan y el río murmura y nutre, con su frescura y vida, la ilusión de eternidad. ¡Hay tanta libertad en su poesía!



La obra poética de Ballón se percibe decantada, profunda y con apego irrestricto a las formas. Indica, holgadamente, que es más que poesía boliviana o latina en los Estados Unidos de América. Encasillarla en fronteras es limitarla. En sus versos no hay espacio para nimiedades. Su inspiración vuela alto, sus versos nos dan el cielo, montañas, ríos, amor a la madre, a los hijos y nos coquetea con un delicado y fino erotismo. Esto, sin duda, son temas universales.

Ricardo Ballón, poeta, cuentista y periodista, estudió Comunicación Social en la Universidad Católica Boliviana y cursos de posgrado en Comunicación política en el DEBEM de Bolivia y la

Universidad Complutense de España. Trabajó en su profesión en Bolivia. Y tuvo un intenso activismo político en sus años mozos. Pero esta información mundana ya no importa; lo importante es su obra publicada. Ella lo trascenderá.

Sus libros: *Cabriolario*, *El Diario de la Sombra*, *Cal y Canto*, *Niños de piedra* y *O-ir al arroyo*. En antologías: del *Festival de Poesía Ciudad de Nueva York*; *Muerte y Poesía* de la Universidad Autónoma de Aguas Calientes, México; de la *Alianza Latina*, Washington D. C.; *Poetas bolivianos contemporáneos* de España; *Voces en la madrugada* del Colectivo literario Alta hora de la noche, Washington D. C. Y otras más.

Invito a que busquen los libros de este extraordinario escritor y que, como yo, disfruten de tanta sensibilidad, paz y vida. Su lectura fluye porque no hay jerarquías ni pretensiones baladíes en sus poemas, solo revelación, comprensión y compartimiento. ¡Dios salve al poeta!

Poemas de Ricardo Ballón

A la vera del camino

Camino por el cielo
y sé que soy ajeno
camino por la tierra
y la siento extraña y bella

No quería llorar y llovía
no quería gritar
y los relámpagos
me descubrieron

Detrás de alguna nube

yo sé que hay paz
pero todas se están cayendo
y no puedo detenerlas

No encuentro la salida
es muy larga la noche
perdí el día en el camino
no quiero que el tiempo
doble mis rodillas

Necesito un árbol y una piedra
para sentarme
a la vera del camino
y ver por dónde pasó la vida.

Haiku -selección-

«En la medida
Cinco, siete y cinco
Nace un haiku.»

«A nuestro lado
Por todo el camino
Sigue la luna.»

«Volví al pueblo
Todo ya tan distinto
Menos la luna.»

«Los recuerdos
por más alegres que sean
lloran.»

«El paisaje
como la vida
no se repite...
otorga»

«De tanto esperarte
llovieron miles de letras
quedé empapado de poemas.»

«La marea
subió
buscando tus orillas...»

«La ciudad...
triste
casi se pone a llover.»

«El tiempo no pasa...
pesa.»

«Llora la lluvia
Es un día nublado
Al sol extraña.»
«Aquel sendero
En medio de los pinos
Se fue tan lejos.»

«A ser estrellas
Juegan en el arroyo
Las luciérnagas.»

«La melodía
Es cascada o río
El mar
Es un concierto.»

«Desbocados
galopan
saltan asaltan
tu torso
se tuercen
retuercen
mis ansiosos dedos»

«Guardada
en mi lecho
tu ausencia
me aguarda»

«De pronto
y como cada noche
cae la luna
de pronto
y como cada noche»

«Siento
luego escribo»

Poeta Bessy Blanco, vida y legado



El jueves 22 de octubre del 2020, la zona metropolitana de Washington D. C., despertó sin la activista social, poeta y abogada salvadoreña Bessy Blanco, y es imperioso explicar por qué merece ser noticia y tema de mi columna cultural. La muerte no sorprendió a Bessy: la esperaba. Había dado la batalla contra el cáncer, con responsabilidad y dentro del sistema de salud estadounidense. Pero en un punto de su existencia supo que sus días, literalmente, estaban contados. Lejos de entrar en pánico, ella entró en amor, es decir, vació su aliento de vida en ayudar a otros, en prodigar su sonrisa, en seguir siendo tan solidaria y entusiasta como siempre. Compartió el valioso tiempo con su más sagrado tesoro, su hija, y decidió asumir su realidad, sin quejas, con entereza, con la dignidad que la distinguía. Este es su legado de valor, entereza y compromiso.

El periodista y documentalista Tomas Guevara, comparte que «Bessy era una mujer muy consecuente con sus ideas y en especial en la defensa de las causas que consideraba justas, sobre todo muy combativa contra la violencia doméstica en todas sus modalidades, y en especial en la defensa de sus congéneres. En el plano personal

muy sincera, y sobre todo receptiva a escuchar las opiniones adversas, aunque no tuviera el mismo punto de vista, persona inteligente, amigable y con mucha fe y don de dar a los demás. Deja un vacío irreparable. Una pena que el contexto en el que se ha ido no ha permitido despedirla como se lo hubiera merecido, con las palabras de afecto de tanta gente que la estimaba mucho por sus acciones y obras en su vida aquí en el área [Washington D. C., Maryland y Virginia]».



Fotografía: Tomás Guevara.

En su faceta de poeta y amante del arte, Bessy Blanco fue parte del Colectivo Literario Alta Hora de la Noche, y en la última tertulia, antes del distanciamiento social impuesto por la pandemia, declamó con una profundidad y dulzura infinita los versos del grande poeta mexicano Amado Nervo: «Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida [...] ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!» y su rostro se iluminó con la serenidad del cielo. En su pausada lectura se advertía el estallido de luz de alguien que ha asimilado que su momento trascendente ha llegado. La recuerda el poeta Carlos

Parada: «Bessy era un manantial de amor que se derramaba con generosidad. Era perspicaz y sabía interpretar situaciones y emociones de manera clara y comunicarlas de tal forma que engendraba confianza. Uno quería estar cerca de Bessy y sentir esa energía, esa ternura perceptible desde su sonrisa».

Estamos muy de acuerdo en lo que afirma el estimado periodista Ramon Jiménez: «Duele tanto perder a una amiga como lo fue Bessy Blanco. Una mujer siempre dispuesta a servir a sus semejantes por medio de su profesión o a compartir sus conocimientos literarios, ya que se mantuvo activa en ese campo hasta los últimos días de su vida. Es difícil encontrar a otra amiga tan sincera y de una sonrisa a flor de labios, quien siempre trató a sus amistades con mucho respeto». Y sobre nuestra Bessy, el reconocido promotor cultural y poeta Vladimir Monge, dice: «Será recordada por su actitud y compromiso con la diáspora salvadoreña. Siempre apoyó las iniciativas culturales, la lucha social y el trabajo voluntario en beneficio de la comunidad desde una perspectiva personal de amistad y respeto».

Y finalmente, el canta-autor y educador Carlos Rubén Ramírez, interrogado sobre sus recuerdos de Bessy Blanco, con recogimiento comparte: «Encontré siempre en ella una sonrisa, un saludo fraterno, un hola desde ayer hasta hoy y hasta mañana; no cambies nunca y canta —decía— siempre canta, porque tu voz endulza la noche, porque entibia lo que el invierno enfría. Vamos a hacer poesía, vamos a cantar lo que otros no se atreven y si nos ven llorar que sepan que de gozo...también se llora». Y yo tengo la certeza absoluta que Bessy dijo eso, porque ella llevaba sonrisa donde había llanto, esperanza donde había desolación, combate social donde había claudicación, poesía donde había verdad y también una dosificada verdad donde había poesía. Su vida fue y es ahora, ¡por favor!, una poesía, que todos debemos leer y, también, entender. Adiós Bessy Blanco, llevaste en tu vida la bandera del conocimiento y educación que tus padres levantaron y te entregaron.

Contribuiste en mejorar el mundo que te tocó y tu ejemplo es una inspiración y compromiso de hacer algo por mejorarlo. Eres grande Bessy y por eso no te irás de nuestros corazones.

Con mucho orgullo comparto en esta publicación, el poema que Bessy Blanco escribió, alegórico al cáncer de seno. Es un poema profundo, reflexivo, lúdico, erótico, representativo de su momento previo antes de entregarse a la eternidad.

Poema de Bessy Blanco

Teta, Chiche mía

Dolida y maltrecha llegaste al quirófano
Pero con el pezón erguido de haber cumplido
Orgullosa de tus hazañas y aventuras
De bocas dejando huellas en tu figura

Pecado y deshonor sería contar tus historias,
Secretos guardados entre tú y tu gemela viva
Confundida y triste en ese hospital frío
De tu inseparable hermana te despedías.

Ráfagas de quimioterapias te tumbaron
Mutilada tal vez por la mastectomía
Más airosa, altanera y frívola sonreías
Sobreviviendo a la fatal agonía

No eres grande por el número de besos,
O por las bocas sedientas que a ti llegaron
Ni por tu tersura o el ardor que provocaron
O por furor que a tu talle dibujaron

Más grande fuiste seno, teta, chiche mía
Por el torrente de miel que de ti fluía
Y que por más de un año alimentó
La boca hambrienta de mi recién nacida

Masacrada, mutilada y desvalida
¡Con cicatrices tal vez, pero aún viva!

Tras las voces y huellas de un pasajero del tiempo: Vladimir Monge



Pocas veces tienen tanto sentido los versos de Antonio Machado «caminante no hay camino, se hace camino al andar», como es el caso del poeta José Vladimir Monge, autor de los libros *Pasajeros en el Tiempo* (2007) y *Voces y Huellas* (2012). Su obra más reciente ha sido publicada en antologías tanto en los Estados Unidos de América como en la República de El Salvador. Todo cambia, cantaba Mercedes Sosa, y la obra de Monge ha venido en profundidad, pero siempre comprometida y solidaria, fiel a sus valores de vida y tan genuina.

Los versos que componen su poemario *Pasajeros en el Tiempo*, edición bilingüe, abarcan los diversos tópicos que aguijonean su sensibilidad, pero todos ellos, incluso los románticos/sensuales, están tamizados por su vinculación tan honda con El Salvador. Es terrible, comparte, «...este eco que resuena en los oídos de mi historia personal, tan atada a ti, por lo demás, anunciando que ya todo se ha consumado». «Tú, solamente tú, responsable de mi risa altiva y valiente; de mis arranques de furia, de alzamiento y rebelión; segadora de mi trigo; moledora del maíz, razón umbilical de nuestra historia».

Nuestro poeta tiene el derecho de dirigirse a su amada patria como le plazca. Y es que, cuando había guerra civil y El Salvador no tenía quien Lo Salvara, Vladimir fue testigo directo del ir y venir del mal y la muerte. Y allí donde otros huyeron, nuestro poeta se quedó y recuerda: «...Y entonces oíamos ese retumbar del corazón que nos traía la vergüenza de sentirnos culpables de indiferencia; quizá de desamor; quizá de soledad; quizá de sentir esa palpable sensación de estarnos deshumanizando. Ya poco valía la vida como poco valía la muerte y, sin embargo, dolía».



Eran tiempos de dar la cara a la muerte para salvar la vida de la nación que lo había amamantado con olor a campiña. Y nuestro poeta se armó de esperanzas y sueños: «Ayer fueron los sueños los que nos [...] mostraron caminos más allá de la muerte. También nos dieron la angustia, la terrible sorpresa de saber que ya éramos grandes y que era el momento de hacer algo concreto; al ritmo de esos sueños, amamos; junto a cada nuevo día, luchamos; en el cielo y en la tierra, buscamos las señales y encontramos las montañas repletas de voces y senderos. Al ritmo de los sueños, fuimos hombres

y mujeres y nos creció la vida como hierba silvestre. Al ritmo de los sueños, encontramos la patria y descubrimos, intactas, sus heridas sangrantes». Por eso peleó Vladimir Monge, y todos los años de clandestinaje e insurgencia los dedicó a curar esas heridas de su entrañable suelo materno.

Por otra parte, los antecedentes del libro *Voces y Huellas* son los manuscritos que se fueron acumulando fortuitamente, como testimonio de acontecimientos y/o desahogo de temores, angustias, ansiedades y también como recuento de anhelos, ilusiones y decisiones tomadas en el campo. Es un legado honesto a la memoria colectiva y así debe asimilarse. El poeta desea compartir, no reclamar. Testimoniar, no denunciar. Nada es inventado. Es un mosaico de piezas literarias que, salvo porque la mayoría de ellas se refieren a momentos difíciles en la vida de cualquier Ser Humano, podría decirse que son hermosas.

El autor logró filtrar y decantar las turbulentas y traumáticas experiencias que refractan circunstancias terribles para una nación en general y para miles de personas en particular. Decenas de miles abrazaron las mismas ilusiones que Monge y lucharon por hacer realidad un nuevo orden de cosas que viabilizaran una mejor nación. Miles murieron y muchos más sufrieron y sufren aun las secuelas en forma directa o indirecta de esa gesta histórica en que todos, sin excepción, nos vimos envueltos.

Al final de la conflagración nacional no hubo vencedores ni vencidos: todos fuimos perdedores. Porque perdimos la inocencia al manchar nuestra juventud con sangre, terror y dolor. Tanto de un bando y del otro, hijos de un mismo pueblo, resultamos víctimas de un proceso histórico-político-social. Aunque en este punto de nuestras vidas habría que repetir en coro los versos de Roque Dalton: «*Ser salvadoreño es ser medio muerto / eso que se mueve / es la mitad de la vida que nos dejaron*».

Además del aporte ya mencionado, es importante destacar que más de la mitad de su existencia, Vladimir Monge ha sido un mi-

grante en varios países y por eso tiene encarnizada la experiencia del expatriado. Es muy probable que en su periplo haya refrendado con su vida el sentido del «Poema de Amor» de Dalton, porque solo así se comprende que haya escrito poemas tan sentidos, reflexivos y dolorosamente veraces como: «Cinco mil pies cuadrados», «Comprendo», «Reflexión nocturna en Canadá» y «El Salvador, USA y Nosotros».

Vladimir es un poeta volcánico, no por su estilo explosivo o candente —que no lo es— o porque amenaza con erupciones creativas —que tampoco es su forma— o porque es imponente ante la colectividad —su modestia jamás lo permitiría—. No, nada de eso. Él es volcánico porque su obra literaria tiene masa de vida como la tiene un milenario volcán, anécdotas como árboles, risas como cantos de pájaros, lágrimas como el rocío en las alturas, pero sobre todo un magma proteico que subyace en su alma y de allí vienen sus efluvios inspiracionales y creativos. El lector puede seguir sus huellas para escalar y en la cima al sentir el viento acariciar su rostro, también escuchará las voces de un pasajero del tiempo que nos invita a subir y vivir, tan solo vivir.

Poemas de José Vladimir Monge

La calle catorce

I

Vibra ahora esta calle abandonada
vida alegre juventud emborrachada
nuevos bares taciturnos
en una ciudad desvergonzada.

¡Arde en buen gusto la calle catorce, fabulosa!
Washington DC está orgullosa!

II

Los mejores chefs de la comida española
oriental o mexicana
brillan en la noche americana
esa noche que oscurece sin pudor
detrás de la cocina ultrafina
ignorando los gemidos del dolor
que a media luz y entre cortinas
sacuden de su frente su sudor
otros jóvenes que solo tienen
un espacio en la cocina
otra juventud también risueña
que entre borrachos y jefes
en otra patria sueña.

III

Arde la vida en la calle catorce
con risas y amistades del verano
de radiantes chicas blancas
con tarjetas en sus manos
que exudan entusiasmo
tras políticos orgasmos
mientras hablan de museos
de diseños y de arte
de recientes episodios
de misiones hacia Marte
de premieres de películas
documentales y otras artes.

IV

Martin Luther King sangre de aquel momento
ruinas fueron las que quedaron humeando
la rabia justa del negro golpeó el pavimento
cuatro décadas pasaron
y a la calle catorce olvidada los oficinistas no volvieron
unos se mudaron otros se murieron
el viejo bar apagó la canción
el mundo triste siguió de lejos
bailando su jazz de nostalgia
sin volver a esta calle
que fue abandono y desolación.
Negra historia tenía que ser
negra calle obligada a padecer
prieta la carne de ancestros esclavos
escasa la comida y la palabra
prieta fue condenada a pagar
pero el alma no se puede segregar
hoy la vieja calle vibra y multitudes se agigantan
donde inmensos edificios se levantan
sobre despojos ahumados
con historias que en libros ya se cuentan
de viejos sueños postergados.
Vibra, bulle y se levanta cada tarde que en sus pistas
nuevas, finas, clase alta
brindan ríen y comentan amigables oficinistas
en esta calle de memorias
susurradas en el viento.

Pequeño país de los volcanes

En el pequeño país de los volcanes
dejé los sueños de mi padre intactos
descansando en los surcos frescos de la tierra fértil recién
golpeada por el arado.
En ellos se depositaba la semilla bendecida
para soñar el verde de la alegría
que producían sus frutos.
El pequeño país de los volcanes
es en mi memoria sonido de río
presagio de pájaros cantores
y sombras de antiguos mitos que sorprendieron mi infancia.
Allá quedó lo simple,
la sencillez de vivir sin más propiedad que la vida,
una casa de vigas antiguas
y el abrazo de mi madre que cobijó mis primeras alegrías.
Ella repartía café humeante
para disipar la bruma de las mañanas frías
y el sol se encargaba de llenar de colores nuestros días.

Pero luego
en el pequeño país de los volcanes pasaron cosas tristes
y a mi alrededor
ardieron los surcos y lloró la tierra
donde multitudes hambrientas
servían las mesas abundantes de los finqueros.
Luego se complicó la vida y comenzó la pesadilla.
De las luchas juveniles en aquel tiempo convulso
sobrevivo espantando cadáveres de mi memoria
y me persiguen sin descanso
inmensos coroneles que buscan mi cabeza.
Entre libros y megáfonos

en las aulas, los barrios y barrancos
llegamos a creer que éramos invencibles e invulnerables
pero solo éramos jóvenes
sin mas esperanza
que un paisaje de ríos y volcanes
hasta que hubo daños en el sueño y en el cuerpo
hasta que vino el tiempo de alzar vuelo
creyendo que aquel viaje sería breve como una aventura
[estudiantil
y entre caminos extraviados e intentos fracasados
en el mundo artificial del pavimento
sabiendo que el retorno es imposible
regreso cada tanto a aquel lugar
creyendo que me espera
mi vieja casa y sus fantasmas
el mar y los palmares
en un pequeño país resguardado por volcanes.



Diatriba

«Años, años, años...» escribió el poeta Rivas.
Viviendo del cuento, le agrego en esta diatriba:
Políticos corruptos
generación fracasada
honorables asesinos de una guerra ya olvidada
funcionarios impecables en los negocios del ocio
revolucionarios convertidos
en hombres de negocios
abolición forzosa
de su constitución ensangrentada
jubilación forzosa
para toda esa manada
izquierda, derecha y centro
atrás, arriba y adentro
piden con gritos hambrientos
gente nueva, nuevos vientos.
¡Patria exacta!, gritaba el poeta Velado.
¡País mío, no existes! exclamaba un Roque enojado.
En nuestro país de mendigos
sin aprender del pasado
seguimos muy atrasados
y elegimos enemigos.

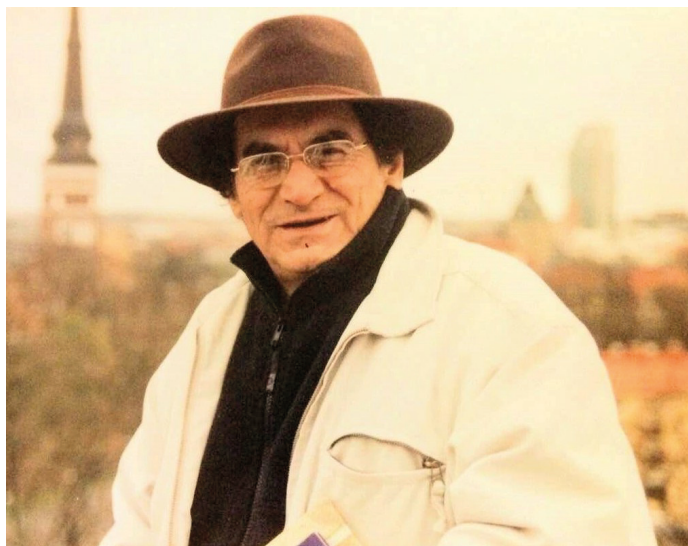
«Máxima Poética», obra póstuma de Salvador Juárez, el poeta del pueblo



En la taciturna mañana del 28 de julio del 2019, como algo urgente, se supo que trascendía el poeta y gestor cultural Salvador Juárez, en momentos en que dos de sus hijas: Claudia y Gabriela, estaban recibiendo, en su nombre, un sentido homenaje que diferentes organizaciones culturales y civiles de su ciudad natal Apopa, le estaban ofreciendo por su trayectoria literaria y mostraban el orgullo de contar en él a un prominente hijo, ejemplo y orgullo del pueblo, es decir, el Poeta del Pueblo.

Sus quebrantos de salud presagiaban un desenlace repentino y esa mañana arrasó con el cielo de su familia, amigos y luego con el espectro cultural salvadoreño y centroamericano. Se había deslizado hacia lo insondable con la convicción de haberse vaciado en y llenado con su poesía y narrativa «De no haber sido/ así, / la vida me hubiese resultado otra cosa, /y no la fuente maravillosa de mi poesía». Esa mañana fue el inicio de un legado poético que es imprescindible darlo a conocer en Washington D. C., donde convergen millones de hispanohablantes.

Ser poeta en Latinoamérica es difícil y en El Salvador es peor. Especialmente cuando se vive y escribe en medio de una guerra civil como azoló al país hasta 1992. Y si su poesía era sobre la paz, igualdad social y el amor en todas sus variantes, entonces el establishment lo consideraba subversivo y lo perseguían por considerar peligrosa su voz. Este fue el caso del poeta Salvador Antonio Juárez, quien nació en la ciudad de Apopa, de la Republica de El Salvador, el 9 de marzo de 1946.



Juárez vivió intensa y peligrosamente por mantenerse fiel a sus valores humanos y principios éticos, al grado tal que se vinculó al proceso revolucionario que buscaba edificar una mejor nación. Por su destacada y muy conocida labor literaria, así como por su militancia política, fue encarcelado —estuvo desaparecido— y obligado a exiliarse en México, donde continuó su labor comprometida con la cultura y con su pueblo.

Salvador Juárez era poeta, a carta cabal, «No por ninguna inventiva precoz/ ni por sagacidad alguna. / Únicamente por verme

tan convencido/ en este oficio que en mi país/ resulta heroico, tozudez». En otro poema fulmina el tema cuando categoriza: «También es un estado de conciencia la poesía [...] prefiero narrar/ y seguir conservando en mi poesía/ esa esencia de lo humano y lo divino».

Esta semana y en conmemoración del natalicio del Poeta del Pueblo, se lanza la edición del libro «Máxima Poética», y pregunté a su hija Claudia Juárez, cómo se gestó este homenaje y dijo: «Cuando ves algo que tu padre dejó ahí y que no le alcanzó su vida para publicarla, te estremece el corazón y pues lo tomé y decidimos con mi madre buscar al Dr. Luis Alvarenga, poeta y editor, con gran experiencia y con un gran cariño hacia mi padre, para que nos ayudará a terminarla y darle la forma del libro. En enero lo busqué y le mencioné que necesitaba que el libro lo pudiésemos sacar en marzo por su natalicio. En los créditos dice «Cuidado de la Edición». Y así igualmente José Jaen ha colaborado en su montaje y diagramación».

La trayectoria literaria de Salvador Juárez es larga y muy bien reconocida con premios, homenajes, antologías, recitales, que el espacio no alcanza a detallarla, pero menciono sus libros: *Al otro lado del espejo* (1972), *Tomo la palabra* (1977), *Puro guanaco* (1977 y 7.^a edición el 2012), *Desenterramientos y otros temas libres* (1987), *Veinte poemas de rigor y una canción desperdigada* (2000 y 2.^a edición el 2005), *De sismos y cismas* (2002), *En el túnel-poesía aria* (2006), *El tigre bizco. Libro I de Ensayos contra el descompromiso* (2009), *Los más bajos fondos* (2012), *Los chuchulucos de la ideología y otros cambalaches. Libro II de Ensayos contra el descompromiso* (2014) y *¿Y quién dijo silencio?* (2015).

Cuando un poeta como Salvador Juárez, conocido socialmente como Chamba Juárez, se va hacia otros mundos a buscar el punto final, es inspiración para la familia de ofrecer y proporcionar un punto y seguido y que la obra escrita siga tan vigente como la memoria, amor y gratitud. «Como familia consideramos continuar

promoviendo la obra de nuestro amado padre» anuncia Claudia Juárez y no hay más que felicitarlos por tan importante decisión.

El libro consta de un magnífico diseño y un interesante Prólogo, además de citas escogidas por Juárez. Son 221 páginas que contienen creaciones que fueron revisadas y editadas por su autor, pero que no alcanzó a publicar. Esta seccionado en siete partes y eso permite una asimilación y disfrute de lectura pues están aglutinados por tropos. Disponible para ser adquirido y con envío hasta Estados Unidos de América, contactando a la siguiente dirección electrónica: salvadorjuarezpoetadelpueblo@gmail.com.

Poemas de Salvador Juárez

Puro Guanaco

De su libro *Puro Guanaco*, Ganador del Primer Premio de Poesía a nivel Latinoamericano, Panamá 1977.

Hoy me dijeron que la poesía nuestra es pura mierda,
que no hay tales puetas en este país rascuache
que más parece un arrimado a la humanidad que otra cosa.
Y me lo dijeron así como para llevarme de encuentro.
Hasta le rechinaban los dientes
al fulano que entonces hablaba con sus ojos, diciéndome:
«Vaya, vos, defendete, decí algo, apostá tu alma
y verás si no te vas derecho al infierno.
Decí si no es cierto que a ustedes les hace falta
la suerte que a otros les abundó en Italia, en Grecia, en Francia...
Ya me imagino cómo se verían con la corona de laurel de
[Petrarca
y cómo charranganearían la cítara en el Olimpo

y cómo menearían los jaiboles en las recepciones
[diplomáticas
en donde Darío estuvo a través de su marcha triunfal por esta
[vida.
¡Ah igualados, ustedes están peor que nuestros futbolistas,
[aguacateros,
que cómo suspiran cuando ven que en los diarios
se habla a grandes titulares de Pelé y Kubala;
se les figura que son ellos, semejantes pelados
que nos han hecho perder la cara de vergüenza en los
[mundiales!
¡Ah babosos! ¡Si aquí no hay algo que valga la pena!
¡Ni científicos, ni técnicos, ni pintores, ni periodistas,
[ni nada!
Por último, los ladrones que podrían levantar cabeza por
[nosotros
son unos aprendices,
gáunsteres de a peseta que a la vuelta de la esquina
los está agarrando la cuilia con su gran botín
(un monedero con tres pesos y treinta centavitos),
solo para darles una gran pijiada por pendejos.
¡Imaginate si no estamos para el tigre!
¡Y todavía aparece un aludo de ustedes
escribiendo que El Salvador ocupa en Latinoamérica:
el primer lugar en poesía,
el segundo en cuento,
el tercero en teatro,
y por último empatado en novela con Colombia y Argentina!
No creés que ya es tiempo de dejarse de tanto mambo,
que le digan de una vez por todas a la majada salvadoreña
que mejor se busque otro mapa;
que ya es mucho joder también con la enganchada que nos
[han dado

de que el Himno Nacional es el más cachimbón del mundo
después de la Marsellesa;
que se hagan así,
oí a Guillermo Tell
y te cagarás de la risa
al oír el mismo tara ra ta ta tata tan...
Pero ahí vamos, Juan vendeme la conserva,
o como dicen también «¿A dónde vas Vicente?,
¡adónde va toda la gente!»
No hombré, si es cierto que por algo nos dicen Guanacos
no crean que todos estamos en pañales.

No somos tan dialtiro

chocos ni sordos, pues el hecho de que a veces
no decimos ni cuíó cuando nos quieren meter goles
en todos los campos de la vida,
no significa que no sepamos quiénes son los contrincantes
ni quiénes son los réferis de este país,
que para qué seguir, si ya estamos hasta aquí
de tanta paja en los cafetines,
en los periódicos, en la radio, en la televisión,
en todos los lugares donde siempre hay un periquito,
feliz con su masita en el piquito...

Sí, pueta, para qué seguir,
si ya se me está yendo la lengua hasta bien lejos
y vos sabés que las paredes oyen
y no vaya a ser el diablo que mañana amanezca todo

[aserenado

por estar hablando babosadas,
que como dicen por aí «machete estate en tu vaina»,
que es lo mismo echate al lomo tu misma sombra.
No, pueta, no le busquemos tres pies al gato.
Mejor recitemos «Un rancho y un lucero» de Espino,
que nada nos cuesta;

o cantemos «El carbonero»,
pues al fin y al cabo el que canta su mal espanta....»

Abriéndome camino voy

De su libro *¿Y quién dijo silencio?*

1ª. edición 2010. 2ª. edición 2015.

Abriéndome camino voy con mi mirada que me aparta de los
[estercoleros
en los andenes mugrientos de los suburbios,
y me alerta a no dar el paso en falso a la vuelta de cualquier
[esquina
en las calles-sin-tragantes del Centro Histórico de San
[Salvador.

También me ultravioletiza las intuiciones
al venir de La Libertad viendo el negocio que han hecho de
[sus balsamares;

y, al transitar por la Gran Vía
y Santa Elena,
me envuelve tiernamente para acorazar mis adentros
y me vuelve invisible entre esas clonadas zonas del progreso.
Es decir, así como el Yo Soy,
como el Yavé del Éxodo le dio a Moisés su espíritu para dividir
[el mar

y atravesarlo ya seco
en su perspectiva infinita de liberación...
Igual mi creador me va dictando dónde ir poniendo mis pies
y pasar de largo ante ese ámbito, opulento pero vacío,
pujante pero alienado;
capeando la untazón que hace el sistema con sus surtidores de
[mierda

por todos lados,
 donde mantiene bien irrigadas sus estructuras,
 instituciones e intereses;
 intereses como parásitos
 que, de tan pegados a sus intestinales sueños,
 no hay tiro-seguro que dé en el blanco como flecha en la
 [cabeza de lombriz,
 tal esa publicidad hecha a machete,
 sin subliminales ni na';
 pues -según el criterio creativo de ese marketing-,
 esa imagen,
 esa imagen como cebo nada más,
 va dirigida estrictamente a los lombricientos del Tercer Mundo.
 ¡Qué solución más fantástica sería que el oportunismo, la
 [impunidad y la corrupción
 tuvieran el final que apunta esa publicidad tan patética que,
 [entre ceja y ceja,
 acierta la puntería del eunuco mercante,
 ¡tánto que el flechazo le salta los ojos a las lombrices!
 ¡y la flecha queda vibrando aún,
 con un going reverberante como de audio de muñequitos
 [animados!
 ¡Pero qué carajo va a andar siendo así de facilito su exterminio!,
 y ¿por qué ver como en chiquilladas el planeta invadido por
 [esa especie de gusanos?,
 si son gérmenes que se caracterizan por su 'adaptación vil y
 [lacayuna',
 de fácil reproducción, hostilidad y resistencia...
 ¡Mucho cuidado con fantasear en este otro período de la
 [historia,
 mirá que con nadita tienen el intelectual y el poeta
 [pequeñoburgueses
 para devenir ideológicamente contrarrevolucionarios!

Que en tiempos de guerra copian de libros sus teorías
diciendo que dan el salto de calidad en el movimiento popular,
pero con funciones de periferia nomás,
imaginando que ojalá haya un traje-entero bélico
con todo y antifaz blindado a prueba de láser.
Y que, cual máscara de hierro,
los puntitos para ver sean como ojitos de ratón
pa' que de retache no quepa ni una bala 22.
Y, con posiciones coquetas de opositores y no de beligerantes,
ruegan porque termine antes de empezar la lucha
y se negocie rapidito la revolución...
Con razón en tiempos post revolucionarios,
y de mayor infección imperialista como los actuales,
los mismos incendiarios de ayer
lisonjean el «arte por el arte»,
enarbolan el esteticismo lejos de la vida
y ausente de esa realidad,
que dizque no hay que acercarse a ella
porque apacha el aura
y rustiquea la metáfora.
Y si tocan la situación histórica
es hasta donde aguanta el concepto social-chovinista
o sea 'socialismo de palabra y chovinismo de hecho',
revolucionismo en apariencia y oportunismo en evidencia,
marxistas hasta donde consiente la burguesía.
(Véase El Estado y la Revolución
de V.I. Lenin, en nuestra misión...
Y léase el último Romanticismo de la Historia Social de
[la Literatura,
sin cuestionar pretenciosamente «¿y éste todavía hojea
[a Hauser?»,
pues ahí no es novedoso que 'por todas partes
la lucha termina con el abandono de la realidad

y la renuncia a modificar la estructura de la sociedad existente'.
Es como si ahí se describiera la misma desbandada ideológica
de a finales del XX y a principios del XXI
ante el anuncio del fin de la historia,
esa 'histeria contrarrevolucionaria que ha envenenado ahora
[la atmósfera intelectual.'
Véase que esta Estética como Panfleto es parte de la Poesía
[como la Vida,
que se resiste a doblegar su palabra
y a morir con el espíritu que mata el neoliberalismo.
Y, como seguimos en lucha por la sobrevivencia,
¡que viva la verdad de este panfleto!)

Poeta del cansancio: Carlos Parada Ayala



La vigorosa obra poética de Carlos Parada es arrolladora. No deja indemne a quien la lee o escucha. Es lúdica y llega hasta el ritmo del rap, es espiritual sin ser religiosa, militante sin ser confrontativa, solidaria en el afán no en el abandono. Pero sobre todo es poesía por ser poesía. No obstante, Parada Ayala dice que «Como poeta, siento la necesidad de verme como activista». Y de hecho «Todos los días trabajo en la promoción cultural de latinos en DC en mi capacidad de maestro de artes del lenguaje en español».

Conversar sobre la poesía de Carlos es también hablar de su vida, de sus monólogos hechos versos, porque él dice: «Creo que el poema comienza como una labor de expresión individual. En ese sentido uno escribe para uno mismo. Pero en el momento en que uno decide publicar, tu trabajo se convierte en una expresión social en la que otros participan como oyentes o lectores aportando sus emociones ante tu trabajo». Para Ayala publicar es algo serio, no publica inmediatamente sus poemas, es esencial dejarlos descansar y volverlos a revisar.

La poesía es cotidiana en la vida de Parada Ayala y es para explicar y explicarse el mundo. Carlos es un poeta laborioso, un arquitecto de la palabra, con diseño y paciencia dilatada en la construcción de un poema. Sus poemas son racionales, con un uso quirúrgico de la palabra. Se aprende mucho con leerlo e invita a meditar y a sentir, pero eso, lo que provoca, es una experiencia muy personal, única, mística si es el caso. Ayala respeta *in extremis* la intimidad de sus lectores y la suya está a salvo.



No pretendo romantizar el día a día de Carlos Parada Ayala, quien trabaja, paga cuentas, impuestos, compra en el supermercado y, sin embargo, la poesía es esencial en su Ser, quien confiesa: «Leo poesía casi todos los días, aunque sea una o dos páginas. A veces paso varios días en un solo poema que me atrapa. Estudio su forma, estructura, y especialmente qué le da su capacidad de

asombro». Muchos de sus poemas son catedrales estéticas que maravillan por su laboriosidad, pero como toda monumental obra también intimida y muchos parroquianos podrían no entrar a rezar ni a comulgar.

De esa labor de Carlos surgen poemas tan esenciales como el «Poema del cansancio», que no me cansa leerlo y muy lejos de su nombre, me da aliento e insufla mi capacidad perceptiva. Carlos está cansado de su conciencia que lo agujonea para resolver y resolverse en la poesía. Aunque parezca paradójico el «Poema del cansancio» es un llamado, vehemente, a no cansarse en mejorar la sociedad. Es nombrando las falencias como se superan. Otro poema icónico es «Chirilagua Blues», que devela la falsedad, trampa o engaño del «sueño americano» y aunque es doloroso el drama lo hace con un ritmo que endulza o matiza la dureza del drama.

Carlos Parada-Ayala es autor del poemario *La luz de la tormenta / The Light of the Storm* y ha recibido el premio Larry Neal de poesía en Washington D. C. Es co-editor de la antología bilingüe *Knocking on the Doors of the White House: Latina and Latino Poets in Washington, DC* (Zozobra Publishing, Maryland, 2017). Con la versión en español de esta antología, *Al pie de la Casa Blanca: Poetas Hispanos en Washington, DC*, publicada por la Academia Norteamericana de la Lengua Española (2010), la Biblioteca del Congreso celebró 400 años de poesía escrita en español en Estados Unidos.

En los tiempos pandémicos, Carlos ha estado escribiendo y ha cosechado un poema que titula «Máscaras», que enuncia: «El confinamiento fue un volver a la matriz, /un remanso en donde la palabra resistió/y se negó a vivir enmascarada». Y la esperanza de rigor en estos tiempos resurge: «A pesar de todo, en las salas de emergencia, /hay tactos transmitiendo ecos de ternura/por la piel artificial de guantes extenuados. /Fotografías sonrientes/suspendidas de los torsos/bastan para extasiar, /romper las cotas de este cataclismo, /y resurgir con el cantar a flor de piel».

En relación a su poema «Máscaras», le pregunté: «¿Es la poesía en general un refugio en la pandemia o una respuesta?» y dijo: «Es ambos. Durante la pandemia me refugié en la poesía de amor de Pedro Salinas. En “Máscaras” hablo de la palabra como un remanso, así como de la ternura del personal médico de primera línea con las víctimas de la COVID. Pero ese mismo poema fue una respuesta, especialmente a la infamia de la negación de la ciencia y sus consecuencias».

Solicité al poeta que comentara su extraordinario «Poema del cansancio»: «El “Poema del cansancio” surgió como una expresión de frustración después de las iniciativas xenofóbicas extremas en contra de los inmigrantes a nivel nacional. A menudo he dicho que ese poema no lo escribí yo, sino que lo escribimos todos los inmigrantes. Yo simplemente lo puse en papel. Siempre que voy a leerlo en público, necesito practicarlo varias veces con anticipación para controlar el nudo que se me hace en la garganta cuando lo leo y lo siento porque en verdad, ese poema me sacude y me duele». Concluso: Carlos Parada Ayala es incansable.

Poemas de Carlos Parada

Poema del cansancio

A Roque, César, Pablo,
Naomi y Arturo.

Sucede que me canso de ser prófugo.
Sucede que me canso del exilio,
de la falta de papeles.
De ser ilegal me canso.

Sucede que me canso de ser dólar,

de ser remesa,
de ser hermano lejano.
De las deportaciones me canso.

Sucede que me canso de ser
arrimado,
mendigo,
marihuanero,
guanaco hijo de la tal por cual.

Sucede que me canso de ser Roque,
de ser César,
de ser Pablo.

De ser Carlos me canso.

Sucede que me canso de ser arma,
de ser mara,
de ser guerra,
de ser país del homicidio.

Sucede que me canso del secuestro.
Sucede que me canso de ser asesino en las primeras planas
del Washington Post,
el New York Times,
La Prensa Gráfica,
El Diario de Hoy.

Sucede que me canso de esta cruz en que nací clavado.
Sucede que me canso de ser Cristo y punto.

Sucede que me canso de ser jornalero.
Sucede que me canso de ser ladrillo,

plato,
escoba,
canción de cuna,
piso.

Sucede que me canso de ser prostituta.
De esta cumbia tenaz que bailo desnuda en los bares me canso.

Sucede que me canso de mi lengua
de mis ojos,
de mi piel,
de mi acento.

De estas palabras me canso.

Sucede que me canso del camino,
de los trenes,
del coyote,
de la noche,
el muro,
y la frontera.

Sucede que me canso de este afán de ser poeta.
Hasta de la poesía misma me canso.

Sucede que me canso de los presidentes,
de los expertos en mi tierra,
de sus tanques de pensamiento,
o sus centros de análisis,
de sus arsenales
y sus guerras me canso.

Sucede que me canso de Arizona,
de Prince Williams,

de Loudon County,
y de Washington me canso.

de San Salvador

Sucede que me canso de ser hombre,
de ser hembra,
de ser hambre.

Sucede que me canso de suceder.
Sucede que me canso del cansancio.
Sucede que me canso de ser.
De esta conciencia que me mata me canso.

Chirilagua Blues

Yo soy de Chirilagua,
mi mujer de Intipucá.
Trabajo día y noche,
vivo en una cruel ciudad.

A mí me deportaron,
pero me volví a colar.
Yo era indocumentado,
y ahora tengo la «green card».

Yo me metí sin nada,
tenía solo una ilusión:
pasar de jornalero
y llegar a ser patrón.

Me traje a mis dos hijos
a una escuela refinada.
Uno de ellos me dijo,

«Padre, tú no estás en nada».

Mi mujer no me aguanta,
dice que ya no la quiero;
pero es que en los United,
el trabajo está primero.

Un hijo fue a la guerra,
lo mataron en Iraq.
El otro está en la cárcel
de donde nunca saldrá.

¿Qué ondas con esas armas
masivas de destrucción?
Los gobernantes mienten
hasta por televisión.

Con toda esta experiencia
puedo ver la luz del día:
el sueño americano
es una horrible pesadilla.

Yo soy de Chirilagua,
mi mujer de Intipucá.
Trabajo día y noche,
vivo en una cruel ciudad.

Máscaras

Después de César Vallejo.
«All I ever had...» — Bob Marley

Si los labios se acongojan

o arrebatan los sentidos,
yo no sé.
Los ojos hablan,
no obstante enmudecidos
sin la imagen manifiesta de los labios.
Entre últimas magnolias
y primeras azaleas,
hay mensajes que se empozan
en efímeras miradas,
piernas que se alteran
al oír otras siluetas.
Por el mar desparramado del ocaso,
el cardumen de corolas aletea manso
en la luz de las pupilas
y lo que antes era sobresalto
hoy es el cariz de algún afecto.
¿Y qué de los escombros en la sien?
Más que la pandemia,
indómitas se esparcen
las esquiras de la infamia.
A pesar de todo, en las salas de emergencia,
hay tactos transmitiendo ecos de ternura
por la piel artificial de guantes extenuados.
Fotografías sonrientes
suspendidas de los torsos
basta para extasiar,
romper las cotas de este cataclismo,
y resurgir con el cantar a flor de piel.
El confinamiento fue un volver a la matriz,
un remanso en donde la palabra resistió
y se negó a vivir enmascarada.
En el resplandor,
hubo quien se despojó el sudario,

removió la piedra,
y habló de redención.

Vida y obra de un literato especial: Edgar Iván Hernández



La República de El Salvador, a pesar de su dolorida historia, siempre se renueva en la grandeza de su gente. A través de los tiempos esta pequeña nación centroamericana ha parido escritores cuya obra los trasciende y en su conjunto forman la identidad nacional. Algunos de estos referentes son: Francisco Gavidia, Claudia Lars, Roque Dalton y Hugo Lindo, marcaron época, estilo y patria. Y ahora en la vanguardia: Otoniel Guevara y Carlos Parada Ayala, que junto a otros artistas salvan el presente con el fuego de la esperanza atizado con su valiosa obra.

De entre los poetas vigentes, me referiré al literato Edgar Iván Hernández, quien tiene presencia en la historiografía literaria nacional, debido a su larga carrera como poeta y cuentista que siempre ha estado exigiéndose experimentar con narrativa nueva al grado que, a mi juicio, se ha consagrado con magnificencia en su dominio de la narrativa breve: microcuentos, nanocuentos, minificciones. Son textos precisos, explosivos, expresivos, conceptualizados y profundos con efectos expansivos en el gusto estético. Por decirlo humildemente: son maravillosos. Sus publicaciones y su profusa

obra inédita, a la cual he tenido acceso, me autorizan asegurar lo anterior.

En Washington D. C., vive y tiene presencia literaria muy respetable el poeta Carlos Parada Ayala y sobre Iván me comentó: «La obra de Edgar Iván Hernández es fina, elaborada con la creatividad de un orfebre. He escuchado su poesía, he leído sus poemas, y he compartido escenario con Edgar. Su trabajo es para reflexionar a partir de un mundo que ha pasado por la prueba de fuego y en el que la palabra surge forjada en una nueva visión poética de posguerra. El trabajo de Edgar merece ser apreciado en toda su profundidad tanto dentro de los confines de su patria como en el amplio mundo de habla hispana».



Desde El Salvador, el internacional poeta Otoniel Guevara, atestigua: «Con Edgar Iván fuimos compañeros desde mediados de los ochenta en el Taller Literario XIBALBÁ. El venía del Taller de Extensión Universitaria de la UES, que dirigía Chamba Juárez [recordado como El Poeta del Pueblo]. Luego, en los noventa, se integró con el colectivo de TALEGA, jóvenes estudiantes de la Universidad Francisco Gavidia». Iván me complementó esta información que creo importante para los estudiosos e investigadores que escriben y escribirán ensayos y tesis sobre su obra y legado.

Hernández dice: «Participé en el Taller Literario XIBALBÁ, (1986), constituido en tiempo de guerra como una generación extrema, de escritores jóvenes que pretendían una continuidad a las generaciones anteriores llenas de simpatizantes y afiliados a partidos de opositores a las dictaduras militares. También tuve la oportunidad de acompañar y crear nuevos círculos literarios como PATRIAEXACTA, (1990), TEJIK, (1991) y TALEGA (1993). La participación en los talleres fue enriquecedora porque permitió interactuar con escritores como Salvador Juárez, Joaquín Meza, Ovidio Villafuerte, Ricardo Lindo, Julio Iraheta Santos y Francisco Morales Santos». Los mencionados son de prestigio literario incuestionable y muchos ya fallecieron.

Conocí a Iván Hernández en 1985, cuando ambos entramos a estudiar a la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador. Él ya escribía poemas y participaba en actividades culturales. En esa época era peligroso ser poeta y mucho más participar en grupos literarios. El *establishment* los consideraba subversivos y la policía los vigilaba y sabemos, con tristeza, que varios fueron asesinados. En esos tiempos creció el talante poético de Iván.

Otoniel Guevara describe a Iván así: «Siempre ha sido un poeta humilde, relajado, tuvo una primera etapa muy bohemia que ahora ha cesado. La temática de su poesía se centró en las urbes, que han sido su hábitat de siempre, y también se empapó con su experiencia como abogado en las marañas de las más duras realidades. Tiene

una fina sensibilidad social y estética y siempre se ha mostrado dispuesto a acompañar los diversos proyectos creativos, sobre todo de la poesía, que es su principal herramienta de expresión literaria, aunque ha tomado en serio la narrativa, sobre todo el difícil camino del microcuento, pero en todo siempre genera muy buenos resultados. He tenido el honor de publicar algunos de sus libros y de tenerlo como compañero de camino literario desde hace más de 30 años».

Una vida tan interesante como la de Iván, no pude evitar entrar a su casa, en sus palabras: «Mi casa es una biblioteca que me permite en la madrugada la soledad necesaria para escribir a mano y luego digitar lo escrito, me permite la lectura de poesía, cuento, novela y literatura oriental: zen, islam, budismo y judeocristianismo, como un lector integral. Leo y promuevo en lo posible la poesía nacional y universal, desde la historia se ve cómo los poetas salvadoreños en su mayoría han escrito abundante obra desde afuera del país, a excepción de Francisco Gavidia y otros. Los narradores también han escrito fuera de su país natal, está el ejemplo de Castellanos Moya, el difundo Rafael Menjívar Ochoa y tú que publicas prosa desde la gran unión americana. Mi cotidianidad de escritor la combino con la pintura, las labores jurídico mercantiles y mi servicio a la comunidad y familiar».

Edgar Iván Hernández nació el 2 de octubre de 1965, en la ciudad de Cojutepeque, departamento de Cuscatlán. Desde 1975 vive en el Gran San Salvador, egresó de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador. Ganador del primer lugar en cuento y segundo en Poesía, IX Juegos Florales salvadoreños 1986; Primer lugar en cuento del Certamen Literario Roque Dalton 1989; Primer lugar en poesía, Certamen Literario Alfonso Hernández 1990; Primer lugar en poesía, Juegos Florales Santanecos 1995; Primer lugar en poesía de los II Juegos Florales de Soyapango 2002. Y muchos más reconocimientos a su trayectoria literaria. Su obra aparece en publicaciones colectivas, productos de los premios ano-

tados, y en muchas más que no alcanza el espacio para detallarlas. Es un escritor prolífico.



Micro cuentos, nanocuentos o minificción de Edgar Iván Hernández

1

Los recuerdos recurrentes

Era el recuerdo de su padre disparándose en la cabeza, eran los sesos regados en la casa, era insistente la fuerza que lo llevaba a terminar haciendo lo mismo. Pero él siempre se creyó diferente.

2

Súper creyentes

Tenían un altar para Dios y otro para ellos.

3
El egoísta

Inventó un juego que nadie practicó porque no compartió las normas.

4
El ciego amor

La noche le tendió un cerco a su corazón y tropezó con su lucero.

5
El cínico

Desvergonzado, impúdico, fresco, insolente, desaforado, se ríe de sí y de todo lo que es.

6
La loca

Inquietaba a los hombres: en su mirada había una canción y también una fiesta.

7
Poeta maldito

Ella le preguntó: “¿Cómo pudo un ser tan miserable escribir algo tan hermoso?”

8

Contradictorios

Ella era simplista, él era un viento dulce; él amaba la abundancia, ella era su fortuna. El día de su matrimonio decidieron divorciarse. Cuando se divorciaron se dieron cuenta que eran una para el otro.

9

El lector empedernido

En el periódico buscaba noticias del más allá, hasta que llegó el día que las encontró.

10

El emigrante

Salió de su país y cuando regresó se dio cuenta que nunca se había marchado.

11

Hombre libre

Hoy precisamente le fue autorizado dejar de sufrir.

12

El enterrador

¿A qué le temes más? Le preguntó el periodista. Respondió: Llegar hasta la fosa común.

13
El Albañil

Noche y día edificó lugares que hoy lo olvidan. Levantó la ciudad que lo sepultó.

14
El dichoso

Con gran alegría escapaba de la prisión, cuando le dispararon, perecía con una gran serenidad, porque no tendría retorno.

15
El reo

Cuando despertó estaba en prisión, recordó el delirio de sus celos, golpeó a su esposa y a su hijo la noche anterior. Cuando terminó de despertar se encontró una pasadía peor.

16
Necrofilia

Se enamoraba de mujeres de mayor edad, hasta que se enlazó con un cadáver.

17
El sastre

Remienda sus heridas y vuelve a sangrar. Cose su esperanza para aceptar lo inesperado.

18
El sabio

Solo ignora que feneció.

19
El profeta del desastre

Sus hijos andaban por la playa, su esposa regresaría de otro país, todo el día había sonado el teléfono y él sintió un viejo pánico que le impidió contestarlo.

20
El paisajista

Puso sus ojos en la laguna y desde ahí saltaron hasta la estrella polar.

21
La maestra

Preparaba nuevas lecciones para digerir los viejos consejos.

22
El luchador

Sostiene un combate cuerpo a cuerpo contra la noche y el ayer.

23
Mentirosa

Ella se jactaba de tener muchas amigas, pero ellas le consideraban mentirosa.

24

Autor anónimo

Tenía obsesión por las letras de Rubén Darío, Miguel Ángel Asturias y Roque Dalton, en una fantástica noche su frente voló. Cuando encontraron su cadáver y sus versos, confirmaron que había nacido un poeta.

Literatura

César Vallejo, Ernesto Sábato,
García Márquez, Cervantes y Flaubert



«**B**astará decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne; supongo que el proceso está en el recuerdo de todos y que no se necesitan mayores explicaciones sobre mi persona», inicio memorable de la novela *El túnel* del argentino Ernesto Sábato. Por su parte, el colombiano Gabriel García Márquez comienza *Cien años de soledad* así: «Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevo a conocer el hielo».

Al terminar de leer cada novela, volvemos a las primeras líneas, quizá con nostalgia de haber finalizado esa experiencia transformadora y casi siempre reveladora. Otro inicio genial es el de Cervantes, que está en el imaginario universal: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía no hace mucho un hidalgo de los de lanza ya olvidada, escudo antiguo, rocín flaco y galgo corredor».

En *El túnel*, capítulo IV, un sujeto invita al personaje Castel, a un cóctel de la sociedad. Y él pregunta ¿de qué Sociedad?, pues le

revienta esa forma de emplear el artículo determinado que tienen todos ellos: *la* Sociedad, por la Sociedad Psicoanalítica; *el* Partido, por el Partido Comunista, *la* Séptima, por la séptima Sinfonía de Beethoven. La obsesión, desesperación y aprehensión de Castel lo empujan asesinar a María y por ese motivo está en la cárcel y es allí que escribe la novela.

El túnel es la puerta de entrada a la narrativa del argentino. La obra cumbre de Sábato es *Sobre héroes y tumbas*. No cito partes de ella porque sería un crimen para la novela y una estafa para el lector o lectora reducirlo a eso. Adelanto que para mí fue una lectura estremecedora. Cada parte de la novela es el todo. Y leerla es una experiencia de vida, aunque en este caso, junto a Alejandra su principal personaje, no estoy seguro. Usted lo averiguará.

La obra maestra de Gustave Flaubert: *Madame Bovary*, la disfruté a mis 51 años de edad, y al final de su lectura sentí y pensé que había desperdiciado medio siglo por no haber leído una obra tan intensa en la auscultación de la naturaleza humana, particularmente en la femenina. Leo para darle sentido intelectual y espiritual a mi vida, nunca por ocio.



La primera vez que leí el poema del peruano César Vallejo «Los heraldos negros», fue tal el impacto que casi desfallezco, me abrumó y asustó: «Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé! / Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido/se empozara en el alma...Yo no sé! / Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras/en el rostro mas fiero y en el lomo más fuerte. / Serán talvez los potros de bárbaros atilas;/ o los heraldos negros que nos manda la Muerte. / Son las caídas hondas de los Cristos del alma, / de alguna fe adorable que el Destino blasfema. / Esos golpes sangrientos son las crepitaciones/ de algún pan que en la puerta del horno se nos quema».

Sentía que, habiendo alguien escrito un poema como ese, ¿quién se atrevería a escribir más poemas? Compartí mi sentir con amigos y amigas y me exhortaron a que siempre la realidad daba para mejorarla o justificarla con nuevas perspectivas y que cada persona es un poema en potencia. Cada año de vida es un verso, me dijeron. Y continué escribiendo.

La literatura puede ser un puente de entendimiento, conocimiento y hasta de amor. Te invito a entrar al túnel para vivir sobre héroes y tumbas y regocijarte con Madame Bovary y así, al final, poder asimilar golpes como el odio de Dios, que sería como vivir cien años en soledad, pensando ser un Quijote.

El espinoso tema de Dios, en la mente de un escritor



El Congreso ... invocando a Dios Todopoderoso...

Constitución Política del Perú de 1993:

Preámbulo

Mi amigo peruano, Alex Marchand, artista de la imagen, me preguntó qué opinaba de Dios, pues él deseaba comprender cómo los abogados y escritores entendían tanta invocación del mismo. «Si puedes, responde», me dijo. Tal interrogante me desconcertó porque sobre Dios se tienen muchas ideas y emociones, pero, sobre todo, temores. Y no es usual detenerse a pensar sobre un tema tan capital. Pensarlo en serio y con ánimo de responder, con respeto y estima, perturbó mi obligada cuarentena por el famoso virus con corona. «Dime qué opinas de él, ella o ello», me urgió después. Le comenté a mi esposa sobre la pregunta y mi propósito de responderla. Ella me cuestionó: ¿Cuál Dios?, ¿Dios padre o Dios hijo? Perplejo ante su espontánea reacción y por la nueva disyuntiva, solo atiné a rendirme ante su noble mi-

rada y candorosa voz. Meditabundo fui a la cama y tuve insomnio pensando cómo responder. Dos días después le expuse mi opinión y fue ella la que no pudo dormir y a la mañana siguiente me dijo: leer mucho te hace daño.

Desde niño te inculcan a no cuestionar, ni dudar y mucho menos preguntar, sobre la existencia, vigencia y/o verdad de Dios. Se crece con fórmulas: Dios padre, Dios hijo y Dios espíritu santo. Que uno es el otro y todos uno, casi como «todos contra uno y uno contra todos» de la famosa novela francesa. Aprendes muy pronto a sentir culpa por un tal pecado original y hasta por los plagios del mismo. De todos modos, me bautizaron cuando era un bebé y mis padres entregaron el diezmo y yo recibí limpieza de «mi espíritu» con agua que yacía en pileta pública. Adolescente me volví a bautizar en una iglesia protestante. Y ya adulto me bautizo con cada libro que leo.

Por otro lado, hablar de Dios nos lleva a la Biblia porque es allí donde se crea dicho vocablo o a este personaje. Respeto la Biblia, como una obra literaria, a pesar que su texto haya sido hartamente manoseado a través de siglos para acomodarlo a intereses de la época y lugar. Además de la constante revisión de su narrativa, también recordemos las múltiples interpretaciones que ha tenido, llegando incluso a justificar crímenes y todo tipo de ilegalidades en la Inquisición que los interpretadores de la Biblia y de la fe catalogaron como santa. Pero también los protestantes cometieron atrocidades, como la quema de las brujas de Salem, y que llenaría cientos de páginas enumerando los despojos, genocidios y abusos tanto de cristianos como de los otros.

La Biblia, como documento que prueba la existencia de Dios, me es tan creíble como la existencia del Quijote porque así lo determinó la narrativa de tan maravillosa novela. Esta última escrita por Cervantes y la primera por varios autores. En este sentido, la Biblia es una excepcional novela. En lo personal me gusta el Nuevo Testamento, es menos agresivo que el Antiguo Testamento. Este

último tan lleno de masacres, traiciones, expulsiones, venganzas y millar de desaguizados que, en general, me parece confusa y repetitiva narrativa y de peores interpretaciones a través de los tiempos. Eso de maldecir a la mujer, pedir matar al primogénito, quemar pueblos, masacrar ejércitos, y exigir que se maten animales para «glorificar» su nombre, es, simplemente aterrador. De creer y tener fe en el Dios que describe el Antiguo Testamento es ser sádico, masoquista y ...



Fotografía: Alex Marchand.

Dios no es un Concepto. Un concepto se refiere a algo concreto, como Vaca, Mesa, Casa, Manzana, etc., que al mencionarlos fácilmente podemos asociarlo con algo tangible. Pero hablar del vocablo Dios es como hablar de otros que reflejan intangibles: Felicidad, Amor, Lealtad, Democracia, Justicia, Amistad, etc., es por demás complejo visualizar la concreción de los mismos. Entonces, filosóficamente hablando, estas últimas son Categorías, no conceptos. Y como vocablos que no tienen una imagen que los represente y explique, nos vemos orillados a buscar y darnos una idea

de lo que puede ser o sería, lo que nos imbuje en lo especulativo y finalmente en lo subjetivo, donde todo es relativo. Incluso hablar de Dios es parcial, porque me refiero al Dios cristiano, dejando de lado a las religiones donde tienen deidades tan ajenas a mí, como yo a ellas.

Entonces, en el plano subjetivo y dejando a salvo los millones de personas que también tienen derecho a ejercer su libre albedrío y creer y tener fe en lo que les plazca y satisfaga en cualquier plano existencial, me avoco a expresarte, que Dios, para mí, es la energía vital que me vino adjunta cuando llegué a este mundo. Y es una convicción y fe en dicha energía que me ha permitido soportar y superar cuantas dificultades la existencia me demandó. Y no suscribo ni me adhiero a iglesia, religión, secta o negocio «espiritual» alguno. Tampoco soy ateo, porque no niego la existencia de Dios. Niego la representatividad que se atribuyen las diferentes iglesias y que osan ejercer la propiedad de «La Verdad» y hacen la guerra a las otras verdades, incluso masacrando pueblos enteros o excluyendo a los que piensan diferente. En esto si soy preciso: niego con vehemencia al Dios usado para legitimar lo innombrable. En todo caso, mi afición está con los que están siendo bombardeados o asesinados, antes que asimilar al Dios del que mata, humilla o se lucra vilmente en su nombre.

Creo en Dios como un hálito de energía pura, impoluta, que escapa a mi entendimiento, pero que el día que dicha energía se apague o desaparezca, en ese momento dejaré de existir y consiguientemente, también mi Dios, el cual se irá conmigo hacia la nada. Porque de la nada venimos y el tránsito por la vida nos permite hacer cosas y algo, para luego volver ¿a descansar? hacia la nada. Creo en Dios tanto como en mi madre, padre, hijo, esposa. También creo en los ideales del Quijote, en la pasión de Emma Bovary y en la sinceridad de Walt Whitman. No creo, ni jamás creeré en la invocación que «The United States of America» imprime en cada uno de sus billetes, incluso de cien dólares: «IN GOD

WE TRUST». Ese Dios, que valida sus dólares, tampoco debe ser creíble. ¿Y debería ser creíble el Dios que el Congreso Constituyente invoca para dar rienda suelta a su narrativa política?

No creo en el más allá. Y tampoco creo en el infierno ni en el cielo, como pago o castigo por haber vivido de tal o cual manera. Todo sucede y existe y vive en el lapso de tiempo que inicia cuando surgimos del vacío, del útero que es un medio, para luego, terminar cremado o en una tumba que también es un medio para finiquitar lo que es, incluyendo lo que pudo ser. Quedará sí, sin duda, lo que se hizo, materialmente hablando, así como los recuerdos, buenos o malos, en aquellos y aquellas que, dueños y dueñas de su propia energía vital, nos cruzamos y alternamos. «El más allá», relativo también, es la imagen que cada amigo o pariente tendrá de nosotros, si es buena será el cielo, si es inocua, será el purgatorio y si es mala, será el infierno, pero estos estados que menciono: cielo, purgatorio o infierno, serán para los que tengan tales o cuales memorias o recuerdos, no para el que ha fallecido, pues en tal momento será tan solo un proceso orgánico que descompone lo que quizá creyó o no en Dios, pero que, para el caso, ya no importa.



Mientras tanto, hoy me arrodillaré con recogimiento y daré gracias a mi Dios-energía por haberme permitido escribir el presente y por no abandonarme aún.

¿Conoces quién fue Clorinda Matto de Turner?



Ahora que los tiempos demandan modelos de reformadores sociales, de almas grandes que se presten a ser inspiración para luchar por una mejoría social, es importante conocer y destacar la vida y obra de Clorinda Matto de Turner porque ella fue una mujer que asimiló su entorno y se forjó asimismo para ser y hacer lo que mandaba su conciencia, entendimiento y compromiso de mejorar la sociedad en la época que le tocó vivir.

Clorinda Matto de Turner nació en el Cusco en 1852, de padre letrado y hacendado. Su madre murió a los pocos años. Pronto apareció una madrastra y Clorinda debía llegar a su adultez para casarse y tener hijos. Las mujeres tenían un patrón de vida establecido y repetido por la sociedad, la religión y la ley. No se les permitía participar de los espacios públicos y se confinaban a espacios privados, como el hogar o la intimidad de la alcoba. Lugares donde, por cierto, «mandaba» el hombre. Pero Clorinda Matto decidió utilizar su inteligencia, carácter e ideales para forjarse una vida diferente. Fue una rebelde con causa.

Es muy probable que Clorinda leyera mucho en su niñez y juventud porque su padre era abogado y su abuelo también fue

un connotado hombre de letras, lo que hace suponer que había libros a su alcance y que a falta de caricias maternas se entretenía con la biblioteca. No obstante, también creció junto a niños de la servidumbre de habla y cultura quechua, lengua que dominaba e idiosincrasia que entendía y sentía hondamente. Clorinda fue a la escuela, como toda jovencita de su clase social, y allí les enseñaban para ser amas de casa y eventualmente unas buenas madres y esposas. Pero por su cuenta leyó novelas, poesía, historia, filosofía, derecho y lo que llegaba de nuevo a su casa. De muy joven publicó su libro *Tradiciones cuzqueñas*, inspirada en las famosas *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma. Su talento literario, pero, sobre todo, su osadía de irrumpir en los espacios públicos con la publicación de su primer libro le ganó apoyo y publicó varios volúmenes de una revista local.



En la flor de su juventud se casó con el inglés Joseph Turner, quien negociaba intereses británicos, comprando y exportando pro-

ductos diversos. Su nueva vida transcurrió en la remota y pequeña población de Tinta. Ella era católica y él protestante. Nuestra autora siguió escribiendo y cultivando su intelecto, con el apoyo de Joseph, o al menos no con el estorbo que opondría cualquier otro a tales actividades. A solo diez años de matrimonio, Clorinda envidó y encontró dificultades para enterrar a su marido en el cementerio porque estos eran administrados por la Iglesia católica. La negativa de la Iglesia no solo se basaba en que Joseph era protestante, sino también porque creían que Clorinda no vivía conforme los cánones de sumisión y enajenación con que los curas esperaban y promovían que viviesen las mujeres.

Joseph tenía deudas y la viuda debía pagarlas con sus posesiones, pero además trabajó duro por dos años para tal fin y una vez honrada la memoria de su esposo, se mudó a Arequipa donde administró y escribió un periódico. Las cosas no habían sido fáciles para Clorinda, y se agravaron con la agresión e invasión chilena que devastó los cimientos de la nación peruana. Durante la guerra, nuestra autora convirtió su casa en un improvisado hospital y con más voluntad y amor patrio que recursos, atendió a heridos que en su mayoría eran indígenas. También recaudó fondos y entregó joyas para que el maltrecho ejército peruano comprara equipo bélico. Con ferviente lealtad al Perú defendió la causa nacional. Los invasores regresaron a su tierra, años después, llevándose libros, estatuas, joyas y dejando un país en ruinas cuya reconstrucción social, legal, moral y hasta espiritual demandaba lo mejor de sus ciudadanos. Clorinda Matto se insertó en el debate público de como reconstruir los despojos de república.

Matto proponía un nuevo pacto de nación, donde se reconocieran derechos a los indígenas y a las mujeres. El espacio de esta columna no da para ampliar este interesante tema, pero los invito a que indaguen sobre el legado intelectual de Clorinda Matto de Turner, porque el tiempo, lejos de borrarlo, acrecienta su valor y la necesidad de conocerlo y descubrir, con tristeza, que muchas de

las injusticias, abusos y desigualdades que ella denunció, todavía existen no solo en el Perú, sino también en la región andina y quizá en más países latinoamericanos. El peligroso arte de pensar de la escritora generó escozor en la Iglesia católica, porque ella cuestionó a los curas por su estilo de vida licencioso y criticaba sus desmanes y abusos en contra de la población indígena, que eran la gran mayoría y contra las mujeres. Se recuerda su novela *Aves sin nido*, donde abiertamente denunció la inmoralidad de los curas incluso sus crímenes. Fue excomulgada y sometida a persecución al punto que en 1895 tuvo que huir del Perú para salvar su vida, después que le destruyeron su casa e imprenta. Vivió y publicó obra memorable en Argentina, donde murió en 1909.

Alfredo Del Arroyo Soriano: de la ficción a la realidad



El peruano-estadounidense, Alfredo Martin Del Arroyo Soriano, es escritor galardonado y gestor cultural. Su libro *Martes de infamia y otros días fatales* ha sido finalista en la categoría de la mejor ficción popular en español del Premio Internacional al Libro Latino en el 2017; reconocimiento estadounidense muy importante que nos debe llenar de orgullo a todos los latinos y latinas en estas tierras del norte. También publicó el libro *Del Pacífico al Atlántico, cuentos desde la otra orilla* en coautoría con Roberto Mansilla Nieto. Ambos libros integran la colección general internacional-división hispana, de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América. Además, su narrativa aparece en varias antologías de escritores hispanos en USA.

Lo anterior solo es una faceta, importante, en la vida de Del Arroyo. Otra labor, a mi juicio noble y ejemplarizante, es su denodado entusiasmo por promover la cultura latina entre la cultura angloamericana. Él ha salido de la esfera íntima que implica escribir, revisar y publicar su obra, y ha dado un paso hacia adelante para abanderar la causa de exaltar la creatividad e ingenio hispano en sus

diferentes expresiones artísticas sin dejar fuera proyectos estéticos que, a su buen juicio, merezcan promoverse. Su gestión cultural la desarrolla a través del Programa ABCDARIO CULTURAL, con entrevistas semanales a músicos, educadores, escritores, poetas, pintores y artistas en general, que residen en la zona metropolitana de Washington D. C., pero también de otros estados. En épocas de la COVID-19 Alfredo Del Arroyo se ha empoderado tecnológica y cibernéticamente para continuar su labor y ha extendido sus entrevistas a personajes residentes en otros países de Latinoamérica, especialmente pero no limitados a Perú.



Sobre la obra literaria de Alfredo, la magíster Sofía Estévez, educadora, poeta y escritora dominicana-estadounidense, dijo: «En *Martes de infamia y otros días fatales*, el autor peruano Alfredo del Arroyo Sorianos nos sumerge en 17 submundos particulares habitados por personajes agobiados, decrepitos y suicidas que viven circunstancias extraordinarias y cuyas historias desembocan en los más inesperados desenlaces. Los cuentos tratan una plétora de temas desde donantes de órganos involuntarios, la tragedia del martes 11

de septiembre, los soldados de la guerra del Pacífico, entre otros. La narrativa de Del Arroyo nos cautiva desde un principio dando detalles que oscilan entre lo espeluznante y lo absurdo y jugando con las palabras de una forma lúdica y trágica. También entra en escena el lado oscuro de la psique humana y su desmesura que solo logra terminar en tragedia, locura y traición. Con estos cuentos el autor nos invita a explorar el lado improbable de la vida».

Y respecto a la profusa labor de promoción cultural de Del Arroyo, consulté a la promotora y gestora cultural más importante en Washington D. C., íntimamente relacionada con la comunidad salvadoreña, pero también muy vinculada con los artistas en general y latinoamericanos en particular, la doctora Jeannette Noltenius, generosamente declaró: «Como presidenta de Casa de la Cultura El Salvador he tenido la oportunidad de conocer a Alfredo del Arroyo, no solo como escritor, ganador de premios literarios, si no, como promotor cultural. Alfredo lidera el grupo de poetas y escritores “Letras Vivas” del área de Virginia. Él, y estos escritores nos han deleitado con su poesía y narrativa en varias Peñas Culturales de los viernes en el Consulado General de El Salvador en Silver Spring [Maryland]».

Y con entusiasmo sigue: «Con Alfredo organizamos una Peña Peruana con bailes folklóricos y demás. Del Arroyo ha creado el programa de promoción cultural el ABCDARIO Cultural en el internet donde promueve las voces de poetas, escritores, artistas plásticos, y músicos de toda América Latina. Varios de nuestros artistas han sido entrevistados incluyendo miembros del “Colectivo Literario Alta Hora de la Noche” [que lidera el poeta Vladimir Monge]. Ese programa es un gesto de amor, generosidad y dedicación a mantener viva la lengua y cultura latinoamericana en Estados Unidos, algo que nos da fuerza y vida a todos en la diáspora. Recientemente tuvimos la oportunidad de poner en línea a la escritora peruana Susanne Noltenius, ganadora del Premio Nacional de Cuento Corto en 2017 en Perú. Alfredo nos pudo conseguir sus

cuentos y su última novela *Tiene que haber otro final* para presentarla, ya que ella vivió en El Salvador y tiene familiares allí. Alfredo Del Arroyo crea oportunidades para hacer alianzas estratégicas para difundir las obras de nuestros talentosos escritores y artistas».

Termino con un dato revelador que muestra la catadura humana e importancia de llamarse Alfredo Del Arroyo Soriano: organizó dos lecturas benéficas dirigidas a los presos por delitos menores del *Adult Detention Center* de Prince William County, quienes se mostraron muy contentos por la presencia de cuatro autores que leyeron poemas y cuentos cortos a los reclusos latinos. Alfredo les llevó la libertad que brinda la literatura y la imaginación. Su afán de promover las propuestas artísticas de otras personas evidencia su grandeza, porque su apostolado es destacar el aporte artístico y literario de la comunidad latinoamericana para enriquecer el *collage* cultural en Estados Unidos de América. La muy bien articulada y genialmente narrada fatalidad de Alfredo está en sus libros, no en su constante labor cultural propositiva y positiva.

El poeta y su esposa



En un pueblo lejano y olvidado, se hablaba de históricas hazañas ocurridas en la noche del tiempo que ahora a nadie importan. Cada nueva autoridad pueblerina para demostrar su poder político cambiaba tal o cual cosa de la única plaza pública y convocaba a la población para la nueva inauguración.

Tantas veces le han cambiado nombre como alcaldes han existido: desde nombres rimbombantes copiados de monumentos europeos hasta nombres autóctonos que tales autoridades pronuncian mal y que escriben peor. Además, no conocen el significado del nombre que asignan pero que algún poeta municipal les ha recomendado y justificado. En honor a la verdad, dicho nombre solo para ese empelado intelectual significa algo, puesto que él vive de significados, de metáforas, de ideas, de figuras poéticas, en fin, de todo aquello que satisface a un alma entregada a la literatura, pero que, por eso mismo, por vivir de esa manera, su mujer e hijos lo habían abandonado hacía más de un año.

En la demanda de divorcio, la esposa había argumentado que el poeta tenía en abandono grave sus obligaciones conyugales, y que, si bien le daba dinero para satisfacer los gastos de alimentación de los hijos procreados en el matrimonio, también era cierto que a

ella cada noche solo le recitaba sus poemas o poemas de grandes y célebres poetas que habían terminado solos o suicidándose.



Fotografía: Miguel Ángel Servellón Guerrero.

Para reforzar la veracidad de su decir, la señora del poeta había declarado, bajo juramento, que conocía a la perfección el poema «Nocturno a Rosario» del poeta mexicano Manuel Acuña. Y acusaba al poeta-marido que siendo ella analfabeta, se lo había aprendido de tanto escucharlo toda noche en que ella le insinuaba hacer el amor. Para su marido era imprescindible mostrarle el amor a través de la poesía, pero ella no entendía de eso, sino de lo otro que no necesitaba letras, sino manoseos y jadeos. De eso sabía ella, de poesía no.

El juez de la causa, que había notado la frescura silvestre de la demandante y la armonía con que se le movían los sentimientos en sus redondeados pechos, había accedido con celeridad a las pretensiones de la ciudadana que acudió a buscar justicia. Justicia que el juez estaba dispuesto a proporcionarle diligentemente para

después, y a cambio, ella le explicaría explícita y claramente cómo hubiera querido que el poeta le hiciera el amor.

El juez era muy celoso en su labor de impartir justicia y su afán de acostarse con la ignorante esposa del poeta era solo para resarcir daños y perjuicios por las veces que ella necesitaba marido y que éste se dedicaba a escribir o decir poesía. ¡Todo era por la justicia!

Este pasaje de la justicia pueblerina lo escribo porque parece incierto. La realidad es igual, pero sin el poeta. En ese pueblo a los poetas, cuando son muy buenos, los ejecutan o desaparecen.

A propósito de la vida cotidiana y virtual



Memorias

Celebrando tu cumpleaños esta tarde, mirábamos fotografías de tu infancia: cincuenta inviernos han añejado estas empaquetadas memorias. Y mientras esto sucedía, los amados y amadas nos tomaban muchas fotografías electrónicas de Alta Definición que luego fueron guardadas en un Disco Duro de la computadora de uso familiar. Y mañana, cuando necesitemos recordar estos ya nostálgicos momentos de tu media centuria, iremos a la computadora y al activarla nos sorprenderemos que un virus ha invadido la memoria virtual y consumido las fotos con sus millones de píxeles, en la hoguera de los tiempos cibernéticos.

¿Y qué hacer con tan desalentador panorama?... ya solo tendríamos las fotos en cartoncillo de tu infancia y otras en blanco y negro de tus quince primaveras.

Y para que el recuerdo de nuestro amor perdure es que estas notas han sido escritas en papel y con humilde lápiz, y así poderlas leer aún y cuando solo nos alumbre una tímida luz de luna.

El Password

La vida exige que introduzca mi password para activar los sistemas y programas de felicidad, paz y realización. Escribí la contraseña que creía adecuada, personal y secreta; pero resultó no ser correcta. Lo intenté nuevamente y tampoco fue aceptada y en la entrada se leía: «inválido».

Insistí por tercera vez y el sistema se bloqueó y dictó: «acceso denegado y bloqueado por seguridad». Al no recordar el *abracadabra* respectivo y desde entonces, vivo afuera tratando de encontrar esa palabra mágica.

In-Comunicaciones

Tiempos de Hoy

Mi computadora ha colapsado...he colapsado.

Vínculos

No hay señal de internet...la soledad total conecta conmigo.

IPhone

Información del mundo se muestra en la pantalla de mi iPhone.

Al instante me entero de lo que sucede por doquier.

Ayer me abandonó mi esposa. Buscaré en Google *porque se fue*.

El niño volador



Le maravillaba su capacidad de volar. Era un secreto que no tenía malicia de esconder, pero tampoco necesidad de contar. En ese entonces, con seis años de edad, soñaba que volaba. El niño estaba convencido que cada noche salía de su cuerpo y alzaba vuelo. La noche se alumbraba y el cielo le pertenecía. No había quien interrumpiera su paz de cielo y miraba, a vuelo de pájaro, el caserío que albergaba a miles de familias. Le divertía sentirse y mirarse volando: ¡era libre!

Nuestro niño era sencillo y a falta de recursos materiales y afectivos se valía de su imaginación. Por alguna razón no jugaba con otros niños o niñas. Jugaba en soledad. Pero imaginaba muchos personajes y siempre estuvo acompañado y hablaba con ellos.

En su barrio empobrecido había espacios donde nuestro niño podía jugar y fantaseaba ser capitán de barco y abordaba otros barcos, viajaba asido de una larga y fuerte raíz que pendía de un extraño tronco de árbol y viajaba de un bordo a otro. Se columpiaba al borde de un barranco. Nunca el niño volador pensó en riesgos de golpearse. Él simplemente asaltaba un barco y peleaba fieros com-

bates con su espada improvisada de madera y castigaba a los piratas que se atrevían a retarlo en su mar.

Pero había tardes en que debía armarse con las metralletas que veía en televisión en un programa llamado *Combate* y a él le era fácil reconvertir la espada guardada el día anterior, en una ultramoderna metralleta y así, disparaba tantas balas como sonidos emitían sus cuerdas vocales. ¡Ah! En emboscadas esa metralleta era magnífica, siempre lo salvaba y sí, es cierto, a veces salía herido e iba a sanarse a la enfermería. Nunca nadie se enteró que un soldado entraba y que, al recostarse en su cama, él pensaba que estaba acostándose en las camillas de ese inexistente hospital de campaña. Sus heridas debían sanar.



No había duda que era un soldado caído en combate, como un héroe, pero lo mejor era que nadie lo sabía y por lo tanto, al día siguiente podía combatir en esa larga guerra cuando su principal

comandante se recuperaba. Disparaba mucho pero nunca mató a nadie y eso fue así, porque en televisión nunca vio el color rojo de la sangre. Su televisión era en blanco y negro. Él no era un niño sangriento, nada más un niño combatiente. ¡Perdón!, él era un valiente soldado al estilo de la segunda guerra mundial. Eso sí, muy disciplinado, jamás permitía que sus heridas de combate lo mataran. Nunca lo pensó.

Se llegaba al nivel de su casucha a través de cientos de gradas de cemento y a un lado de ellas había un paredón que, a veces, permitía acceso a una intrincada selva de pequeños arbustos y allí, las tardes de octubre a diciembre, período de vientos fuertes, el audaz niño entraba y, de alguna manera, perdía el sentido de orientación para luego encontrarse a punto de resbalar en pasadizos secretos que lo llevarían a tesoros escondidos. Nunca pudo tocarlos, pero él presentía que de encontrar esos pasadizos vería los tesoros que intuía existían.

Su mejor día era el domingo porque llegaba una monja y reunía a muchos niños. Les mostraba imágenes de muchos colores de un hombre de piel blanca con barba negra, vestido con túnica blanca. Ese hombre en todas las postales que les mostraban tenía el rostro de bondad que a él le gustaba; le daba paz y lo que aprendía era que a ese señor le gustaba estar con niños y que los niños irían al cielo a reunirse con él. Este recuerdo era dulce porque al final de la hora de escuchar palabras de bondad y amor y de obediencia a los padres, regalaban dulces y eso era la compensación por atender, con devoción e interés, a la hermana monja.

Ese sabor dulce fue brutalmente eliminado, cuando tiempo después supo que ese señor que había visto en túnica blanca y hablando con niños, había sido clavado en una cruz. Pensó que era malo hablar con niños y que por eso lo habían castigado. Al encontrar monjas en su camino, no podía dejar de pensar en aquella que tenía rostro redondo, mirada y gestos dulces como los incentivos

para no correr tras la pelota mientras ella hablaba. Amaba a la hermana. Amaba sus dulces.

El niño soñaba con frecuencia que corría por un paraje y con sus brazos extendidos se alzaba sobre la tierra y que podía gobernar su voluntad y dirección de vuelo. Volaba loco de alegría y regresaba sobre el techo de su pobre casucha y se sentía complacido que aun cuando su cuerpecito allá abajo estaba envuelto en las ropas de cama desgastadas, él podía sentirse y mirarse volando por encima de esa precariedad. Luego, con el temor de agotar su voluntad de vuelo, volvía rápidamente a reunirse con su cuerpo desamparado.

Cierta noche, mientras volaba, notó que la tenue luz de su cielo se apagaba y en ello advirtió un presagio. Estaba siendo avisado, con anticipación, que ese sería su último vuelo. El niño aquél, aún sigue volando, pues dispuso jamás despertar. Ninguna persona supo de su vuelo eterno, porque el cuerpo de adulto que esto escribe, no es más que el cadáver de aquel niño volador.

¡Vuela! ¡Vuela niño! y no despiertes jamás.

Epístola a una hermana valiente y noble



Querida hermana:
Que este día sea mejor que todos, ya que hace mucho naciste y lo que debemos celebrar no es el acto de haber venido, sino haber sobrevivido. Se debe gritar cuán duro ha sido llegar hasta tu actual condición y tener conciencia del camino y en las condiciones en que lo recorriste. Entonces debe llegarte una sensación de paz, de perseverancia y de valor. Mereces una medalla por sobrevivir y aun cuando el camino fue agreste y difícil, y cuando debías quedarte rezagada por cuantos quebrantos y debilidades te invadieron, no lo hiciste, te negaste al descanso.

Cual cristo femenino tenías la misión de ser una sobreviviente. Jesucristo es grandioso ahora, no por haber vivido su vía-crucis, sino por haber salido de él y aún conservar la fe en la humanidad, cuando bien podía aborrecerla y detestarla, con magnánima razón. Esa eres tú, un ser que aún y con derecho de recriminar a la humanidad, no ha gastado un solo minuto a considerar tan humano acto. Por eso eres mi cristo femenino, pues con una fortaleza que solo los seres excepcionales tienen, cumpliste una a una las esta-

ciones y, al igual que Jesús, preferiste conservar la fe y confianza en toda la humanidad.

Yo con ellos. Sí, yo con ellos; siendo mi propio Judas; conviviendo con Magdalena y no por su arrepentimiento, sino por puta. Yo el mismo a quien no le cantó el gallo y por eso no pude dementirme tres veces, quizá trescientas veces. Sí, el gallo no cantó, pues sabía sabroso en el guiso que con él cocinaron las amigas de Magdalena, quienes estaban molestas por su abandono de tan antiguo oficio.

A Judas mayor, a quien todos hemos conocido de uno u otro ángulo, le quemaron un momento las treinta monedas y luego se ahorcó. Yo, cual Judas menor, aún me queman las treinta monedas que recogí cuando ayudé al otro a que se ahorcara. Creía hacer acto de justicia; sí, sentía que reivindicaba a alguien de algo, pero aún ignoro de qué a quién. Quizá nunca lo sepa. Quizá.

Lo importante es el ahora. Ese ahora que me aprisiona, pues a mi espalda está el abismo y adelante está la incertidumbre. Mis sentimientos desbordan el sentido gramatical de las palabras que, en definiciones frías dictadas por calvas lejanas, ignoran la urgencia que yo tengo de nuevas palabras que expresen mi angustia y ansiedad. Las he buscado y he encontrado algunas como paz, esperanza, anhelos y consuelo, quizá como una broma macabra del destino, pues con éstas no logro expresar mis fantasmas, pero sí que los exasperan.

¡Ah!, querida hermana, haz de perdonar mi exabrupto, pero no he podido estar en un momento gozoso, de júbilo y de alegría, sin tener que soportar la furia de estos fantasmas que están allí, acechantes, cuáles defensores de su territorio: mi alma toda. Existe una fuerza que me invade y lleva mi mano y escribe cosas que están en agitada coexistencia a punto de estallar dentro de mi ser.

Esa realidad interna tendrá sus propias maneras de expresarse, quizá bordeando palabras u ocupando cientos de ellas para expresar un solo aspecto. No lo sé. Pero sí tengo la certeza que hay un papel

y tinta esperando por mí para que dé una vez por todas sean los fantasmas los que dicten y corrijan.

Luego, después de esto, serán ellos los que vivirán y yo no seré más. Será un acto de liberación-escritura, según ellos, pero en realidad habré logrado mi última coartada, pues al estallar mi alma y materializarse en páginas, quedarán presos dentro de cada palabra escrita y estarán a merced de cualquier persona que, con acto ajeno de temor y respeto, prenderá fuego a esas páginas, que, según él o ella, contienen historias inteligibles y oscuras.

En ese entonces, yo estaré descansando y tendré, al fin, la certeza de regocijarme. Y mi gozo será grande, mi júbilo será eterno, pues jamás esos fantasmas hechos humos podrán invadirme, siendo ellos inmateriales y yo materia, cuyo proceso de descomposición ya iniciado representará única e invariablemente la condición de la humanidad, esa humanidad... mi humanidad.



Fotografía: Vladimir Monge

Carta a un amigo muriendo



Querido amigo:

Esta carta es para ti. Ahora no la puedes leer y pasarán varios días de angustia antes que puedas hacerlo. Mientras escribo, tú estás a expensas del saber humano y en total indefensión para enfrentarte, por ti mismo, a este nuevo desafío.

Te venció de noche la sorpresa y amaneciste en el limbo de la incertidumbre. Hasta en estos momentos tan ingratos de esta existencia tú todavía te mantienes siendo un ejemplo de bondad por la manera en que te has entregado —con inocencia de niño— a la voluntad de tu Dios, a quien no has dejado de serle fiel, devoto y su instrumento, porque a través tuyo, Él está requiriendo nuestra declaración de fe, sumisión y confianza.

Aun cuando oscuras interpretaciones de la divinidad irrumpen en mi mente para rebelarme a tu situación, es tan solo tu recuerdo el que me conmina a retener cualquier atisbo de osadía para explicarme, con razonamiento apresurado, el momento presente que estás pasando. Tu convicción y fe en Dios hace que mi incredulidad resulte grotesca. Tu profunda mirada cuando me hablabas del amor

a Dios es ahora, en estos difíciles momentos, un faro que sostiene mi angustia y temor de tu mañana.

Tengo miedo, amigo. Miedo que tu mañana se oculte... y que no amanezca más en tus pupilas. Miedo que Dios no me hable a través de tu escrutadora mirada que pretendía —con azul profundo— arrancarme esa incredulidad que asoma en mi rostro y que tú percibías nítidamente en mi mirada esquiva. Había fuerza de verdad en tu verbo cuando me decías: «Haz lo que tienes que hacer y deja lo demás a Dios. Él te protegerá». Tu persistencia era tal que empecé a creerlo y comencé a buscar a tu Dios en las profundidades del azul de tu alma.



Fotografía: Miguel Angel Servellon Guerrero

Aprendí a pensar que Dios estaba allí, en tus ojos y aprendí a pensar que tu entusiasmo y entrega al género humano era el credo directo que cada día refrendabas con tu Dios. Y te tuve admiración y quise emularte. Y comencé aprehender mi entorno con desesperada búsqueda de encontrar la Fuerza Divina que tanto afloraba en

tu Ser. Y no la encontré. Pero tú siempre me animaste a ser constante y seguir fiel a esa búsqueda de tu poderoso Dios.

Rebelados y tenaces pensamientos están atacando mi Ser y quiero protestar porque tú estás en esta sorpresiva encrucijada de Vida o Muerte. Tengo el grito de ¡injusticia! retenido en mi menuda garganta. Y quiero gritar un reclamo directo al Dios que percibía en tu mirada. Quiero renegar e irme lejos y volver a ocultarme en mi amurallada incredulidad. Quiero huir, amigo, porque si mañana en mi amanecer tú no amaneces, entonces, ¿adónde se habrá ido la esperanza?

El desafío y carta a fallidos padres



«Querido amigo:
Quiero pedirte que escribas sobre “Un niño sin nacer”, ese que perdió su realidad de existir porque no le preguntaron, ese que aún sin rostro, llena de vacío el corazón de una gitana, ese que aparece en los ojos de cada bebé en la calle, ese que reclama su derecho desde las entrañas de la que no puede ser nombrada, mal remedo de mujer llamada por la naturaleza madre y por la iglesia pecadora y por las feministas mujer con derecho a decidir sobre su cuerpo; quiero pedirte de corazón que plasmes en el papel de la multitud con tu pluma maravillosa, cínica, cruel, realista y tan humana, este problema social llamado aborto que nos convierte a las mujeres en crueles asesinas, víctimas o victimarias, protagonistas o antagonistas, en buenas o malas, en santas o malditas y en fin en una gama de hechos, ecos y sucesos que nos arrastran y marcan a algunas y alivian a otras; quiero que escribas desde la perspectiva del no nato, que te zambullas en la eterna pregunta legal si es persona o no es persona, si es un crimen, un castigo o un alivio.

Quiero tu versión, no la mía, quiero tu visión de este enigma, qué piensa el yo escritor, pero además quiero que me cuestiones, que me preguntes, que me juzgues, que busques dentro de mí las respuestas del escritor sin recordar al amigo. ¿Te atreves, Grego, lo harías por mí? usa mi voz, usa mi historia, usa lo que quieras de esta vida que a través de ti quiere contar lo que su lengua no puede repetir y enséñame de tu pluma a entender y entenderme, dime qué camino seguir y como vivir con ello. Piénsalo».

Querida amiga:

He leído y pensado mucho en tu sentida carta. La he desglosado palabra por palabra, buscando las emociones que no declaras, las lágrimas que corren entre cada línea y que soy indigno de juzgar, pero sí de conjugar. Te quiero mucho, lo sabes. Y por eso me aflige tu vehemencia y aprehensión y corro no para auxiliarte, pero sí para estar allí, junto a ti, sin hablar. Y a tu pregunta de si me atrevo, pues sí, me he atrevido, con afán de búsqueda, y espero no decepcionarte ni agregar una emoción más a la vorágine que te envuelve. He aquí mi respuesta literaria:

CARTA A FALLIDOS PADRES

Papitos:

En estos momentos son unos dioses. Tienen el poder de crearme y aunque ya lo hicieron, pueden destruirme. Esto lo harán con tristeza, pero... lo harán.

Mamita:

Esperé muchos ciclos de la vida para que tú muy sentida me colmaras de cariños y besitos que bien sé que puedes, pero, ¿no quieres... o no debes...?

Durante siglos, contados por evolución, ansié y soñé, tuve la ilusión de conocerte y hoy que tendré la oportunidad, tú no me dejas.

Te amo mucho y por eso te obedezco desde ya:

Tú no quieres... Yo no querré.

Con el poco aliento de vida que tengo y las muchas ilusiones, cuánto siento no poder hablarte y decirte: ¡MAMITA TE QUIERO!, ¡MAMITA TE AMO!

Que calientito está aquí, en tu cuerpo, siento como si del cielo no hubiera bajado aún, pero mientras me dejes estar aquí, adentro, procuraré calentarme un poquito más...

¡¡Para el gran frío que me espera!!

La sordera de Beethoven y Dios

En conmemoración de los 250 años del nacimiento de un Genio



¡Ya basta!

¡Silencio!

Que callen las notas de la sonata *Moonlight*.

Que no suene su primer movimiento porque, ¿acaso no se dan cuenta del lamento que contiene?

Es que en realidad esta pieza no estaba dedicada a interpretarse en público. Simplemente su autor buscaba explicarse su sordera y su fatalidad.

¿Por qué Dios lo había instrumentalizado para expresarse a la humanidad y ahora ni siquiera podía saber si era fiel intérprete del mensaje de su Dios? Esto se preguntaba mi amigo Beethoven y ahora tengo esa respuesta, pero ¿cómo puedo decírsela?

En mis oraciones diré a su magnánimo espíritu que en su persona se libró una inusual contienda: El Ser Superior tenía plena conciencia de que su músico expresaba bien su mensaje a la humanidad y en acto de celo y cuidado lo aisló del contaminante mundo de los ruidos.

Dios necesitaba un medio puro y vio en la persona de Ludwig Van Beethoven a una partitura colosal. De él fluían torrentes de notas musicales, pero las emociones proyectadas las dictaba el Ser Superior.



Ahí tenemos la *Quinta Sinfonía*: expresión de orgullo de Dios sobre su obra humana. Somos nosotros los que merecemos esos redobles y es que Dios con ellos quería captar nuestra atención. El resto es una canción de cuna para nosotros sus eternos niños.

Cierto día, el Ser Celestial atendió otros ámbitos y dejó solo a su mensajero.

Jesucristo fue tentado por el demonio en los ya conocidos cuarenta días y sus noches. Ese mismo demonio fue el que tiró no una, sino varias enfermedades a Ludwig y lo postró en la última e insoportable cama. De nada valdrían cuidados para evitar el mal oliente y degradante ambiente en que nuestro genio vivió los últimos momentos.

Fue una tarde de invierno en aquel tiempo y lugar muy propio de Beethoven, cuando él, cansado de batallar con sus dolencias físicas, decidió sollozar su humanidad.

El no lloraba por tanta enfermedad que le carcomía el cuerpo. Jamás fue presa de tan simple acto. Él sufría con entereza y sabemos que la *Novena Sinfonía* fue finalizada en medio del devaneo del Perverso por llevárselo de este mundo. Entonces, fue cuando Dios se percató del abandono en que tenía a su mensajero y corrió auxiliarlo... ¡Pero ya todo estaba perdido!

Su mensajero, el hombre a quien había quitado la audición para no contaminarlo, convertido en ese espacio diáfano y fiel entre cada nota, era el mismo que le había dado hasta el último momento su amor y lealtad: la *Novena Sinfonía* es canto de Esperanza, fidelidad a la humanidad, evocación sublime, es, en suma, unos ojos anhelantes por mirar la nota perfecta y precisa que debía ser escrita con la última gota de su... tinta.

Arte

Compromiso social y arte de Lucrecia Forsyth



Cuando ejercí de embajador en el Perú, me informé de proyectos y de personas talentosas que preferían un perfil discreto y sin luces mediáticas. Hoy, atenazados por la incertidumbre y obligados a ocultar nuestra sonrisa en profilácticas máscaras, es necesario tender puentes para contarnos sobre vidas que se proyectan más allá de sí mismas y que su ejemplo augura un mejor mañana. En esta labor he pedido ayuda a Lucrecia Forsyth, quien lleva una vida de compromiso social y ambiental y se esmera en fomentar la honestidad y solidaridad. Destaco su compromiso ecológico el cual debería ser replicado por todo ser humano consciente de la finitud del mundo.

Lucrecia Forsyth vivió, estudió y forjó su cosmovisión entre Perú, Inglaterra, Estados Unidos, Francia y Suiza. Es licenciada y colegiada en Psicología; y vive comprometida con el medio ambiente, con la protección de los derechos de los animales y con la práctica de reciclar para crear. «Me preocupa el planeta, la contaminación y la basura y me aflige el abuso contra los animales» me dice apesadumbrada, pero al instante cambia esa expresión y con luminosa sonrisa: «me gusta que las cosas se sigan usando en una nueva

forma, en casi todo hay un costo hundido al cual darle un nuevo valor... Por eso soy voluntaria recicladora de plásticos en la ONG «Ayudando Abriendo», y en realidad soy una recicladora total, hago compost, ropa, muebles, enseres que luego, una vez transformado en un bien útil y bonito, se le busca dueño, reciclo papel, vidrio... todo hasta donde se pueda». Reflexiona: «Últimamente me pregunto, ¿qué pasaría si el virus no se va hasta que el planeta esté limpio y en equilibrio?».



Forsyth me muestra sus propuestas estéticas. Son obras de arte, de productos reciclados, me intrigan; aunque debo confesar que me fascinan porque veo en ellas no las botellas plásticas que atrofiarían el caudal de un impotente río, sino una ingeniosa obra escultural única, estéticamente hablando. Son su manera de viabilizar su vocación artística, sus ansiedades vivenciales y sus angustias existenciales, pero también, ni que dudarlo, su alegría de vivir, su

entusiasmo por crear y recrear. Con desenfado precisa: «Me gusta estar alegre y que la gente se alegre con lo que hay». Ella, creo, ha resuelto la interrogante de Shakespeare de «Ser o no Ser». Ella es.



Recorro su variada producción y percibo pinturas, collages, bancos revestidos de billetes los cuales han sido manipulados para insertar en ellos el rostro de una persona y la artista me explica: «¿Sabes qué es estar “Chihuan”?», de hecho, ahora podemos decir que el virus ha dejado “Chihuan” a medio planeta». Y supe que una congresista peruana dijo que su salario era insuficiente para ella. Pretendía enviar el mensaje de ser pobre y que su estipendio, el cual era fabuloso —en comparación con el pueblo— no le alcanzaba para vivir. Y por supuesto, el pueblo además de indignarse, también se puso a reír ¿de burla o vergüenza? Y fue tendencia con muchos memes, incluso hasta se acuñó la frase «estar Chihuan» que significa «estar pobre». La frase quedó en el imaginario peruano. Y hasta

en eso nuestra artista hizo su propia protesta estética y ética. «Para mí, dijo Lucrecia con ironía, estar Chihuan es este banquito, mientras me lo mostraba, es mi crítica social y política». El reciclado banquito como metáfora burlesca de los Bancos y la congresista.

La profundidad reflexiva de Lucrecia llega hasta Sócrates, y a mi pregunta de por qué le gusta este, responde: «Me gusta porque dijo que no sabía nada y yo estoy en las mismas. Porque cuando se pone uno a reflexionar, y escuchas lo que dicen unos y dicen otros al final es difícil llegar a la verdad». Quisiera describir su variada muestra artística y explicar los tonos y perspectivas de cada una, pero el espacio no da para tanto, sin embargo, fue una experiencia alucinante, ver el arte en su máxima expresión hecha desde el desperdicio urbano. Es, para mí, reciclar la esperanza de un nuevo amanecer. Y finalmente, cuando le pregunté a Lucrecia si se definía como psicóloga, empresaria, artista, activista, me respondió, como diría Cantinflas: «ni uno, ni lo otro, sino todo lo contrario». ¡Muchas gracias Lucrecia Forsyth!

En pandemia se caricaturiza al talento salvadoreño



No todo es malo en tiempos de pandemia. También han surgido nuevas maneras de ser, de crear y de vivir. Dos talentosos profesionales y artistas se han unido para crear un registro antropológico de los y las artistas de la República de El Salvador, a través de una serie de caricaturas. Es caricatura en serio.

Para conocer sobre los alcances del novedoso registro, la Casa de la Cultura El Salvador, en Washington D. C., iniciativa cultural vigorosamente desarrollada y consolidada por la Dra. Jeannette Noltenius, invitó a Katya Romero y Oscar Mauricio González a un intercambio virtual, en su prestigioso programa semanal que se difunde a través de plataformas sociales. Los tres desplegaron entusiasmo y hubo sinergia.

La pandemia nos tomó a todos por sorpresa —relata Oscar González— obligándonos a encerrarnos y aislarnos de amigos y familiares, fue un parte aguas en muchos sentidos. La necesidad de compartir, saludarnos y mostrar nuestros afectos abrió nuevas maneras para hacerlo. Sin salir de casa, como todos, comencé haciendo caricaturas a manera de elogio y admiración al talento de amigos, quería alegrarlos y alegrarme. Su reacción fue inesperada, no solo se

entusiasmaron con la propuesta, comenzaron a sugerirme a artistas y personajes destacados en distintas ramas del arte y la cultura.



Como la genialidad convoca genialidad, al caricaturista le sugirieron que retratara a una artista multidisciplinaria y curadora ecuatoriana que había vivido y trabajado en El Salvador. Oscar explica que no conocía a Katya Romero pero que investigó sobre su obra y trayectoria, con el objeto de «captar» los insumos para su caricatura. Una vez más, lo hecho con encanto tuvo recompensa, porque Katya le agradeció y felicitó por las caricaturas que había socializado y «me ofreció todo su apoyo y experiencia, lo que recibí con mucho agrado. De forma natural y profesional surgieron sus consejos, mis preguntas, sus respuestas, sus conocimientos y confianza».

Las caricaturas cuya socialización han provocado gratísimas reacciones en El Salvador, pero también en la diáspora, nacieron

por iniciativa de Oscar y luego se han institucionalizado con la experticia de Katya. Ambos conforman un equipo de trabajo que ha sistematizado un proyecto bajo una propuesta formal para retratar a artistas visuales de diferentes géneros.



Fotografía: Ana Ruales.

Katya Romero nació y vive en Quito, Ecuador. Es artista visual multidisciplinaria y empresaria cultural independiente. Ha celebrado sus propias exposiciones individuales y colectivas en Museos, galerías y centros culturales de Latinoamérica y Estados Unidos. Ha curado y organizado exposiciones colectivas de importantes artistas latinoamericanos. En el 2000 el gobierno del Ecuador le otorgó la Condecoración y Medalla de la Orden Nacional al mérito en el grado de caballero por su labor en El Salvador. En El Salvador, su

obra forma parte de varias colecciones como la Colección Nacional de Pintura y Escultura y el Museo MARTE entre otras.

Oscar Mauricio González, salvadoreño, arquitecto de profesión, nos cuenta: «Desde los seis años de edad he tenido fascinación por el dibujo, el poder expresarme sin pronunciar palabras y emitir todo tipo de mensajes sin hablar, me parecía fantástico. La primera vez que supe acerca de caricaturas fue cuando tenía doce años, un ilustrador de Televisión Educativa me dibujó y quedé fascinado. Y la primera vez que intenté caricaturizar a alguien fue a la edad de 15 años. He sido influenciado por los gráficos y caricaturas de la revista MAD, por Quino, creador de Mafalda y por Pepo el creador de Condorito».

Este dúo dinámico tiene en su agenda retratar a otros actores culturales de diferentes especialidades. Comienzan contactando con tal o cual artista para explicarles el proyecto, obtener su autorización para ser dibujado y luego viene el trabajo de investigación que Katya y Oscar efectúan para conceptualizar y visualizar al o la favorecida. Mas que arte proyectando artistas, Katya y Oscar dibujan una sonrisa en el público que se deleita y aprende con cada caricatura publicada.

Extraordinario registro antropológico en El Salvador: caricaturas en serio



Los inéditos tiempos pandémicos, además de asustarnos, también nos sorprenden. En medio de esta transición donde el mundo se acomoda a una nueva manera de vivir, de sentir, de socializar y de pensar, resulta que, en la República de El Salvador, ha sucedido un fenómeno por demás curioso, interesante y, sobre todo, admirable.

En medio del encierro de la cuarentena, de ingrata recordación para todos, la soledad se hizo más pesada y a falta de contactos reales y acercamientos efectivos y afectivos, hubo un vacío existencial entre aquellas almas sensibles y tendientes a ir más allá del común de los mortales. Me refiero al arquitecto Oscar Mauricio González.

Oscar es un hombre especial, porque es sencillo, de linaje noble, sensible y con ganas de expresar afecto y agradar a sus amigos y amigas. Sobre todo, cuando dichos amigos hacen algo por mejorar, a su manera, el mundo. Entonces un día, en aislamiento forzoso, Oscar decide dibujar a un par de amigos artistas para expresarles su afecto y admiración. Pero el dibujo es un retrato

singular, donde plasma no solo trazos físicos de la persona, sino de su personalidad y legado artístico.



Los amigos, sorprendidos, derrocharon gratitud y refrendaron amistad. Y socializaron las caricaturas en las redes sociales. Ese momento fue histórico, porque fue el germen de lo que vendría y explotaría en trascendencia. Dibujando a personas especiales, llegó a la ecuatoriana, pero salvadoreña por amor, la artista visual multidisciplinaria y empresaria cultural independiente Katya Romero.

Katya Romero ha celebrado sus propias exposiciones individuales y colectivas en museos, galerías y centros culturales de Latinoamérica y Estados Unidos. Ha curado y organizado exposiciones colectivas de importantes artistas latinoamericanos. En el 2000 el gobierno del Ecuador le otorgó la Condecoración y Medalla de la Orden Nacional al mérito en el grado de caballero por su labor en El Salvador. En El Salvador, su obra forma parte de varias colecciones como la Colección Nacional de Pintura y Escultura y el Museo MARTE entre otras.



Y este binomio de talento, Katya como gestora de proyectos y Oscar como artista en pleno apogeo creativo, conforman un dúo dinámico que irrumpe en el escenario artístico nacional salvadoreño con un proyecto coordinado, sistematizado y donde el talento de Oscar va orientado hacia un registro histórico y/o antropológico de los artistas salvadoreños a través y por medio de caricaturas. Caricaturas especiales y únicas.

A este momento llevan muchas caricaturas socializadas y ordenadas por rubros, pero es un proyecto en proceso que está registrando, cada día, talentos consagrados y emergentes y esta nota que publico es para advertir a los talentos salvadoreños que estén atentos a la llamada de Oscar y Katya porque en tal caso, indica, que hay talento que merece registrar en las caricaturas que están llamadas a trascender en la historiografía artística salvadoreña.

Polifacético artista venezolano en Washington D. C.: David Camero

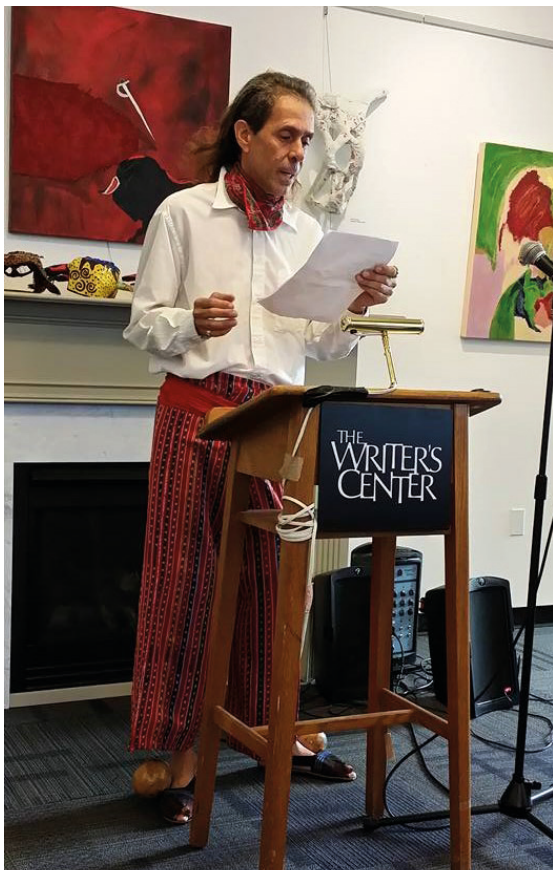


Conocí a David Camero en el año 2004, en los eventos culturales celebrados en la Folger Shakespeare Library, detrás del Congreso de los Estados Unidos de América. Eran noches memorables que congregaban diversas expresiones artísticas de latinoamericanos y por tal, amenas, ilustrativas y con decidida vocación de hacer arte e historia en este país. Allí, entre cantos, poesía, pinturas y libros supe del multifacético artista.

David Camero es de Caracas, Venezuela; lo dice con énfasis, país y ciudad incluida, con cierta aprehensión como aferrándose a su identidad para luego explayarse en su vasta expresión humana y humanista: es actor, director, pintor y poeta: «Desde muy temprana edad, me encontré buscando cómo expresar mis emociones y lo hacía creando caricaturas, acuarelas, oleos, collages, muñecos, ensamblajes con objetos encontrados, máscaras recicladas, murales y escribiendo».

Entonces es comprensible que David comenzara a estudiar Arte y Literatura en la Universidad Central de Venezuela. No obstante, tuvo un golpe de suerte ¿destino? y eso permitió que viajara

a París y estudiara Mimo y Movimiento en la prestigiosa *École internationale de théâtre Jacques Lecoq*. Su ávida juventud lo llevó por Francia, Suiza, España, Bélgica, Italia y Grecia «Tenía la certeza que el mundo me pertenecía y agradecía los secretos de los museos-países-escuelas».



De regreso en Caracas, asumió la asistencia y dirección del grupo teatral «Tiempo Común», participando en varios festivales en Latinoamérica. Y con la experiencia acumulada en Francia y una investigación especial sobre arlequines en la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, terminó su tesis de grado titulada:

«Impresión de lo Bufo, una comparación entre las obras *Gargantúa y Pantagruel* y el *Rey Lear*», con la cual coronó sus estudios universitarios.

David logró forjarse un espacio en el espectro cultural y artístico de Venezuela creando su propia «Compañía del Bouffon», donde proyectó distintos personajes, pero lo cierto es que ya estaba inoculado con la libertad y vivencia en Europa y USA y no teniendo barreras binarias en ningún sentido, le parecía que su patria cada día se encerraba en si misma bajo el dominio de lo que él llama «verruca histórica e innombrable» y decidió excluirse de esa perversa manipulación de sentimientos patrios y futuros truncados.

«Al ver la situación en nuestro país que se deterioraba, contacté con amigos y me invitaron por contrato a participar en un video-experimental sobre “Don Quixote at the States” donde representaría el alter ego de tal personaje. Sería como un juglar, mi especialidad. Terminado el proyecto volví a Venezuela, recogí mis mejores libros, fotografías y portafolios, me despedí de la familia y regresé como cualquier extranjero a Washington D. C. porque sentía era el sitio que me correspondía, tenía hasta mis iniciales: D.C. = David Camero».

La zona metropolitana cuenta con la bulla y escándalo que actúa Camero en sus jocosas representaciones como arlequín o bufón y también sus expresivas interpretaciones como mimo. Continúa con el estilo de la *Commedia dell'Arte* y participa en diversas actividades locales, entre ellas, desfiles y festivales de las artes en Wheaton, Maryland. Edición virtual, que es un divertimento Ecológico con toques del teatro del absurdo tratando de hacernos reflexionar sobre la conservación de la naturaleza.

Participamos, dice David, con «la risa como remedio infalible contra cualquier espanto y desasosiego. Se acabó la desolación que vivíamos, llegó la gracia virtual, algo fuera de serie, original y único en su estilo, con un mensaje ambientalista. El Desfile ecológico de los bufones». Además, Camero trabaja dando talleres de arte y

movimiento creativo en escuelas y centros de desarrollo infantil, así como clases de idiomas francés y español. Me simpatiza la idea que al nombrar Washington “D.C.”, tiene un nuevo significado que le ha dado el arlequín, bufón, pintor, poeta y maestro, donde D.C. es la presencia de las iniciales del querido venezolano.

David Camero no se agota en su larga trayectoria teatral y ni en la pintura, donde experimenta técnicas, estilos y materiales, sino que destaca en la poesía con una sensibilidad, agudeza y destreza con la palabra donde no hay tema o recoveco sentimental donde no sondee o se sondee. Su poesía, por si misma, cumple el afán juvenil de David de buscar como expresar sus emociones y a su día lo ha logrado, pensando que su espíritu sigue tan escandalosamente alegre, aventurero y afrancesado como en sus mejores días de juglar en Europa.



Poemas de David Camero

Por los caminos verdes

Por los caminos verdes y las calles
Adyacente a los atajos
Voy huyendo del viento, del águila, del tiempo
De la larga y a la larga
Arruinado literalmente como siempre
Resurgiendo entre los escombros
Renazco entre las cenizas
Cuál Ave Phoenix
Una esfinge de mayo
Una rosa sin espinas, una flor de loto
De tristeza ya no he de morir
Ni de hambre, ni de sed
Quizá la nostalgia desafiará
Por siempre esa energía migrante
Para que se cumpla el proyecto
De Cromañón, de nativo, de conquistador
De artista Renacentista
De imágenes y palabras
De inexplisencias y amores
Adorando al Sol, a Venus, Mercurio...
Cuando el mensajero divino eras tu
La cortesía y el buen trato: Perfecto
De la mejor manera y a discreción
Nunca pudieron faltar

Comediante

Bilis eructo de Gargantúa
En tu penúltima encendida
Caminas a la deriva del sopor
Ebrio por las noches fulgurantes
En una ciudad hermosa
Llena de gente también hermosa
Todos en busca de la felicidad
-¡Que la he encontrado ya!
Gritaba la muchedumbre
Cuando disfrazado eras el otro
Construyendo ''lo visible en lo invisible''
Como decía mi maestro en la abstracción
A la memoria, los colores del infinito
Mientras gentiles amorosos nos deleitamos
En las sonrisas y miradas perdidas
Éramos la materia de la noche
Metonímica luminosa
Que todos querían mimar
Y una foto develaba tu gracia eterna

Cascabel

Era tiempo de cambiar la piel
De ser definitivamente el otro
El lagargúreo macarrónico aquel
Que huía del sueño irónico
El vociferósoficial de placer
El espantapájaros dorado y cruel
De las buenas y malas lenguas
Con las sintaxis y fonemas del ayer
Aunque te burles de las mayúsculas

Y los acentos, del punto y aparte...
Los tres del vértigo y las consonantes
Como andante caballero
El de la hipotenusa y la hipérbole
¿De que sirvieron sino para nombrarte?
En la similitud de todo augurio
En el ojo cuarteado virolo
Le colorea la saliva
Digo la sílaba y el morfema que te de forma
El triunfo en su delirio
Siempre y cuando te hagas presente y me leas
Nuestra deidad la imaginación
Y de la mano contigo recrearemos
Un nuevo intento por salvarme
De este mundo.

Fotografia

El mundo fotográfico de Muriel Hasbun: refugio contra el silencio y el olvido



La poesía permea las imágenes que la exquisita sensibilidad de Muriel Hasbun capta con su lente fotográfico. Ella experimenta respuestas en su afán de construir un espacio ideal para las diásporas que matizan el mundo y que lo complejizan. Sobre esto reflexionó: «Todos venimos de otro lado, salvo los pueblos originarios. La migración es parte de quienes somos los humanos. Pretender que no es así silencia y borra las historias de muchísimas personas».

Muriel sabe mucho sobre el desarraigo, el asedio, persecución y la desesperación por encontrar un refugio y sentirse a salvo, porque creció con las historias de su familia palestino-salvadoreña cristianos por parte de padre y judíos franceses-polacos por su madre. Su imaginario se nutrió con este ancestral legado y luego incluyó su propia experiencia porque emigró de El Salvador hacia Francia y hoy vive y despliega su portentosa creatividad en los Estados Unidos de América.

«Mi obra fotográfica —dice Muriel— es un proceso de reencontro, de síntesis y de recreación. Con ella, el pasado y el pre-

sente se entrelazan en una configuración transformada: las arenas del desierto palestino y las cenizas del Este-europeo se ciernen, se mueven, y se mezclan con las arenas volcánicas de El Salvador, creando la textura del camino donde defino y expreso mi vivencia». La obra de Hasbun ha sido largamente galardonada y forma parte de colecciones permanentes en museos de prestigio internacional y de innumerables colecciones institucionales y privadas. Este encumbramiento universal no ha generado en ella el vértigo donde se trastocan valores. Esto es parte de la grandeza espiritual de Muriel.



Fotografía: Susan Sterner.

Creo que algunas de sus fotos monocromáticas develan o insinúan un pasado tan desolador que es capaz de estremecer a cualquiera que yace con su alma en la rutina. Y otras veces las coloridas fotos insuflan esperanza, alegría y ansias por contemplar y contemplarse en la complicidad de la imagen sugerente. Expone los misterios de la naturaleza y de las conductas humanas. Al respecto comparte: «Estoy interesada en crear imágenes que aludan a un mundo psicológico, subjetivo y emocional, donde el espectador logre sumergirse en un mundo sinestético, es decir, en un mundo

en el cual todos los sentidos jueguen un rol en la experiencia a la cual quiero aludir».



Muriel Hasbun, *Record: Cultural Pulses* en RoFa Projects. Vista de la instalación multimedia *Auvergne: Toi et Moi*, fotografías con emulsión plata gelatina sobre lino. Copyright Muriel Hasbun.

Observé las fotografías de Muriel Hasbun y tuve sensaciones, emociones y pensamientos tan disímiles que sin duda la indiferencia o apatía no tienen lugar. Se lo comenté y dijo: «Trato de transmitir distintos sentimientos, ideas y preocupaciones con diferentes cuerpos de trabajo. Pero si quieres encontrar un hilo conductor, podría decir que trato de establecer una conexión a pesar de las distintas vivencias y subjetividades, por medio de la creación artística y a través de una investigación de la memoria, el sentido de lugar, identidad y del pertenecer».

Finalmente, enterado de la trayectoria profesional y artística de Muriel Hasbun, que como ya dije, ha trascendido en el mundo del arte y derribado fronteras, le compartí que el Arte no tiene por qué ser encasillado en arte latino, americano, judío, europeo o palestino, porque el Arte es Arte y por lo tanto es universal, que

refleja valores universales. Y le pregunté si estaba de acuerdo con esta apreciación. Su respuesta es interesante e ilustrativa por lo que la comparto en el párrafo siguiente.



Muriel Hasbun, Todos los santos (Volcán de Izcalco, amén), de la serie Santos y sombras, impresión plata gelatina sobre papel Kodak Polyfiber/Ektalure G. Copyright Muriel Hasbun. [Texto: plegaria griega ortodoxa escrita en caligrafía árabe por mi bisabuelo: En la dichosa y eterna Felicidad del Cielo, en el nombre de la Pura e Inmaculada Madre de Luz Verdadera, y todos los mártires y santos, Amén.»] plata gelatina sobre lino. Copyright Muriel Hasbun.

«Cada cultura tiene sus particularidades, y cada artista es un conjunto de particularidades que reflejan su cultura(s), su entorno(s), circunstancias, etc. Yo pienso que podemos conocer a un artista desde la diferencia e igualmente llegaremos a lo universal. Las categorías académicas o críticas pueden ser útiles si son para tratar de comprendernos mejor, para crear un diálogo informado acerca de nuestro trabajo, para localizarnos dentro de un entorno cultural o intelectual, pero hay categorías que son creadas para marginalizar,

o para crear un mercado, o sea que depende. Generalmente, las categorías basadas en nacionalidad o etnia son demasiado simplistas pues no permiten hibridismos, sutilezas, o un conjunto de variables, y pueden llegar a ser peligrosas pues casi siempre generalizan sin profundizar».



Muriel Hasbun, Pulse: Corazón (Homage: Luis Lazo), de la serie Pulse: New Cultural Registers / Pulso: Nuevos registros culturales, pigmentos de archivo digital sobre papel Canson Edition Etching Rag o sobre aluminio anodizado. Copyright Muriel Hasbun.

La obra de Muriel Hasbun es una transfiguración que irrumpe en los claustros estéticos. No violenta nada. Solo oxigena y viabiliza una cosmovisión más humana, inclusiva, tolerante y donde la diáspora es asimilada.

Fotógrafo vagamundo y poeta visual: Alex Marchand



El arte define al artista cuando ha seguido su vocación y va con ella por allí, caminando, viviendo o sucumbiendo a la vida que es una manera de enamorarse, entregarse, pertenecer, fluir como el mar, irradiar energía como el sol, místico como la luna y misterioso como la noche. Me refiero al fotógrafo Alex Marchand, comunicador social graduado en Lima, Perú. Y con estudios de postgrado en fotoperiodismo en España.

Alex Marchand con desenfado dice: «Me considero un fotógrafo vagabundo que aspira ser un poeta visual. Si no hay poesía en la imagen, tampoco hay registro. Porque para mí, la poesía es vida, es interactuar, es retroalimentar, es sentir, fracasar, caer, llorar, levantarte y mirar arriba y seguir el camino, seguir haciendo fotos. Así percibo y veo la fotografía».

No es antojadiza su concepción de trotamundos, pues convergen en él tres nacionalidades: peruana, española y ecuatoriana. Y esas vertientes lo han llenado de afectos e influencias familiares que desde siempre lo estimularon a viajar y empoderarse de la herencia histórica con la cual nació. El movimiento es su esencia. Y la captura del instante es su desafío, pero a la vez su realización.

«Soy un fotógrafo que observo el mundo —confiesa Alex— pero no me siento parte del mismo, emocionalmente hablando, porque es un mundo violento, violentiza a las personas, las convierte en competidoras y la carga de agresividad que eso implica. Y yo he venido a vivir, amar y no a competir. Entiendo la vagabundez como un ejercicio espiritual, para encontrarme con aquel futuro que sin duda va a ejercer un nexo vibracional entre mis deseos y aquello de lo que desconozco, la vida en sí. Con mis fotografías yo le doy encuentro a la vida».



"Autorretrato"

Calle Quilca en el centro de Lima. Coloco la cámara de 35 mm en un trípode y me sitúo debajo de una pared donde converge el arte de la calle; unas almas parecen abrazar mis pensamientos, es el dibujo del barrio: añejo y calavérico. La fotografía me dice que estoy en Lima, ciudad purgatorio. No se oye nada, solo el ruido salvaje de la urbe. Sobrevivo.

Con sus fotos, Marchand construye su mundo. El mundo que nos ofrece: de libertad, sin violencia, de camino sin partida ni llegada, sin propiedad privada para no privarse de nada ni ser privado de todo. Busca registrar cómo percibe la vida. Hay urgencia de



"Peligro: negros organizados rebeldes"

Manifestación pacífica de varios inmigrantes africanos y latinoamericanos que fueron desalojados de la fábrica en la que vivían asinados en el barrio del Poblenou en Barcelona. Los tres centenares de inmigrantes desalojados se dedicaban a la recogida de chatarra que acumulaban en la propia fábrica. Miles de voces salieron a la Rambla (emblemático paseo de la ciudad de Barcelona) para clamar su indignación por su expulsión de la nave. La manifestación tuvo lugar el 21 de septiembre del 2013, los inmigrantes, que en su mayoría eran africanos y en menor medida suramericanos, reclamaban a viva voz con la siguiente arenga: "papeles, trabajo y dignidad".

testimoniar como se siente en relación al entorno, al instante, explicarse su derrotero en la medida que capta al otro o lo otro. Busca o crea el equilibrio espiritual en lo que capta y lo que fija y perenniza. Ya dije que el movimiento es su esencia y por eso su ansiedad de detener y detenerse para saber hacia dónde va o de donde viene.

Intima Alex: «La fotografía fue un renacimiento para mí. Entre los 17 y 20 años caminaba en Lima, mi ciudad. La percibía violenta. Era una ciudad purgatorio, donde las almas pululaban, en un centro de Lima muy antiguo. De casas coloniales derruidas, de gentes muy ambiguas, espacios gastados, tiempos trastocados, personas bizarras, Jirón de la Unión tan discurrido, tan entusiasmado

de luces de neón, de gente que sale a ganarse la vida, de ambulantes, alternando con locos, esa Lima registré cuando tenía esa edad».



«Padre»

La luz dura que dibuja el rostro de mi padre, Humberto, emerge como un respiro solar, una pausa en el camino, un origen para mirar y para mirarme. Y nos miramos. ¡Qué diferentes somos! Sin embargo, la luz que converge en el centro de la imagen es un espejo donde el espíritu del creador (mi padre) se ve reflejado en mí. La fotografía es reflexión. "La foto se hizo después de que él se aplicara tinte para el cabello. Yo le di luz" asevera el autor. La imagen se realizó en Lima, el día 17 de agosto del 2017.

Marchand ha disparado su cámara en tantos lugares que no podría mencionarlos, pero sí vale la pena reflexionar que la migración, en todo caso, es una mochila pesada cuando no se está en el hogar, que al final de cuentas es donde uno tiene afincado los primeros recuerdos. «Luego me fui a Europa y dejé de hacer

fotos un tiempo y observé mucho mi entorno y poco a poco me fui adaptando. Y cuando me sentí integrado, comencé a fotografiar, a registrar emociones. Yo ya era ciudadano español, pero aprendes a reconocer la marginalidad en que vives, pues la sociedad tiene segmentado a los migrantes».

Alex Marchand, también concibe el arte como activismo político, como instrumento de denuncia: «Cubrí las marchas en España, donde pedían igualdad, me sentía parte de ellos, aunque ya tenía la nacionalidad, pero igual era inmigrante. Esa lucha de buscar la igualdad jurídica la he vivido y me he sentido a gusto. Por eso digo que la foto es un viaje emocional. Mi filosofía es que la vida me presenta situaciones y que hay que registrarla, pues si no mi vida va a pasar, pero si hago una foto registro el momento importante, ese acontecimiento. Yo para tomar fotos tengo que involucrarme».

Alex Eduardo Marchand participó en una exposición colectiva en Barcelona en la Galería La Flor de Mayo. Y ha ganado el premio Accésit del Concurso fotográfico «Madrid insospechado: Escenas latinoamericanas», organizado por la Fundación Canal y PhotoEspaña 2015. Su portafolio, compartido en su cuenta de Instagram @marchand_alex, muestran los temas que atraen su atención y los caminos recorridos. Las imágenes atestiguan las calles, edificaciones, rostros, grupos y momentos que llenaron su vida o que quizá la variaron. La imagen habla, pero a veces esconde.

Le pregunté a Alex si sus fotos necesitaban explicación o solo mostrarlas. Una buena fotografía, me respondió, no necesita explicación. A menos que se le quiera dar un contexto histórico. Y si es un conjunto, también ha menester una narrativa. Propongo, dijo, una estética de la sensibilidad. Que las personas al mirar mis fotos se reflejen en ellas, que sea un viaje emocional, afectivo, afectuoso con el futuro en la medida que se fusiona con el pasado.

Sobre el autor y su obra

Escritor referente de la
Diáspora salvadoreña en USA: Grego Pineda



Por: Mario A. Escobar PhD*

La Guerra Civil salvadoreña nos dio el producto del trauma nacional que marcó la conciencia colectiva del ser salvadoreño. 30 años han transcurrido y el trauma nacional tiende a convertirse en parte de un pasado-crucificado en un «¿Será cierto todo lo que pasó?».

Hemos entrado al siglo XXI y El Salvador se encuentra aún fragmentado tanto en lo político como en lo social. El país, a la distancia, se nos presenta en cama como un paciente carente de sangre en un hospital sin doctores, que por falta de un orden práctico no puede mantenerse como una narrativa de coherencia, sino que, al contrario, se presenta como un espacio inhóspito. Ante esta realidad, emergen múltiples universos del imaginario salvadoreño. De esto no queda atrás la imaginación de los escritores de la diáspora quienes buscan explorar o, mejor dicho, reinventar la identidad nacional y ampliar la cultura con una literatura heterogénea. Una literatura que busca sacudir los discursos vacíos del aparato estatal.

Para entender la literatura salvadoreña en el exterior es necesario leerla dentro del contexto de literatura minoritaria. La poesía que resulta de este ambiente, al menos en la diáspora, en poetas como Grego Pineda, es una poesía que manifiesta una cultura transnacional en evolución dentro de un ambiente norteamericano. ¿Escribe en inglés? ¡Claro que no! Este escritor, a pesar de vivir en un lugar angloamericano que constantemente cuestiona su identidad cultural y su opción por escribir en español, se vale de la fricción de margen y centro. De esto resulta una literatura que la distingue de las letras nacionales.



Pertenecer a múltiples sistemas hace que el poeta Grego Pineda desarrolle un estilo propio. A diferencia de la poesía popular de los años setentas y ochentas que se prestó para una cultura revolucionaria, la poesía de Grego resalta las indignaciones de un conflicto cultural. Este poeta expone el dolor del exilio, la soledad del espíritu atrapado en un mundo tecnológico que amenazan con separar al individuo de su humanidad y alterar su realidad tal como lo muestra en el poema «El Password». Veamos:

La vida exige que introduzca mi password
para activar los sistemas y programas
de felicidad, paz y realización.
Escribí la contraseña que creía adecuada,
personal y secreta; pero resultó no ser correcta.
Lo intenté nuevamente y tampoco fue aceptada
y en la entrada se leía: «inválido».
Insistí por tercera vez y el sistema se bloqueó y dictó:
«acceso denegado y bloqueado por seguridad».
Al no recordar el abracadabra respectivo
y desde entonces, vivo afuera
tratando de encontrar esa palabra mágica.

La poesía que ha venido a quedarse en el corazón de este poeta, es una poesía que explora la condición existencial y social del estado humano de la diáspora salvadoreña.

El lenguaje que nos comparte este poeta es contemporáneo y nos ayuda a entender lo complejo que es vivir entre dos culturas: la que lo rechaza por no poder activar los sistemas o, mejor dicho, por no alcanzar total asimilación y la que lo trata como «hermano lejano» que lo hace sentir como un ser que vive afuera. ¿Afuera de qué? Afuera del pueblo que produjo parte de su realidad y lo arroja a otro mundo donde se despluma al ser que no concuerda con el vaquero amante a sus pistolas.

Al leer la poesía de Grego, el lector corre el riesgo de sentir el fuerte pesimismo inducido por las condiciones sociales y culturales que avasallan al autor. En el poema «A la vida» el poeta lanza una bofetada que apaga el bullicio que nos automatiza para que pensemos en todas aquellas cosas que en nuestro día a día nos olvidamos y no nos planteamos. Hablo, desde luego, de esa relación que el exiliado tiene con su país de origen. Ante su grito precisa abrir los ojos —debemos hacerlo—, para desglosar el cansancio que sentimos en el exilio:

Oblígame a confiar en ti... nuevamente:
Ódiame si desconfío.
Oblígame a burlar mi dolor con guiño evasivo:
Ódiame si me dueles.
Oblígame a insuflarme entusiasmo donde hay pesar:
Ódiame si enfermo de tristeza.
Oblígame a mirar la muerte como una reafirmación de ti:
Ódiame si me acuesto con la muerte.
Oblígame a mirarte a la cara y no odiarte:
Oblígame y Ódiame y así estamos a mano: ¡Traidora!

Así como el poeta le reclama a la realidad de vivir entre dos culturas, también se da el derecho de reclamarle a su patria. Pero ese reclamo no es un reclamo vacío, sino más bien es un reclamo forjado bajo las llamas de un pesimismo muy propio del poeta. Pesimismo que deriva de ese diálogo que el poeta mantiene con su patria. Es en este diálogo que hay que enfocarse, pues ese diálogo no solo aporta nuevos y valiosos conceptos para el estudio de nuestra realidad en la diáspora, sino que ese conversatorio entre poeta y Estado, al ser analizado, realza un debate en torno al concepto que el «hermano lejano» mantiene sobre su patria, desde su exilio en Estados Unidos. En el poema «Mi Patria» emerge la fuerza

de su voz que puede ser grito de protesta o tentativa de romper con el sentido nacionalista de los salvadoreños:

Te amé, es cierto.

Te amaba porque te necesitaba o quizá te necesitaba porque te amaba. Ahora no estoy para emular a Shakespeare con su Ser o no Ser, así que ni siquiera entraré a aclararme lo escrito en la línea dos.

Y quizá hasta haya mentido en la línea uno.

Y es que no sé plantearme este amorfo afecto por ti. Y para colmo tienes un nombre irónico y sarcástico. Tú no salvas a nadie a pesar de ser «El Salvador». Si no fuera tan dolorosa tu Historia, hasta me daría risa disertar sobre tu pretencioso nombre.

La utilidad de este poema no solo está en la relación entre poeta y Estado, sino que también pone el amor patriótico del lector en tela de juicio. Es un poema que inicia exponiendo una ruptura amorosa pero luego se transfigura en un mensaje político que desmascara una falsa realidad de amor por la patria. Tal tendencia, predominante a lo largo de su poemario, estimula el pensamiento crítico necesario para cuestionar los procesos sociales y políticos de un El Salvador que no ha podido salvarse a sí mismo.

Grego Pineda es directo y no titubea en dar a conocer las injusticias cometidas por grandes funcionarios como lo fue el caso Dalton quien fue asesinado vilmente por Joaquín Villalobos y sus seguidores. Ese espíritu poético juega un papel importante para mantener la memoria histórica viva y darnos el derecho a recordar. En su poema «EL POETA Y EL COMANDANTE» el poeta tiene esto que decir:

El Comandante siempre quiso ser poeta. Y hay obra suya publicada en aquellos tiempos universitarios.

Sus versos no son malos, pero tampoco merecen comentarse. Trató de formar un grupo literario y no pudo. Luego quiso ser guerrillero para

luchar por la justicia y la igualdad. Y en esas andanzas conoció al poeta y novelista. Cierta día, en una casa de seguridad clandestina, ambos conversaban sobre la vida, el amor, versos, antologías y corrientes poéticas, y el comandante se frustró tanto que sin mediar palabra disparó en la sien del ya famoso poeta. Salió del cuarto y ordenó con voz marcial a sus compañeros: ¡Desháganse de este poeta de mierda!

Y tampoco pudo.

Lo importante de este poema es el contenido y no la forma. La voz de Grego tiene función como fuente de información que se convierte en una actividad de construcción histórica. La narrativa de la diáspora mantiene la memoria de nuestro pasado social, de quien hemos heredado nuestros traumas que estampan la actitud ante la vida. Escritores como Grego son la reflexión filosófica, humanista e individual, bien provista de contenido y significado de nuestra realidad en la diáspora salvadoreña de Estados Unidos. En fin, creo que es hora de valorar la literatura de la diáspora, considerada en Estados Unidos como literatura minoritaria, y ubicarla en El Salvador como punto de referencia de los intelectuales salvadoreños en el exterior.

*Doctor en Literatura, poeta y novelista salvadoreño residente en Los Ángeles, CA.

Mirada cultural en tiempos de pandemia

de Grego Pineda se imprimió en el mes de mayo de 2021
en los talleres gráficos de ALEPH IMPRESIONES S.R.L.

Jr. Risso 580, Lince, Lima, Perú
correo: ventas@alephimpresiones.net
Teléfono: 6345000

La pandemia de la COVID-19, que surgió en marzo de 2020 y latente todavía en el 2021, ha tenido y aún tiene sorprendido al mundo. Los seres humanos han estado viviendo con miedo, incredulidad y también ha surgido la esperanza como un antídoto natural a la desolación y pérdidas humanas masivas y repentinas. La obligada mascarilla, el constante lavado de manos y la disposición de mantener al menos seis pies de distancia se hicieron normales en un tiempo récord. Todo esto trastocó la cotidianidad. Y no hemos vuelto a ser los mismos desde entonces.

En este contexto, el arte en su amplio espectro ha cobijado las reacciones a los tiempos emergentes como una manera de explicarnos qué sucede y también para alentarnos a no perder la fe y confianza de un mejor mañana. El arte nos ayuda a vivir con algunas certezas. Los esfuerzos personales y grupales de hacer arte merecen un acompañamiento en su difusión; y que solo conociendo y reconociendo la diversidad, podemos aspirar a la unidad.

Este libro ofrece una mirada de diferentes propuestas estéticas que constituyen el andamiaje cultural en los tiempos de la pandemia. La diversidad de temas y aproximaciones a los mismos hacen dinámica su lectura y comprensión, así como habrá para cada persona el necesario remanso de conocimiento y paz para seguir haciéndole frente a los tiempos pandémicos que esperamos sobrevivir.



EDICIONES
MYL



ISBN: 978-612-5013-06-4

